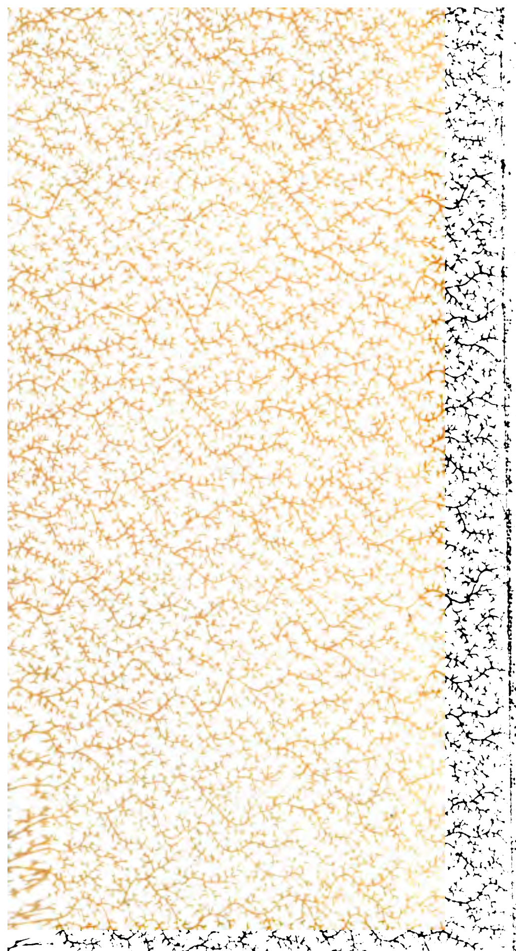


Las Casas

DGW



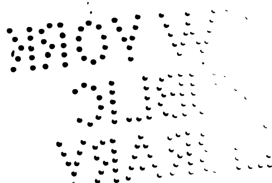



DIARIO

DE

SANTA HELENA.

Hállase tambien en Paris, en casa de LECOINTE y DUREY, libreros, *Quai des Augustins*, *nº* 49.



IMPRENTA DE DAVID,
FAUBOURG POISSONNIÈRE, Nº 1, EN PARIS.

DIARIO DE LA ISLA

DE

SANTA HELENA,

QUE CONTIENE CUANTO DIJO É HIZO NAPOLEON EN EL ESPACIO DE DIEZ Y OCHO MESES;

POR EL CONDE DE LAS CASAS,

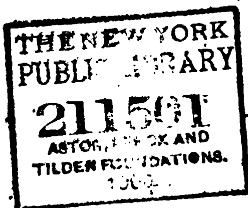
TRADUCIDO AL CASTELLANO

POR D. J. C. PAGÈS,
Intérprete real.

TOMO QUINTO.

Hállase en Paris, en la Libreria de la viuda de WINCOP, *rue St.-Louis*, nº 48.

1825.


THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
211561
ASTOR, AND
TILDEN FOUNDATIONS.

INDICE.

FIN DEL INDICE.

DIARIO DE LA ISLA

DE

SANTA-HELENA.

Saqueo de los egércitos. — Carácter del soldado frances. — Detalles de Waterloo que dió el nuevo Almirante.

Del 1.° al 4 de julio. — Se habló sobre el saqueo de los egércitos y los horrores que arrastra consigo.

« Pavia, decia el Emperador, es la »única plaza que he dejado saquear; lo »habia prometido á los soldados por »veinte y cuatro horas, pero al cabo de »tres, ya no pude resistir mas, y lo »mandé cesar. No tenia mas que mil y

»dos cientos hombres, y los clamores
»del pueblo que llegaron á mis oidos pu-
»dieron mas que mi persona. Si hubiese
»habido veinte mil soldados, la griteria
»de estos en masa hubiera sofocado los
»gemidos de la poblacion, y no hubiera
»oido nada. Ademas la política está feliz-
»mente conforme con la moral para opo-
»nerse al saqueo. Muchas veces he me-
»ditado sobre este obgeto, y varias se
»me ha puesto en el caso de permitirlo
»á mis soldados, y verdaderamente lo
»hubiera hecho si lo hubiese creido ven-
»tajoso. Pero no hay cosa mas apropósito
»para desorganizar y perder un egército.
»Un soldado en cuanto se le permite sa-
»quear ya no tiene disciplina; y si con
»el saqueo se ha enriquecido, desde lue-
»go es un mal soldado y no quiere ba-
»tirse.

A eso de las tres el nuevo almirante, sir *Pultney Malcom* y sus oficiales, se

presentaron al Emperador. El primero habló á solas con este último cerca de dos horas, cuya conversacion necesariamente seria muy interesante, porque al salir dijo que acababa de recibir una famosa leccion sobre la historia de la Francia.

Parece que el Emperador le dijo al concluir lo mismo que ya creo haber apuntado en otra parte hablando de este sugeto. « Vms. han exigido en Francia » una contribucion de setecientos millo-» nes. Yo he impuesto á la Inglaterra una » de diez mil millones. Vms. han exigido » la suya con la fuerza de las bayonetas; » y la mia la exigió el parlamento ingles. » — Este es el verdadero analisis de los » negocios, respondió el almirante, »

Este se hallaba en Bruxelas comiendo con el lord Wellington, cuando Blucher mandó decir que le habian atacado. Wellington, decia el almirante, tenia en Waterloo noventa mil hombres y Blucher vein-

te y cinco mil, precisamente los mismos que habia calculado el Emperador. El almirante venia de América con doce mil hombres de tropas veteranas, sin ni tan siquiera sospechar el nuevo estado de la Europa. En el mar supo por un barco mercante la revolucion del regreso de la isla de Elba, pareciéndole tan mágica que no podia creerla. Sin embargo, á la vista de Plymouth recibió orden de continuar su viage á toda prisa hácia Ostende; llegó á tiempo, pues cuatro mil hombres de sus tropas, que indudablemente eran los mejores de toda la línea, pudieron tomar parte en la batalla. ¡Quien es capaz de estimar lo que influyeron en el éxito de ella! Los ingleses todo el dia la creyeron perdida, y confesaban que asi hubiera sucedido sin la falta de Grouchy. Durante la batalla el almirante estuvo con Welington.

Anécdotas sobre el 18 brumario.—Syeyes. — Gran elector. — Cambaceres. — Lebrun, etc.

El 5 despues de haberse paseado el Emperador un rato en el jardin, salió en coche. El tiempo era hermoso, dimos dos carreras á galope. Yo estaba solo con él, me habló mucho de mi hijo y de su suerte futura, con un interes y una bondad que me enternecieron. Decia que atendida su tierna edad, la circunstancia de haber estado en Santa Helena era inapreciable para el resto de su vida, pues su moral se habia hallado en el caso de fortificarse contra los vaivenes de la fortuna, etc.

Despues de comer, el Emperador habló del 18 brumario, contándonos una infinidad de detalles los mas minuciosos. Como mucho tiempo antes yo lo habia

dictado al general Gourgaut, me referiré á aquella obra por lo que respeta á la masa del acontecimiento, limitándome á consignar aquí algunos rasgos ó pequeños accesorios que tal vez allí no se encontrarán.

La situacion del Emperador á su regreso de Egypto fue única y original; al instante todos le solicitaron; todos los partidos le habian comunicado sus secretos. Tres habia muy distintos. El *manejo*, de cuyos gefes era uno el general J......; los *moderados* conducidos por Syeyes; y los *podridos*, decia, á cuyo frente se hallaba Barrás.

La determinacion que tomó Napoleon de asociarse con los moderados le puso en un peligro muy inminente, decia. Con los jacobinos nada tenia que temer, pues le habian ofrecido la dictatura: « Pero despues de haber vencido con » ellos, añadia, desde luego hubiera sido

»necesario vencerles á ellos mismos, por»que un club no consiente un gefe perma»nente, pues necesita uno para cada p »sion. Luego servirse hoy de un partido »para atacarle mañana, de cualquier pre»texto que se vista siempre es una tray»cion y no entraba en mis principios. »

« Amigo mio, me decia el Emperador »en otra ocasion hablando del aconteci»miento de brumario, convenga Vm. »que de esto á la conspiracion de San»Real, hay una enorme diferencia: esta »presenta mas intrigas y menos resul»tados, al paso que la nuestra no fué mas »que un momento feliz. Es cierto, aña»dia, que no hay egemplo en la historia »de una revolucion tan grande que cau»sase menos trastorno porque todos la »deseaban, y por lo mismo el aplauso »fué universal.

» En cuanto á mí puedo asegurar que »toda la parte que tomé en la conspira-

»cion se limitó á reunir á una hora fija la »multitud de conocidos que me visitaban, »y marchar á su frente para apoderarme »del poder. Sin que ninguno de ellos »estuviese prevenido de antemano, desde »la puerta de mi casa les acompañé á »aquella conquista; en medio de su bri-»llante acompañamiento, de su viva ale-»gría, y de su ardor unánime, me pre-»senté á la barra de los ancianos para »darles gracias de la dictatura que me en-»comendaban.

»Se ha discutido metafísicamente, y »todavía se discutirá mucho tiempo, so-»bre si violamos las leyes, si fuimos ó »no criminales; pero esto son otras tan-»tas abstracciones, buenas cuando mas »para los libros y las tribunas, que deben »desaparecer ante la imperiosa necesi-»dad; tanto valdria acusar de destructor »al marino que cortase los árboles de un »buque para libertarlo de zozobrar. Lo

»cierto es que sin nosotros la patria es»taba perdida, y que la salvámos. Y asi »los autores y principales actores de aquel »memorable atentado político, en lugar »de denegaciones y justificaciones, pue»den y deben, imitando aquel célebre »romano, contentarse de responder con »arrogancia á sus acusadores : *protesta»mos que hemos salvado la patria; venid »con nosotros, á dar gracias á los Dio»ses.* »

Completada la revolucion de brumario habia tres cónsules interinos : *Napoleon, Syeyes y Ducos*, y entre ellos era preciso que hubiese un presidente. La situacion era crítica, y el general era un hombre necesario; por lo mismo tomó la presidencia sin que sin dos colegas se atreviesen á disputársela. Ademas Ducos desde luego abrazó decididamente su partido, diciendo que solo el general podia salvarles. Syeyes se mordió la lengua, y

mal que le pesase hubo de hacer lo mismo.

« Cuando se trató de fijar una constitucion, decia el Emperador, Syeyes » representó otra escena muy chistosa. Las » circunstancias y la opinion pública, habian hecho de él una especie de oráculo » en esta materia; y por lo mismo, presentó misteriosamente y con mucha » importancia, á las comisiones de ambos » consejos, las diferentes bases de su nueva constitucion, las cuales, buenas, » imperfectas ó malas, todas se adoptaron, y al fin coronó la obra descubriendo » la cumbre del edificio, como que era la » cosa que se esperaba con una curiosidad » mas viva é impaciente. Propuso un *gran » elector* cuya residencia debia ser en Versalles, disfrutando un sueldo de seis » millones anuales el cual representaria la » dignidad nacional, sin mas funcion que » la de nombrar dos cónsules, uno de la

»*paz*, y otro de la *guerra*, enteramente in-
»dependientes en sus funciones respec-
»tivas. Y en el caso que este elector hu-
»biese hecho un mal nombramiento, el
»senado debia *absorverle*, esta era la ex-
»presion técnica; es decir hacerle desa-
»parecer confundiéndole de nuevo, en
»forma de castigo, en la clase de los de-
»mas ciudadanos.»

Napoleon ya por falta de experiencia en las asambleas, y ya tambien por una circunspeccion que exijian las circunstancias del momento, casi no habia hablado una palabra en toda la discusion; pero cuando se llegó al punto decisivo se hechó á reir á las barbas de Syeyes y acuchilló lo que él llamaba sus boberías metafísicas. Syeyes no era propenso á defenderse, decia el Emperador, ni tampoco era capaz de hacerlo. Sin embargo en aquel momento quiso decir que al cabo un Rey no era otra cosa. Napoleon le res-

pondió : « Pero Vm. toma el abuso por
» el principio, y la sombra por el cuerpo.
» Ademas, ¿ como ha podido Vm. imagi-
» narse, señor Syeyes, que un hombre
» de algun talento y un poco de honor
» quiera resignarse á representar el papel
» de un gorrino engordándose á la estaca
» con el aliciente de algunos millones ? »
Con este chiste todos los asistentes se
echaron á reir á carcajadas, Syeyes quedó
confuso, y no hubo medio de hablar mas
de su gran elector : se decidieron por un
primer consul con decision suprema y el
nombramiento para todos los empleos, y
dos consules accesorios solo con voz de-
liberativa : es decir que desde aquel ins-
tante se reconoció la unidad del poder.
El primer consul era un verdadero pre-
sidente de América encubierto bajo las
formas que todavía exigía el espíritu re-
celoso del momento; y en efecto dice el
Emperador que su reinado comenzó real-
mente aquel dia.

Napoleon sintió en cierto modo que Syeyes no hubiese sido uno de los tres cónsules. Este qué en aquel momento lo reusó, tambien lo sintió despues, pero ya era tarde. Se habia equivocado sobre la naturaleza del consulado; temia ver humillado su amor propio creyendo que á cada momento estaria en discusion con el primer Consul. « Que en efecto así ha»bria sucedido, decia el Emperador, si »todos los cónsules hubiesen sido iguales, »y por una consecuencia clara enemigos »entre sí : pero como la constitucion les »habia sugetado no podia haber lucha de »amor propio, ni motivo de enemistad, »antes por el contrario lo habia para una »verdadera union. » Syeyes lo reconoció asi pero muy tarde. El Emperador decia, que hubiera podido ser utilísimo en el consejo, y aun quizás mejor que los otros, porque á veces tenia ideas nuevas y muy luminosas; pero por otro lado era inútil

para el mando. En último analísis, añadia, para mandar es necesario ser militar. Solo se gobierna con botas y espuelas y Syeyes sin ser medroso la menor cosa le espantaba, pues hasta sus espias de política le interrumpian el sueño. En el Luxemburgo durante el consulado interino á cada instante dispertaba á Napoleon su colega, llenándole la cabeza de las tramas y conspiraciones que comunmente descubria con su policía particular. « Pe»ro ¿han seducido nuestra guardia? Le »decia este. — No. — Pues bien váyase »Vm. á dormir. En guerra y en amor, »amigo mio, es menester verse de cerca. »Cuando atacarán nuestros seis cientos »hombres, lugar tendremos para inquie»tarnos. »

Por lo demas, decia el Emperador que, en *Cambaceres y Lebrun* habia elegido dos hombres de mérito, ambos distinguidos; sabios, moderados y de gran

talento, pero de opiniones diversas. El uno era el defensor de los abusos de las preocupaciones, de las instituciones antiguas, del restablecimiento de los honores, distinciones, etc., etc El otro frio, severo é insensible, oponiéndose á aquellos puntos cedia sin hacerse ilusion, y era naturalmente propenso á la ideologia.

Sobre el mariscal Lannes. — Murat su muger, etc.

Del 14. — Hablándose sobre mesa de lujo y adornos personales, se dijo que entre los personages que han figurado en estos últimos años, ninguno habia sido tan extremado como *Murat*, siendo de notar que las mas de las veces era tan singular y ridículo, como que el público le llamaba el *rey Franconi.* (1) El Empe-

(1) Con alusion á Franconi, director y pro-

rador se rió mucho no pudiendo menos de confesar que ciertos trages y vestidos algunas veces le daban efectivamente un aire de farsante ó saltimbanco; díjose tambien que Bernadote era muy esmerado en el vestido, y que Lannes pasaba mucho tiempo tambien componiéndose. El Emperador se sorprendió de lo que decian de estos dos, y recordando al mismo tiempo su sentimiento de la pérdida del último, decia. « Este desgraciado » Lannes habia velado toda la noche pre» cedente á la batalla de Viena : por la » mañana entró en la pelea sin haber co» mido nada, y todo el dia se estuvo ba» tiendo en ayunas : circunstancias que, » al decir de los médicos, contribuyeron » mucho á su muerte; porque despues de » su herida hubiera necesitado muchas

pictario del circo de juegos de caballos que hay en Paris.

»fuerzas físicas para restablecerse, al »paso que estando las suyas extenuadas, »no hubo remedio.

»Dicen comunmente, prosiguió el Em»perador, que hay ciertas heridas que »hacen preferir la muerte. Les aseguro »á Vms. que son muy raras, pues en el »momento de perder la vida es cuando »se hacen mayores esfuerzos para con»servarla. Lannes el mas valiente de los »hombres, Lannes, privado de ambas »piernas, no queria morir, irritándose »hasta el extremo de decirme debiera »mandar ahorcar los dos cirujanos que »tan brutalmente habian curado á un »mariscal. Y esto, solo porque oyó que »los dos facultativos que le cuidaban »hablando entre sí decian que era impo»sible salvarle la vida.

»Este infeliz á cada instante me esta»ba llamando; me cogia las manos sin »querer soltarlas pudiendo decirse que

»en sus últimos instantes, todo su afecto, »todos sus pensamientos se fijaban en »mi persona. Es indudable que queria »mas á su muger y sus hijos, pero lo »cierto es que ni siquiera los mentaba, »probablemente porque no se le presen»taba á la idea que ellos pudiesen sal»varle, antes al contrario él era su pro»tector y apoyo natural al paso que yo »era por la inversa; ¡consideraba en mí »alguna cosa vaga é incierta de una na»turaleza superior, y por lo mismo im»ploraba mi socorro!.... »

Alguien objetó entonces que en los salones se contaba la cosa de una manera muy diferente; se decia que Lannes habia muerto como un furioso maldiciendo al Emperador y su suerte; añadian que siempre lo habia mirado con sobrecejo, y aun que varias veces se lo habia manifestado con bastante insolencia. «¡Qué »absurdo! repuso el Emperador, antes

»al contrario Lannes me adoraba entra-»ñablemente; y seguramente era uno de »los hombres con cuya fidelidad podia »contar en este mundo. Es muy cierto »que con su carácter fogoso, podria »escapársele alguna expresion contra »mi; pero no lo es menos que era hom-»bre capaz de romper la cabeza á cua-»lesquiera que me hubiese tomado en »boca.»

Volviendo luego á Murat, observó alguno que habia influido mucho en las desgracias de 1814. «Las decidió ente-»ramente, dijo el Emperador, él es una »de las causas principales de que este-»mos aquí: pero la primera falta es mia. »Eran muchos los que habia engrande-»cido demasiado; los habia elevado mas »allá de la esfera de sus conocimientos. »No ha muchos dias que estaba leyendo »la proclama que hizo cuando se separó »del virey que aun no la habia visto. No

»se puede dar infamia mas vergonzosa:
»dice en ella, que ya llegó el tiempo de
»escoger entre dos banderas, la de la
»virtud y la del crimen. Es claro que
»era la mia la que llamaba del crímen:
»y esto ¿quien lo escribe? Murat, mi
»hechura, el marido de mi hermana,
»que me debe cuanto es y cuanto vale,
»que sin mí nadie lo hubiera conocido
»ni hubiera sido nada en este mundo!...
»No, no es facil separarse de la adver-
»sidad de una manera mas brutal, correr
»con mas insolencia y bajeza en pos
»de una nueva fortuna.»

La madre del Emperador desde aquel instante no quiso tratarse mas con él ni su muger. A pesar de sus continuos esfuerzos para reconciliarse con ella, respondió constantemente que aborrecia los traidores y la traicion. En cuanto llegó á Roma despues de los desastres de 1814, desde luego Murat la mandó ocho her-

mosísimos caballos de sus caballerizas de Nápoles; pero ella no quiso admitirlos; y aun despreció todas las tentativas de su hija la *Carolina*, que decia continuamente no tener ella la culpa de la conducta de su marido, y que no podia mandarle: su madre la respondió cual otra Clitemnestra: « si no pudiste mandarle, debias »oponerte, y sino ¿qué oposicion hicis»te? ¿qué sangre se derramó? Solo de»bian permitir que tu marido llegase á »lastimar á tu hermano tu bienechor y »soberano, pasando por encima de tu »cadáver que debia servirle de ante»mular.

»A mi regreso de la isla de Elba, »Murat perdió la cabeza en cuanto supo »que habia desembarcado: la primera »noticia que recibió fué de que yo estaba »en Lyon: y como estaba acostumbrado »á mis extraordinarios retornos de for»tuna, pues varias veces me habia visto

»en circunstancias prodigiosas, ya me »creyó dueño de la Europa, y solo pen»só en robarme la Italia, dirigiendo á »eso sus miras y esperanzas. En vano »varios hombres de crédito, entre los »pueblos que queria lebantar, se arroja»ron á sus pies diciéndole que se hacia »ilusion; que los italianos tenian un »Rey, único obgeto de su amor y esti»macion: nada le detuvo: se perdió y »contribuyó segunda vez á nuestra pér»dida porque los austriacos persuadidos »de que obraba á instigacion mia, no »quisieron creer mis palabras de paz y »desconfiaron de mí. La muerte desgra»ciada de Murat fue consecuente á su »conducta. Murat tenia muchísimo valor »y muy poco talento: su grandísima »diferencia en estas dos cualidades expli»can suficientemente su carácter. Era muy »dificil y aun imposible ser mas valiente »que Murat y Lannes, con la diferencia

»que el primero nunca pasó de valiente »y el segundo habia adquirido talento »al nivel de su valor : se habia hecho »gigante.

»En resumen, continuó, bajo cualquier aspecto que se mire, la muerte »de Murat no es menos horrorosa. En »las costumbres modernas de la Europa »es un acontecimiento que hace época, »una infraccion al decoro público. ¡Un »Rey mandó arcabucear á otro Rey reco»nocido por tal en todas las cortes !!!..... »¡Se rasgó el velo de la ilusion !..... »¡Qué egemplo para los pueblos !.... »

Orden de nuestro destierro. — Beaumarchais. — Resumen histórico de las obras de Cherburgo.

15. — A eso de las diez entró el Emperador en mi cuarto : queria salir á paseo, y vino á sorprenderme. Salimos

andando hácia el bosque, y la calesa que ya hacia algun tiempo que estaba descansado, llegó á poco rato. Estábamos los dos solos y hablamos largamente sobre el *bill* (orden) de nuestro destierro. Cuando estuvimos de vuelta el Emperador estuvo indeciso sobre si almorzaria á la sombra de los árboles; pero se decidió á entrar en casa: no volvió á salir en todo el dia, y comió solo.

Despues de comer me mandó llamar: estaba leyendo en los mercurios ó diarios antiguos varias anécdotas y circunstancias de Beaumarchais, que el Emperador durante su consulado constantemente le habia apartado de sí á pesar de su talento á causa de la mala reputacion y poca moralidad. Esta lectura era mordaz, por la gran diferencia de costumbres de aquellos tiempos tan inmediatos á nuestros dias: se detuvo algun tiempo sobre

el viage de Luis XVI á Cherburgo; luego paso á las obras de este puerto, y recorrió su resumen histórico con aquella claridad, precision y atractivo que caracterizan cuanto dice.

«Era una magnífica y gloriosa empre»sa, decia, muy considerable en sí mis»ma y aun mas atendido el estado del »tesoro en aquella época. Imaginaron »formar el dique por medio de unos co»nos colosales, que vacios por dentro se »construian en el puerto y luego los lle»vaban á remolque hasta su destino y »alli los sumergian con el peso de las »piedras de que los llenaban (1), inven»cion que era ciertamente muy ingenio»sa. Luis XVI honró con su presencia »aquellas operaciones abandonando Ver-

(1) Estos conos tenian sesenta pies de alto, ciento cuatro de diámetro en su basa y sesenta en la cumbre.

»salles, que se notó como acontecimien»to memorable. En aquellos tiempos un »rey nunca salia de su palacio: sus ex»cursiones, cuando mas, se extendian á »una correria de caza, no viajaban como »ahora desde que yo he contribuido á »mobilizarlos.

»Bajo el reinado de Luis XVI se con»tinuó aquella obra sin interrupcion y »nuestras asambleas legislativas dupli»caron su actividad, pero los grandes »desórdenes que sobrevinieron muy lue»go la paralizaron, quedando entera»mente abandonada, y cuando entré al »consulado no quedaba ni siquiera ves»tigio visible de tan famoso dique. La »imperfeccion primordial, el tiempo y »la violencia de las olas habian hecho »desaparecer toda la obra hasta muchos »pies debajo del nivel de la marea baja.

»Sin embargo, en cuanto tomé las

»riendas del gobierno uno de mis prime-
»ros cuidados fué el de tomar conoci-
»miento de una obra tan importante : en
»efecto nombré algunas comisiones; hi-
»ce discutir el negocio delante de mí
»mismo, me apoderé de los planes y
»desde luego decidí que el lebantamien-
»to del dique se emprenderia de nuevo
»con la mayor actividad ; que los dos
»extremos con el tiempo formarian dos
»fortificaciones ; y que desde aquel ins-
»tante se trabajaria á fin de ponerlo muy
»en breve en estado de establecer en el
»centro una bateria provisoria muy con-
»siderable. Entonces empezaron á dilu-
»viar inconvenientes, objeciones, el in-
»teres particular de unos, el amor propio
»de las opiniones de otros etc. etc. Va-
»rios decian que esto era impracticable,
»pero no escuché á nadie; insistí, quise
»y se hizo. En menos de dos años se vió
»nacer, como por encanto una isla ver-

»dadera en la cual se colocó una bateria
»de grueso calibre. Los ingleses hasta
»entonces se habian reido de nuestra
»obra: habian juzgado desde el principio,
»decian, que no tendria resultado; ha-
»bian acertado que los conos se destrui-
»rian, que las piedras pequeñas obede-
»cerian al movimiento de las olas, y
»sobre todo contaban con nuestra fatiga
»é inconstancia. Pero entonces ya mu-
»daron de tono, y por ello amenazaron
»querer impedir la continuacion de la
»obra, pero era tarde pues ya estábamos
»en estado de resistirles. La entrada oc-
»cidental habia quedado inevitablemente
»demasiado ancha, y las dos fortificacio-
»nes de los extremos que cada una de-
»fendia su propia entrada, no pudiendo
»cruzar sus fuegos, podia resultar que
»un enemigo audaz hubiera podido for-
»zar el paso del Oeste, venir á fondear
»dentro del mismo dique y renovarse

»allí el desastre de Aboukir: pero con »mi bateria central interina ya lo habia re»mediado; sin embargo como yo soy ami»go de lo sólido y permanente, mandé »construir en el interior del dique en su »centro y como en apoyo y refuerzo de »él mismo, que al propio tiempo le ser»via de abrigo, un enorme pastel elípti»co dominando la bateria central, for»mando sobre dos casamatas á prueba »de bomba, cincuenta piezas de grueso »calibre con veinte morteros de largo al»cance; como tambien sus cuarteles ne»cesarios, almacen de pólvora, algibe etc.

»Tuve la satisfaccion de ver acabada »esta magnífica obra.

»Concluida la defensiva, ya solo debia »ocuparme de la ofensiva que consistia »en poder reunir en Cherburgo toda la »masa de nuestras flotas. Pero la rada no »podia abrigar mas que quince navíos, »y para aumentar el número de estos hi-

»ce abrir un nuevo puerto : no , ¡nunca
»los romanos emprendieron obra tan
»grandiosa, tan dificil ni de mayor du-
»racion! Se abrió la roca viva y el gra-
»nito hasta cincuenta pies de profundi-
»dad y para solemnizar la abertura, Ma-
»ría Luisa fué en persona cuando estaba
»en los campos de batalla en Sajonia. De
»esta manera habia lugar para quince
»navíos mas; pero todavía no era bastan-
»te y por lo mismo contaba darle mu-
»chísimo mas ensanche. Estaba resuelto
»á renovar las maravillas de Egipto en
»Cherburgo: ya habia lebantado una pi-
»rámide en el mar; tambien hubiera te-
»nido mi lago Moeris. Mi gran proyecto
»era poder concentrar en Cherburgo.
»todas nuestras fuerzas marítimas que con
»el tiempo hubieran sido inmensas, á fin
»de poder dar el golpe mortal á nuestro
»enemigo. Establecia mi terreno de mane-
»ra que ambas naciones, hubiesen, por

»decirlo asi, podido agarrarse cuerpo á »cuerpo, y entonces el éxito no hubiera »sido dudoso, pues habríamos sido cua»renta millones de franceses contra quin»ce millones de ingleses, y hubiera ter»minado con otra batalla de Actium; y »despues, ¿qué hubiera hecho de la In»glaterra? ¿La hubiera destruido? no »ciertamente, solo la hubiera pedido el »término de una usurpacion intolerable, »el goze de unos derechos inprescripti»bles y sagrados, la franquicia, la liber»tad de los mares, la independencia y el »honor de las banderas; yo hablaba en »nombre de todos y en representacion »de todos, y lo hubiera obtenido de buen »grado ó por fuerza, sobretodo teniendo »de mi parte la fuerza, el buen derecho, »y el voto general de las naciones, etc, »etc. »

Larga audiencia concedida al gobernador.— Conversacion notable.

16.—A las nueve salió á paseo el Emperador en coche: se avistaba un navío y se detuvo á mirarlo con el anteojo: hizo subir al doctor, que encontró haciendo lo mismo, y á su regreso almorzamos todos juntos debajo de los árboles: habló mucho con el doctor sobre la conducta del gobierno para con nosotros, sobre las continuas vejaciones etc. etc.

A eso de las dos vinieron á preguntar al Emperador si queria recibir al gobernador. Estuvo hablando con él mas de dos horas recapitulando, sin incomodarse, todos los puntos en discusion, todas nuestras quejas, sus culpas, hablando sucesivamente á su razon, á su espíritu, á sus sentimientos y á su corazon. Le facilitó los medios de remediarlo todo y

ponerse de acuerdo, pero fué en vano; porque aquel hombre no tiene fibras, decia, y por lo mismo nada habia que esperar de él.

Le habia asegurado, decia el Emperador, que cuando hizo arrestar al criado de M. de Montholon, no sabia que estuviese á nuestro servicio, añadiendo que no habia leido la carta cerrada de Madama Bertrand. El Emperador le habia observado que su carta al conde Bertrand estaba concebida en términos enteramente extraños á nuestras costumbres y opuesta á nuestras preocupaciones; que si él mismo siendo simple general y confundido en la vida privada, hubiera recibido semejante invectiva del gobernador, necesariamente hubieran medido sus espadas; pues no se insulta impunemente, so pena de reprobacion social, á un hombre tan conocido y venerado en Europa como debia serlo el mariscal Bertrand;

que se alucinaba sobre su situacion con respecto á nosotros, que todo cuanto hacia aqui inclusa la conversacion del momento, pertenecia á la historia; que diariamente deshonraba su mismo gobierno y su nacion con la conducta que observaba; que al cabo su gobierno la desaprobaria, y que tildaria su nombre con una mancha que redundaria contra sus hijos. «¿Quiere Vm., le decia el Emperador, que le diga francamente lo que »pensamos de Vm? le creemos capaz de »todo, *pero de todo*; y mientras conser»vemos el odio, pensaremos lo mismo. »Todavía aguardo algun tiempo, porque »quiero estar seguro: y entonces me »quejaré de que el mas mal proceder de »los ministros, no ha sido de mandar»nos á Santa Helena, sino de haber en»cargado á Vm. el mando de la isla. Con »respecto á nosotros, Vm. es un azote »mil veces mas intolerable que todas las

»miserias de este espantoso peñasco.»

El gobernador respondia á todo esto, que daria cuenta á su gobierno, que con el Emperador al menos se instruia de algo, al paso que con nosotros no hacia mas que agriarse, pues teniamos el arte de emponzoñarlo todo.

Por lo que respecta á los comisarios de las potencias aliadas que el gobernador pidió permiso de presentar al Emperador, este se negó redondamente á recibirlos como hombres revestidos de un carácter político, pero al mismo tiempo dijo al gobernador, que recibiria con mucho gusto su visita como hombres privados, pues no sentia la menor repugnancia por ninguno de ellos, incluso el de Francia Mr. de Montchenu, que podia ser un excelente hombre y habia sido súbdito suyo durante diez años, á mas de que, habiendo sido emigrado, probablemente le era deudor de la gracia de

su regreso á Francia; y sobre todo era frances, título para el indéleble que ninguna opinion podia alterar, etc.

Por último en cuanto á las nuevas obras que debian hacerse en Longwood, cuya propuesta habia motivado la visita del gobernador, le respondió el Emperador que no las queria, prefiriendo vivir mal, como estaba, que comprar alguna mayor comodidad á costa de mucho ruido y trapisònda; que las construcciones que le proponian, necesitaban años enteros para egecutarse, y antes que se concluyeran, ó ya no valdriamos lo que costabamos, ó la providencia les habria desembarazado de nosotros etc. etc.

Sobre las lindas italianas.—Madama Grassini. — Madama V.... y Berthier.

17.—El Emperador me mandó llamar á las dos; se vistió y salimos en

coche: Madama Montholon vino con nosotros, haciendo su primera salida de recien parida. La conversacion recayó principalmente sobre las italianas, su carácter y hermosura.

El jóven conquistador de la Italia, desde el primer instante que se presentó en aquel pais, excitó todos los entusiasmos y ambiciones: el Emperador se complacia en repetírnoslo; principalmente el bello sexo, todas en general aspiraban á agradarle y conmover su corazon; pero fué en vano. Su alma era demasiado fuerte para caer en el lazo, conociendo que debajo de las flores, se ocultaban las espinas. Su posicion era muy delicada, porque tenia bajo sus órdenes varios generales ya veteranos, y por lo mismo debia usar de mucha circunspeccion, y obrar con mucho talento, porque todos sus movimientos eran notados por ojos celosos y perspicaces. Su

fortuna estribaba en su prudencia; podia haber tenido una hora de distraccion, y ¡ cuantas victorias, decia, han dependido de mucho menos !

Algunos años despues, cuando se coronó en Milan, la célebre cantatriz madama *Grassini* le llamó la atencion: como las circunstancias eran menos aústeras, la mandó llamar, y despues del primer momento de un repentino conocimiento, ella le recordó que habia hecho su primera salida *á las tablas*, precisamente cuando el general del egército de Italia hizo sus pri»meras hazañas.» Entonces, decia ella, es»taba yo en todo el lustrê de mi belleza »y talento: solo se hablaba de mí en las »vírgenes del Sol, seducia todos los ojos é »inflamaba todos los corazones. Solamen»te el del general estuvo frio, á pesar de »que él solo ocupaba el mio; !qué rareza »tan singular !Cuando yo podia valer algo »cuando toda la Italia estaba á mis pies, y

»yo la despreciaba heróicamente por »sola una mirada vuestra; no pude obte»nerla: y he llamado vuestra atencion »¡ahora que ya no soy ni siquiera mi som»bra, y mucho menos, digna de vos!»

La famosa Madama V..... tambien se contaba entre la multitud de las Armidas: cansada de perder su tiempo se acogió con Bertier, que desde aquel instante no vivió sino para ella: un dia el general en gefe le regaló (á Berthier) un magnífico brillante que valia mas de cien mil francos. «Tome Vm., le dijo, »como á menudo jugamos nuestro res»to, acaso algun dia esto podrá servirle »de recurso en caso necesario.» No bien se habian pasado veinte y cuatro horas, que Madama Bonaparte fue á hablar á su marido de un rico diamente que causaba la admiracion general, era el recurso en caso necesario que de las manos de Berthier ya habia pasado á la cabeza

de Madama V..... Desde entonces esta no ha cesado de gobernarle en todas las circunstancias de su vida.

Habiendo el Emperador posteriormente colmado á Berthier de honores y riquezas, le instaba para que se casase, pero este se resistió constantemente diciéndole que solo Madama V..... podia hacerle feliz. No obstante habiendo llegado á Paris una princesa de Baviera con deseos de que el Emperador la escogiera un marido, el hijo de Madama V.... hizo conocimiento con ella. Madama V..... creyó hacer maravillas y fomentar la fortuna de su hijo casando al mismo tiempo su amante, y con esta mira decidió Berthier á casarse con la princesa de Baviera; pero ¡ no hay proyecto sabio, que esté al abrigo de un juego de la fortuna ! Decia el Emperador; apenas se hubo consumado el casamiento, que murió el marido de Madama V....., y esta quedó

libre. Entonces ella y Berthier estaban al colmo de la desperacion é inconsolables. Este se presentó llorando al Emperador, que le mandó á paseo. ¡Qué desgracia, decia, con un poco mas de constancia se hubiera casado con Madama V...... etc., etc.

Arrabal de San German. —Aristocrácia, democrácia. — El Emperador quisiera haberse casado con una francesa.

18. — A las cuatro el Emperador me mando llamar: estaba muy débil, porque habiéndose puesto á leer dentro de un baño caliente, se habia estado tres horas en él leyendo dos volúmenes enteros, y se habia quemado el muslo derecho con el caño de agua hirviendo: luego se afeitó pero no quiso vestirse.

A las siete y media mandó poner dos cubiertos en su gabinete, y contrarián-

dole que hubiesen tocado á sus papeles para desocupar la mesa los hizo colocar de nuevo como estaban y mandó servir la comida en otra mesa pequeña.

La conversacion duró mucho tiempo, preguntándome sobre asuntos varias veces discutidos, por cuyo motivo debo esmerarme en no repetir lo ya dicho, tanto mas cuanto la materia no deja de serme un tanto lisongera. Hablamos de nuestra juventud, de nuestros estudios en la escuela militar, y luego de las esculas que habia establecido en San Cyr y San German, y por último vino á parar á la emigracion y lo que él llama *nuestros enmohecidos*. Se animó é insensiblemente tomó buen humor al oir algùnas anécdotas que le conté del barrio de San German relativas á su persona; y como los obgetos mas pequeños, se hacen gigantes en cuanto él los toca, dijo: « Ya veo que tomé mal mis medidas con

»respecto á vuestro barrio de San Ger-
»man. Hice demasiado ó muy poco;
»bastante para descontentar el partido
»opuesto, y poco para atraerme entera-
»mente el otro. Por unos cuantos que
»habia codiciosos de dinero, la masa se
»hubieran contentado con honores y
»viento que hubiera podido darles hasta
»saciedad, sin herir en el fondo nuestros
»principios modernos. Amigo mio, ape-
»sar de que me ocupé mucho de este
»negocio creo que me quedé corto. Des-
»graciadamente mis buenas intenciones
»estaban aislada. Cuantos me rodeaban
»las contrariaban en vez de apoyarlas,
»al paso que no podia haber mas que dos
»partidos con respeto á Vms., á saber el
»de extirpar y el de dilatar ó confundir.
»El primero no podia entrar en mis
»ideas, y el segundo aunque no era fácil
»no lo creí superior á mis fuerzas, pues
»aunque nadie me habia ayudado yo lo

»habia conseguido : si yo hubiese perma-
»necido la cosa estaba hecha. Esto pare-
»cerá una cosa prodigiosa al que sepa
»juzgar el corazon humano y el estado
»de la sociedad, y yo estoy persuadido
»que no se puede citar un egemplo en
»la historia, de un resultado obtenido
»en tan poco tiempo. Ya habia yo calcu-
»lado toda la importancia de la cosa,
»debia completar la union á cualquier
»precio, y con ella hubiéramos sido in-
»vencibles. Lo contrario nos ha perdido,
»todavía puede prolongar mucho nues-
»tros males, y tal vez acarrear la ago-
»nía de la pobre Francia. Lo repito de
»nuevo ; hice demasiado, ó muy poco :
»debí haberme atraido toda la emigra-
»cion cuando entré, pues la aristocrácia
»facilmente me hubiera adorado, al cabo
»yo necesitaba una, porque es el verda-
»dero y único apoyo de una monarquía;
»es su moderador, su palanca, su punto

»de resistencia : sin ella, el estado es lo
»mismo que un navío sin timon ó un
»globo aerostático en los aires. Lo me-
»jor de la aristocrácia ó por mejor decir
»su parte mágica está en su antigüedad
»y en el tiempo, precisamente las dos
»cosas que yo no podia crear : pues me
»faltaban intermediarios. Mr. de *Breteuil*
»se habia introducido cerca de mi per-
»sona, y me excitaba á ello ; pero Mr. de
»Talleyrand, que sin duda no era queri-
»do, empleaba todos los medios para
»disuadirme. La democrácia razonable
»se limita á proporcionar á todos la igual-
»dad para pretender y obtener : por ello
»la verdadera marcha que hubiera debido
»seguirse era de háber empleado los res-
»tos de la aristocrácia con las formas é
»intenciones de la democrácia ; y sobre
»todo era necesario ensalzar los nombres
»antiguos que figuran en nuestra histo-
»ria, pues era el único medio de enve-

»jecer al instante las instituciones mas »modernas.

»Sobre este particular yo tenia ideas »enteramente mias. Si el Austria y la »Rusia habian levantado dificultades, iba »á casarme con una francesa; hubiera »escogido un nombre de los mas antiguos »de la monarquía, como era mi primer »pensamiento, y aun diré mi verdadera »inclinacion, solo mis ministros pudie- »ron impedírmelo, oponiéndome la poli- »tica. Si yo me hubiese rodeado á los »Montmorencys, los Nerles, Clisson y »otros, hubiera adoptado sus hijas y ca- »sádolas con los soberanos extrangeros. »Mi orgullo y mi placer hubiera consis- »tido en extender estas bellas estirpes »francesas, si se hubiesen unido entera- »mente y de buena fé con nosotros. ¡No »supieron preveer mis ideas! Tanto ellos »como los mios no han visto en mí sino »preocupaciones cuando yo obraba con-

»secuente á las combinaciones mas pro-
»fundas. Como quiera que sea la nobleza
»antigua ha perdido mucho mas de lo
»que cree !.......... No tiene espíritu, ni
»conoce la verdadera gloria. ¿Por qué
»desgraciada inclinacion han preferido
»ir á encenagarse en el fango de los alia-
»dos, en vez de seguirme á la cima del
»Simplon (1), para imponer respeto y
»admiracion á todo el resto de la Europa?
»¡Insensatos!........ De otra parte; solo
»el tiempo me faltó: yo tenia en mi li-
»brito de memorias, un proyecto que
»me hubiera atraido la mayor parte de
»aquellas gentes, al paso que era muy jus-
»to: este se reducia á que todo descen-
»diente de un antiguo mariscal, minis-
»tro, etc., etc., hubiera tenido derecho
»para hacerse declarar duque, presen-
»tando la dotacion requerida. Y todo hijo

(1) Montaña muy elevada de los Alpes.

»de general, gobernador de provincia, etc., etc., para en cualquier tiempo »hacerse reconocer conde, etc. Lo que »hubiera adelantado á unos, habria mantenido las esperanzas de otros, exitado »la emulacion de todos, y no hubiera humillado el orgullo de nadie; grandes »alicientes, enteramente inocentes, y de »otra parte conformes con la marcha de »mis combinaciones.

»Las naciones viejas y corrompidas, no »se gobiernan como los pueblos antiguos »y virtuosos; por un hombre que en el »dia de hoy se sacrificaria para el bien »público, hay millares y millones que »solo conocen sus intereses individuales, »sus placeres y su vanidad: por lo mismo »seria un acto de demencia el querer regenerar un pueblo en un solo instante ó »como si dijéramos en posta. El gran talento del artista consiste en saber emplear los materiales que tiene á la mano;

»y he aquí, amigo mio, uno de los secretos »del restablecimiento de todas las formas »monárquicas, de todos los títulos, cru»ces, y cordones. El gran secreto del »legislador debe cifrarse en saber sacar »partido de las cosas, aun á pesar de los »que pretende dirigir. A mas de que, en »nuestro caso, todos estos pelendengues »presentan pocos inconvenientes y mu»chas ventajas. Al grado que nos hallamos »de civilizacion, son muy apropósito »para llamar los respetos de la muche»dumbre, imponiendo al propio tiempo »el de sí mismo, y pueden satisfacer la »vanidad del debil, sin espantar las ca»bezas fuertes, etc., etc.» Era ya muy tarde y el Emperador me despidió diciéndome; «Vamos, amigo mio, he aquí una »noche bien aproveehada.»

Depósito de mendicidad en Francia, — Proyectos de Napoleon sobre la Iliria, — Hospitales. — Huerfanos. — Presos de estado. — Ideas del Emperador.

20. — Por la mañana me mandó llamar el Emperador: estaba leyendo una obra inglesa que trata del contingente de los pobres, de su inmensidad, de los inumerables individuos que están á cargo de sus parroquias: no se cuenta mas que por millones de hombres y centenares de millones de dinero.

El Emperador creia haber leido mal ó no haber entendido lo que leia, porque le parecia imposible. No comprendia qué especie de vicios podian dar motivo á que hubiese tantos pobres en un pais tan rico, industrioso y abundante de recursos para el trabajo cual es la Inglaterra. Todavía entendia menos porque maravilla

los propietarios, sobrecargados por sus espantosas imposiciones ordinarias y extraordinarias, podian ademas socorrer las necesidades de aquella multitud. « Pero »en Francia no hay cosa que se pueda »comparar á esta ni en una centésima, »ni en una milésima parte. ¿No me ha di»cho Vm. que yo le habia enviado en »mision á los departamentos sobre el »asunto de la mendicidad? Veamos, »¿cuantos pordioseros teníamos? ¿cuan»to costaban? ¿cuantas casas de benefi»cencia establecí? ¿cuantos méndigos »habia en ellas? ¿cual era el estado de la »extirpacion proyectada. »

A tan multiplicadas cuestiones me ví precisado á responderle que como se habia pasado ya mucho tiempo, durante el cual muchísimos otros sujetos habian ocupado mi espíritu, me seria imposible responderle de memoria; pero que entre los pocos papeles que tenia con migo,

precisamente debia encontrarse el informe que le presenté sobre esta materia, y que cuando gustase podria satisfacerle completamente. « Traigamelo Vm. al »instante, me dijó, las cosas no fructifi»can sino cuando se aplican ápropósito.»

En dos minutos puse en sus manos el informe. « Y bien, me dijo el Emperador »poco rato despues, (pues no se detuvo »mucho en examinarlo) esto en efec»to en nada se parece á la Inglaterra. »Sin embargo nuestra organizacion era »defectuosa; ya yo lo habia sospechado y »por esta razon le habia mandado con »este encargo. El informe de Vm. hubiera »llenado completamente mis ideas. Vm. »entra francamente en la cuestion como »un hombre honrado, sin temor de desa»gradar al ministro quitándole una mul»titud de nombramientos de empleados.

» Veo aqui muchos pormenores que me »gustan ¿ por qué no me lo presentó Vm.

»mismo? Yo lo habria celebrado mucho, »porque asi hubiera conocido su mérito. »—Señor, esta vez me hubiera sido im»posible; porque ya estábamos en la »mayor confusion y trastorno á causa de »nuestras desgracias. — Vm. hace aqui »una observacion muy justa, y sienta una »base incontestable, cual es que en el es»tado floreciente del imperio en ninguna »parte se podia encontrar un brazo que »pudiese faltarle el trabajo; por consi»guiente solo los vicios y la pereza podian »criar mendigos.

»Vm. es de parecer que su extirpacion »total era posible; tambien yo estaba »convencido de lo mismo.

»El proyecto de Vm. de levantar en »masa una vasta y única cárcel en cada »departamento, apropiada para la tran»quilidad de la sociedad y al mismo tiem»po para el bienestar de los presos, su »idea de hacer estos edificios, unos monu-

»mentos para muchos siglos hubieran »llamado mi atencion. Esta empresa gi»gantesca, su utilidad, su importancia, »y la duracion de sus resultados todo en»traba en mi modo de pensar.

»En cuanto á la universalidad del pue»blo de que Vm. habla, temo mucho que »no fuese un bello fantasma de filantropía »á la manera del Abate de Saint-Pierre. »Pero al cabo yo hubiera nombrado una »comision que habria analizado sus »proyectos; Vm. los habria sostenido por »su autoridad, y yo con conocimiento de »causa hubiera pronunciado por mi pro»pio juicio y única decision. Tal era mi »modo de obrar y mis intenciones. Yo he »dado el ímpetu á la industria; la he »abierto una carrera rápida en toda la »Europa, y hubiera querido hacer otro »tanto con todas las facultades intelec»tuales; pero no me han dado lugar para »ello : erame preciso fecundizar al galo-

»pe, y las mas de las veces no sembraba
»mas que arena y en manos estériles.

»¿Qué otros encargos le habia yo dado
»á Vm.? — Uno en Holanda y otro en
»Iliria. — ¿Tiene Vm. los informes?—
»Si Señor. — Traigamelos Vm........;
»pero no, ¡vale mas evitar semejantes
»lecturas.....! pues al cabo ya no tiene
»obgeto.»

¡Cuanto decian estas pocas palabras!!.....

Con respecto á la Iliria, continuó el Emperador: »Mi intencion adquirien-
»do la Iliria nunca ha sido de conservar-
»la, ni menos entró en mis ideas la des-
»truccion del Austria; antes por el con-
»trario era indispensable á mis planes;
»pero la Iliria estando en nuestro poder
»era una vanguardia en el centro del
»Austria capaz de contenerla, una cen-
»tinela á las puertas de Viena para for-
»zarla á andar derecha; y ademas yo

»queria introducir y arraigar nuestras »doctrinas, nuestra administracion y »nuestros códigos: era un paso de mas »hácia la regeneracion europea. Ademas, »sobre esta Iliria no he formado un solo »proyecto, porque los cambiaba muy »amenudo; yo tenia pocas ideas realmen- »te fijas, pues lejos de obstinarme á do- »minar las circunstancias, á medida que »estas se presentaban, me sugetaba á su »imperio, cambiando de opinion siem- »pre que lo reconocia útil. Sin embargo »despues de mi casamiento, mi idea do- »minante habia sido de que el Austria la »tuviese por prenda é indemnidad de la »Galitzia, cuando á cualquier precio se »restableciese la Polonia en corona sepa- »rada é independiente, importándome »muy poco que recayese en un amigo, »enemigo ó aliado, mientras que la cosa »se efectuase, pues todo me era igual. »Amigo mio, yo he formado proyectos

»muy vastos y en crecido número, y á »buen seguro que todos eran el interes »de la razon y el bien estar de la especie »humana. Me temian como el rayo, me »acusaron de tener una mano de yerro; »pero en cuanto esto hubiese tocado el »punto de su destino, todo se hubiera »suavizado y todo el mundo hubiera es- »tado contento. ¡Cuantos millones de »hombres me hubieran bendecido en- »tonces y en la posteridad! Pero es me- »nester convenir que muchas fatalidades »se han amontonado contra mí cuando »iba á concluir mi carrera. ¡Mi desgra- »ciado casamiento, las perfidias que le »siguieron; esta úlcera de la España so- »bre la cual no podia volver atras; la fu- »nesta guerra de Rusia que tuvo efecto »por una equivocacion; el espantoso ri- »gor de los elementos que devoró todo »un egército....., y ademas el universo »entero contra mi!!.... ¿No es todavía

»una maravilla que haya podido resistir »tánto tiempo, y que mas de una vez »me haya visto en el punto de vencer »todos los obtáculos y salir de este caos »mas poderoso que nunca? ¡Oh destino »de los hombres!.... ¡Oh sabiduría! ¡Oh »prevision humana!..... » Y luego volviendo repentinamente á mi informe, me dijo: » He visto que Vm. visitó un »gran número de departamentos; ¿la »mision fué muy larga? ¿el viage fué »agradable? ¿se aprovechó Vm. de todas »las circunstancias? ¿recogió Vm. mu»chas noticias? ¿juzgó Vm. bien de la »situacion del pais, de la opinion públi»ca, etc., etc.?

»Señor, le respondí, jamas se ha ve»rificado una mision mas agradable y »satisfactoria bajo todos aspectos. Es »cierto que su único obgeto era la ins»peccion de los depósitos de la mendi»cidad y casas de correccion; pero co-

»nociendo la necesidad de hacerme útil »al consejo de estado, aprovechando de »las ventajas de mi situacion, de mi pro- »pio motu, me adelanté á inspeccionar »minuciosamente las cárceles, hospita- »les, oficinas y establecimientos de be- »neficencia, etc., como tambien de vi- »sitar todos nuestros puertos y escuadras. »¡Qué magnífico conjunto me presentó »el cuadro que esta feliz circunstancia »desarollaba mis ojos!

»En cuanto á los depósitos de mendi- »cidad, que era el obgeto especial que »se me habia encargado, puedo decir, »Señor, que las intenciones de V. M. ha- »bian sido mal entendidas y que el »obgeto principal habia sido enteramen- »te equivocado. En la mayor parte de los »departamentos, no solo no se habia des- »truido la mendicidad, sino que ni tan »siquiera se habia empezado, porque va- »rios prefectos lejos de constituir los de-

»pósitos, como un espantajo para los *por-*
»*dioseros*, no veian en ellos sino un refugio
»para los pobres; en vez de presentar la
»reclusion como un castigo, la hacian
»solicitar como un asilo : de manera que
»los hombres del campo laboriosos de
»las inmediaciones podian envidiar la
»suerte de los reclusos. De esta suerte,
»podia inundarse la Francia de semejan-
»tes establecimientos, que todos se hu-
»bieran llenado sin que hubiese menos
»pordioseros, que ordinariamente son
»hombres qne lo toman por oficio y lo
»abrazan con gusto. Sin embargo tuve
»motivos fundados para creer muy posi-
»ble la extirpacion de esta lepra del esta-
»do, bastante para convencerme de ello el
»ver algunos departamentos en los cuales
»habian entendido mejor el proyecto. En
»algunos habia desapareeido casi en-
»teramente.

»Una observacion que se presenta muy

»notable es que considerando las cosas
»bajo un golpe de vista igual, la mendi-
»cidad es mucho mas rara en los paises
»pobres y estériles, mucho mas comun
»en las provincias fértiles y abundantes
»y al mismo tiempo infinitamente mas
»difícil de extirpar en los parages en
»donde el clero ha sido mas rico y po-
»deroso. En la Bélgica, por exemplo, se
»ven pordioseros que se hace un honor
»á su profesion vanagloriándose de eger-
»cerla desde muchas generaciones; estos
»son sus títulos de nobleza teniendo ade-
»mas sus barrios para vivir. — Pero esto
»no me admira, dijo el Emperador, el nudo
»de este grande negòcio consiste entera-
»mente en la estricta separacion del *pobre*
»que infunde respeto, del *pordiosero* que
»debe excitar la còlera; asi es que nues-
»tros delirios religiosos mezclan tambien
»estas dos clases que parece que quieren
»hacer de la mendicidad un mérito ó

»una especie de virtud, y la excitan »presentándola recompensas celestes: »pues al cabo los pordioseros no son mas »ni menos que unos frailes descalzos, y »esto es tan cierto que en la nomencla- »tura se ven los frailes mendicantes. »¿Como es posible que semejantes ideas »no acarreen la confusion en el espíritu »y el desórden á la sociedad? ¿Se han »canonizado un gran número de santos, »cuyo gran mérito aparente era la men- »dicidad; y parece que les han colocado »en el cielo, por lo que en buena policia, »en la tierra no hubiera debido merecer »mas que el castigo de su olgazanería y »la reclusion; sin que de otra parte esto »hubiese impedido que luego mereciesen »el cielo. Pero prosiga Vm.

»—Señor, examiné los pormenores »de los establecimientos de beneficencia »no sin alguna conmocion. Cuando con- »templaba toda la solicitud, los esmeros,

»la ardiente caridad de tantas bellas al-
»mas, pude ver palpablemente que está-
»bamos muy distantes de ceder en nada
»á ningun otro pueblo; que solo pre-
»sentábamos menos ostentacion y acaso
»menos arte para hacernos valer; sobre
»todo en el medio dia y en particular en el
»Languedoc se hacia notar por un exce-
»so de zelo y de fervor, del cual dificil-
»mente nadie podrá hacerse una idea
»justa: en todas partes los hospitales y
»hospicios eran numerosos y general-
»mente bien servidos. Los expósitos
»habian deeuplicado desde la revolucion,
»lo que me hizo pronunciar desde luego
»que esto era un efecto de la desmora-
»lizacion del tiempo; pero me hicieron
»observar, y una atencion sostenida me
»convenció, de que muy al contrario
»este resultado era debido á otras causas
»muy satisfactorias. En otro tiempo,
»me decian, los niños expósitos estaban

»tan mal cuidados, mal alimentados y
»peor vestidos, que todos ellos presen-
»taban un aspecto miserable, mezquino
»y moribundo, de manera que por cada
»diez apenas vivia uno, al paso que
»ahora el alimento, la limpieza y el
»cuidado que se tiene de ellos es tal
»que se salvan casi todos y presentan
»una niñez magnífica, de manera que
»solo se han multiplicado por su pro-
»pia conservacion. Ademas la vacciuna
»ha contribuido tambien prodigiosa-
»mente. En el dia es tal el cuidado que
»se tiene de aquellos niños que ha pro-
»ducido un abuso singular; algunas ma-
»dres, aun estando acomodadas, á veces
»exponen sus hijos, y luego con una
»caridad aparente se presentan en el
»hospicio; toman un niño para criarlo
»en sus casas, y es el suyo mismo que
»toman, pero con la ventaja de un corto
»salario. Todo se hace por empeños de

»los mismos empleados del establecimi-
»ento y las mas de las veces proporcio-
»nan de este modo una pension aunque
»pequeña á algun pariente ó allegado.
»En la Bélgica encontré otro abuso de
»este género, y si cabe mucho mas sin-
»gular, cual es, muy de antemano se
»hacen inscribir en los registros para en-
»trar en el hospital. Un matrimonio
»jóven al tiempo de casarse obtenian la
»gracia de tener sus puestos asegurados
»que les tocaban de derecho al cabo de
»tantos años, y esto constituia parte del
»dote. — ¡Jesus! ¡Jesus! » exclamó el
Emperador encogiéndose de hombros
»y riendo á mas no poder. « Y luego
»haga Vm. reglamentos y leyes!.... —
»Pero porlo que respeta á las cárceles,
»puedo asegurar que casi universalmen-
»te, no ví mas que un cuadro de horror
»y verdadera miseria, la parte mas ver-
»gonzosa de nuestros departamentos,

»unas verdaderas pocilgas hediondas, »reductos abominables, que me vi en la »necesidad de atravesar las mas de las »veces corriendo, cuyo hedor y por»queria me repugnaba á la vista á pesar »de todos mis esfuerzos. Algun tiempo »en Inglaterra, habia visitado ciertas »cárceles, y me reia de la especie de »lujó que se ostentaba en ellas; pero »aqui era bien diferente, pues me indig»nó el ver un exceso contrario. No hay »falta y aun se puede decir crimen que »no esté suficientemente castigado, solo »con haber habitado semejantes encier»ros, y al salir de ellos seguramente que, »haciendo la justicia debida, poco ó nada »queda que purgar; y con todo, aquello »no es mas que la reclusion de los sim»ples acusados; pues los condenados, »los verdaderos culpados, los grandes »criminales; tenian sus cárceles especia»les; las casas de correccion, en las

»cuales estaban quizás demasiado bien, »pues allí el jornalero virtuoso podia aun »tener envidia de la suerte de aquellos »y hacer una comparacion injuriosa á »la providencia y á la sociedad. Ademas, »todavía se notaba otro inconveniente en »aquellas casas de correccion, cual era »la mezcla y comunicacion habitual de »toda especie do condenados, no de- »biendo unos y otros permanecer mas »que un año, cuando estaban por faltas »leves, al paso que otros cubiertos de »crímenes estaban alli por quince, veinte »años ó toda la vida, necesariamente »debia resultar una especie de igualdad »moral, no para la enmienda de los fa- »cinerosos, sino mas bien para la absoluta »perdicion de los menos culpados.

»En las cárceles de Rennes, ví entre »los presos un niño de doce á cartoce »años que lo habian llevado alli con una »compañía de ladrones, cuando no con-

»taba mas que algunos meses, toda la »compañía fue condenada á muerte en »el suplicio, y el niño se habia quedado »alli por no haberse tomado decision »con respeto á él. ¡Júzguese cual se»ria su moral! ¡ Qué será un muchacho »que en toda su vida no ha visto, co»nocido, ni oido sino malvados! ¡Es »claro que creerá que no hay otra casta »de hombres.

»En el monte de San Miguel, me llamó »particularmente la atencion una muger »bastante bien parecida, con un exterior »amable, y un aire modesto, que esta»ba presa habia ya catorce años, porque »en aquel tiempo habia tomado una parte »muy activa en los tumultos de la Ven»dée, acompañando constantemente su »marido, gefe de batallon de insurgen»tes, y aun habiendo ella misma tomado »el mando cuando este murió. La mise»ria y el llanto la habian ajado. Debió

»encontrarme un aire muy severo mien-
»tras me estuvo contando su historia,
»porque yo lo afectaba para disimular
»mi conmocion. Sus buenos modales y
»otros méritos la habian creado una es-
»pecie de imperio sobre las demas mu-
»geres groseras y depravadas que la
»rodeaban. Se habia dedicado á cuidar
»los enfermos de la cárcel, cuya enfer-
»meria habian puesto á su cuidado, y
»era generalmente adorada.

»Despues de esta muger, encontré al-
»gunos sacerdotes y dos ó tres antiguos
»espias de los *Chuanes*, todo el resto no
»era mas que depravacion é inmoralidad.»

El Emperador se detuvo largo rato sobre los abusos que acababa de manifestar, y luego concluyó diciendo: »Desde luego, amigo mio, para pro-
»ceder con alguna regularidad, seria
»necesario averiguar si le han dicho ó
»no la verdad, seria menester oir con-

»tradictoriamente á los acusados, y luego
»es menester confesar buenamente que
»los abusos son inherentes á toda socie-
»dad humana. Vm. ve que casi todo
»cuanto acaba de manifestarme, preci-
»samente lo cometieron los mismos que
»tenian el encargo expreso de impedir-
»lo. ¿Y cual es el medio de remediarlo,
»cuando un hombre no puede verlo todo?
»Pues existe una especie de red extendi-
»da sobre la multitud, es necesario que
»una malla se rompa ó una casualidad
»como la de Vm. para que alguna cosa
»llegue al trono. Por ello uno de mis
»sueños, era, que en cuanto nuestros
»grandes acontecimientos de guerra se
»hubiesen concluido y hallanado, y hu-
»biese yo podido estarme tranquilo en el
»centro del imperio, hubiera buscado
»diez ó doce verdaderos y buenos filán-
»tropos, de estos hombres honrados que
»solo viven para hacer bien, y existen

»para ponerlo en práctica, les hubiera
»diseminado por todo el imperio, que
»hubieran recorrido en secreto para lue-
»go darme cuenta; hubieran sido los
»*espias de la virtud.* Se habrian dirigido
»directamente á mí, hubieran sido mis
»confesores, mis directores espirituales,
»y mis decisiones tomadas con ellos ha-
»brian sido mis buenas obras secretas.
»Mi grande ocupacion, cuando hubiera
»estado enteramente tranquilo, hubiera
»sido, desde la cumbre de mi poder,
»ocuparme á fondo de mejorar la condi-
»cion de toda la sociedad, hubiera que-
»rido extenderme hasta los placeres in-
»dividuales, y si para conseguirlo no hu-
»biera bastado mi natural, el cálculo me
»hubiera decidido á ello, porque despues
»de haber adquirido el mayor grado de
»gloria á que un mortal puede aspirar,
»no me quedaba otro medio de aumen-
»tarla: y como yo sabia muy bien que

»debia existir todo este nidal de abusos, »y queria evitar ó hacer mas difíciles las »tiranías subalternas é intermediarias, »habia imaginado, para nuestros tiem-»pos de crísis, mi organizacion de cárce-»les de estado.—Es cierto, Señor; pero »este proyecto, no mereció la aproba-»cion de nuestros salones, y contribuyó »en gran parte á haceros impópular: por »todas partes se clamaba contra las *nue-»vas bastillas* (1), contra el restableci-»miento de las *lettres de cachet* (órdenes »reservadas de prision ó destierro)—No »lo ignoro, dijo el Emperador, estas vo-»ces resonaban en toda la Europa y me »acarrearon el odio general; sin embar-»go, ¡vea Vm. lo que puede la fuerza de »las palabras, cuando las emponzoña la »mala fé! Todo vino principalmente de

(1) Cárcel de estado que se derribó al principio de la revolucion.

»la tontería del título del decreto, que »me pasé por distraccion ó por cualquier »otro motivo; pues en el fondo, repito »que aquella ley era un gran beneficio, »y hacia en Francia la libertad individual »mas completa, y mas asegurada que en »ningun otro pais de Europa.

»Despues de las crísis que acabábamos »de pasar, dijo, con las facciones que »nos han dividido, las conspiraciones que »se habian tramado y las que todavia se »urdian, los encarcelamientos eran in»dispensables, y por lo mismo eran un »beneficio, porque reemplazaban el ca»dalso. Por lo mismo yo queria que estos »encarcelamientos fuesen legales, queria »que no dependiesen del capricho, de la »arbitrariedad, del odio ó de las vengan»zas. Por mi ley nadie podia ser encar»celado ni detenido como preso de es»tado, sin la decision de mi consejo »privado, que se componia de diez y

»seis personas, las primeras, las mas in-
»dependientes y distinguidas del estado,
»¿Qué pasion personal se hubiera atre-
»vido á comprometerse con semejante
»tribunal? ¿No me habia yo mismo pro-
»hibido, con esta medida, la facultad de
»una arrestacion caprichosa? Nadie podia
»estar preso mas de un año, sin una nue-
»va decision del consejo privado, y cua-
»tro votos entre los diez y seis bastaban
»para que se le pusiese en libertad; dos
»consejeros de estado iban á conferen-
»ciar con los presos, y desde aquel ins-
»tante, se constituian sus celosos defen-
»sores en el consejo privado. Ademas
»estos presos tenian á su favor la comi-
»sion de la libertad individual en el
»senado, de la cual solo se ha reido en
»el público, porque aquella no ostenta-
»ba sus esfuerzos y sus resultados; pero
»es constante que ha hecho grandes ser-
»vicios, pues seria conocer muy poco el

»corazon humano, si se imaginara que »unos senadores que nada podian esperar »de los ministros con quienes rivaliza»ban en rango, no hubiesen hecho uso »de sus prerogativas para importunarles »ó humillarles ante mí, si hubiesen ha»llado una ocasion fragante. De otra par»te, yo habia encargado á los tribunales »la vigilancia de los presos y la policía de »las cárceles, y con esta medida se pa»raliza desde luego toda arbitrariedad de »los demas ramos de la administracion, »y de sus numerosos agentes subalter»nos. Con semejantes precauciones, afir»mo sin respirar, que con la firma de »aquel decreto, la libertad civil, en Fran»cia, estaba asegurada cuanto es posible. »Se desconoció ó se fingió desconocer »esta verdad, pues el principal alimen»to de la nacion francesa es la murmu»racion.

»Lo cierto es que en la época de mi

»caida, en las cárceles de estado apenas
»habia doscientos cincuenta individuos,
»al paso que cuando entré al consulado,
»habia nueve mil. Examinense los esta-
»dos que se habrán encontrado, búsquen-
»se las causas y motivos de su detencion,
»y se verá que apenas habia uno que no
»mereciese la muerte á que infaliblemen-
»te hubiera sido condenado puesto en
»juicio, y de ello se deducirá por con-
»secuencia, si mi detencion fué ó no un
»beneficio. ¿Por qué ahora no se publica
»nada contra mí sobre este particular?
»¿en donde están los grandes desafueros
»que me echan en cara? La verdad es
»que no han encontrado nada.

»Lo repito, en mi época, los france-
»ses han gozado de mas libertad que nin-
»gun otro pueblo de toda Europa, sin
»exceptuar los mismos ingleses; pues en
»Inglaterra, si una crísis viene á suspen-
»der el *habeas corpus*, todo individuo es

»pasible de la cárcel con sola la voluntad »ó capricho de los ministros, sin que »estos deban justificar los motivos, ni »dar la razon porque lo hicieron, y mi »ley tenia otros límites muy diferentes. »Y por último, si á pesar de mis buenas »intenciones, si á pesar de todos mis des»velos, todavía existia todo lo que Vm. »acaba de decir, y seguramente muchas »cosas mas, es porque no es tan fácil »como se cree el establecer el bien. Lo »que es muy notable es, que todos los »paises que se han separado de la Fran»cia, han echado menos las leyes bajo las »cuales yo les gobernaba; que segura»mente es un homenage que se tributa á »su superioridad. El verdadero y único »medio de condenarme victoriosamente »sobre el mal que han acarreado, seria »de poder presentarme en otra parte al»guna cosa mejor. Otro tiempo sucede»rá y se verá, etc. etc.

Sobre el Egipto. — San Juan de Acre. — El desierto. — Anécdotas, etc.

21. — A las tres el Emperador me mandó llamar, y salimos juntos hasta el fondo del bosque, en donde el coche vino á buscarnos. Durante el paseo, observamos dos buques que llegaban.

Durante la comida habló muy largamente; acababa de trabajar á su campaña de Egipto que habia abandonado algun tiempo, y nós dijo que habia de ser tan interesante como un episódio de una novela. Hablando de su expedicion á San Juan de Acre, decia: «No dejó de » ser una insigne audacia haberse atrevi» do á penetrar en el centro de la Syria, » solo con doce mil hombres. Me encon» traba á quinientas leguas de Desaix, » que formaba el otro extremo de mi » egército. Sydney-Smith ha dicho que

»en San Juan de Acre perdí diez y ocho »mil hombres y mi egército no tenia mas »que doce mil. Un mocoso escapado del »colegio, que segun parece no entendia »una palabra en lo que decia; (hermano »de cierto individuo que favorecí mucho »y que hacia parte de mi consejo de es»tado): seguramente con el prurito de »imprimir algunas frases, acaba de pu»blicar sobre este acontecimiento, un »opúsculo que cabalmente hoy mismo »me ha venido á la mano, y me ha in»comodado por su tontería y el mal co»lorido que procura dar á la gloria y ope»raciones de aquel egército, etc., etc.

»Si yo hubiera sido dueño del mar, »tambien lo hubiera sido del Oriente, y »la cosa era tan posible, como que no »dependió mas que de la estupidez ó »mala conducta de algunos marinos.

»Volney viajando en Egipto antes de »la revolucion, habia escrito que no se

»podia ocupar aquel pais sin sostener »tres guerras considerables, contra la »Inglaterra, el Gran señor y los habi- »tantes: principalmente la última le pa- »recia dificil y terrible, pero por lo que »respecta á esta, lo erró enteramente, »porque para nosotros no fué nada, pues »en poco tiempo habiamos conseguido »tener á los habitantes por amigos y unir »su causa á la nuestra.

»¡Un puñado de franceses bastó, pues, »para conquistar aquel hermoso pais que »nunca debieran haber perdido! ¡Real- »mente hicimos prodigios de guerra y »política! Nuestra expedicion en nada »se parecía á las Cruzadas, porque estas »eran inumerables y movidas por el fa- »natismo, al paso que mi egército era »muy pequeño, y los soldados tan poco »entusiasmados por la empresa, que en »el principio varias veces estuvieron ten- »tados de robar sus banderas y vol-

»verse á Francia. Sin embargo conseguí
»reconciliarlos con el pais, en donde to-
»do era abundante, y tan barato, que
»una vez estuve tentado de ponerlos á
»medio sueldo para conservarles la otra
»mitad en reserva. Tal era el imperio que
»habia adquirido sobre ellos, que una
»simple orden del dia, hubiera bastado
»para hacerlos mahometanos, de lo que
»se hubieran reido, pues la religion les era
»indiferente; la poblacion hubiera esta-
»do satisfecha, y los mismos cristianos
»de Oriente hubieran creido su causa ga-
»nada, y hubieran aprobado nuestra re-
»solucion, creyendo que era lo mejor
»que podiamos hacer para ellos y para
»nosotros.

»Los ingleses han temblado al vernos
»ocupar el Egipto, porque enseñábamos
»á la Europa el verdadero medio de pri-
»varles de la India: todavía no se han
»tranquilizado y tienen razon. Si algun

»dia cuarenta ó cincuenta mil familias »europeas fijan su industria, sus leyes y »su administracion en Egipto, los ingle- »ses pierden la India, mas bien por la »fuerza de los acontecimientos, que por »la de las armas. »

Siguiendo la conversacion el gran mariscal, recordó al Emperador una conversacion que tuvo con el matemático *Monge* en Cutakie en medio del desierto. «¿Qué »le parece á Vm. todo esto, ciudadano »Monge? Decia Napoleon. — Pero, »ciudadano general, respondió Monge, »yo pienso que si algun dia se ven aqui »tantos coches como en la ópera, preciso »será que haya habido famosas revolu- »ciones en Europa. » El Emperador se reia mucho de este recuerdo y sin embargo entonces tenia allí un coche con seis caballos, que seguramente era el primero que habia atravesado el desierto, con grande admiracion de los árabes.

Decia el Emperador que siempre habia mirado el desierto con un afecto particular; nunca lo atravesó sin una cierta emocion, pues para él le representaba la imagen de la inmensidad sin límites, sin principio ni fin: era un océano en tierra firme. Este espectáculo encantaba su imaginacion y se complacia en hacer notar que Napoleon quiere decir *leon del desierto*.

Añadia, que cuando se supo que estaba en Syria, en el Cairo habian consentido á no volverlo á ver, y entonces nos contaba el robo y desvergüenza de un chino que tenia á su servicio. « Era » un enano feo y disforme que habia en» caprichado á Josefina en Paris, decia, » era el único chino que habia en Francia » y por lo mismo mi muger lo llevaba á » la trasera del coche. Lo paseó en Italia, » pero como la robaba cuanto podia no » sabia que hacerse de él: para quitarla

»esta incomodidad me lo llevé á Egypto, »pues al cabo dejándolo allí le facilitaba »la mitad del viage para que pudiera vol»verse a su pais. Sin embargo cuando »estábamos en el Cairo, este monstruo »de fealdad estaba encargado de la inten»dencia de mi bodega, pero no bien hubo »pasado el desierto, que queriendo hacer »dinero vendió á vil precio dos mil bo»tellas de excelente vino de Burdeos, »persuadiéndose sin duda que yo no vol»veria jamas. Cuando se supo mi regreso, »no se sobresaltó, antes bien salió á re»cibirme, y á impulsos de su fidelidad, »segun él decia, me descubrió la dilapi»dacion de mi vino, atribuyéndola des»caradamente á cuantos le dió la gana de »acusar; pero no pudiendo sostener la »impostura, al instante quedó convicto. »Muchos me aconsejaron que lo mandara »ahorcar, pero no quise, porque en jus»ticia hubiera debido hacerse otro tanto

»con todas las casacas bordadas que con »conocimiento de causa habian comprado »y bebido mi vino. Me limité á echarlo »de mi casa y mandarlo á Suez en donde »hizo lo que le dió la gana.»

Nótese de paso que algunos meses antes nos dijeron que en un barco de China, que tocó en Santa Helena, volviendo á Europa habia un chino que decia haber servido al Emperador en Egipto. El Emperador creyó entonces que era su ladron cuya historia acabo de contar; pero en realidad solo era un cocinero de Kleber.

El Emperador mas alegre de lo acostumbrado, concluyó repentinamente la conversacion volviéndose á madama Bertrand. «Y bien, Madama, la dijo riéndose: »¿cuando estará Vm. en su habitacion de »Tuilerias? ¿Cuando dará Vm. sus mag»nificas comidas de embajadores? Pero »se dice que al menos deberá Vm. cam-

»biar sus muebles.» Entonces se habló del gran lujo que habiamos visto en tiempo de su poder.

El dia siguiente 22 el Emperador habló muy largamente sobre los sueños, previsiones, presentimientos, etc. Y dijo cosas muy curiosas, que omito para no ser difuso.

Nueva malicia del gobernador, etc. — Proyecto desesperado del corso Santini. — San Juan de Acre. — Bodas de Figaro.

29 y 30. — Desde algunos dias el tiempo se habia puesto malo; El Emperador aprovechó de un instante para visitar una tienda de campaña muy elegante que el almirante le habia mandado lebantar por los marineros de su fragata, habiéndole oido quejarse en la conversacion de que no habia sombra, y que por

consiguiente no podia estar al aire libre. El Emperador habló con el oficial y los hombres que estaban acabando, en aquel instante, y mandó que se diera un napoleon á cada marinero.

Supimos que un barco recien llegado habia traido una obra sobre los asuntos del dia, escrita por un miembro del parlamento, dirigida al Emperador segun nos dijeron. Parece que la mandaba el mismo autor, y que en la cubierta habia un rótulo en letras de oro que decia : *á Napoleon el grande* : por cuyo motivo el gobernador detuvo el libro, severidad de su parte que forma un singular contraste con la presura que habia tenido á mandarnos los libelos que tan infamemente hablaban del Emperador.

Durante la comida este mirando con severidad á uno de sus criados, le dijo con general admiracion : « ¡Como se entiende »infame ; tu querias matar al gober-

»dor !......... ¡miserable !......... Si otra »vez te vuelve una locura semejante, yo »te ajustaré la cuenta: verás como te »compondré.» y luego dirigiéndose á nosotros nos dijo. «Señores, miren Vms. »Santini que ha querido matar al gober»nador. ¡Este bribon iba á hacernos un »buen negocio! Ha sido menester em»plear toda mi autoridad y mi cólera para »retenerle.»

Para mayor inteligencia de este lance debo decir que Santini, en otro tiempo portero de cámara del Emperador, el grande afecto que le profesaba le habia movido á seguir á su amo para servirle, decia, bajo cualquier título que se le quisiese dar; era corso, hombre de sentimientos profundos y que se exaltaba con la mayor facilidad. Incomodado ya desde algun tiempo del mal trato del gobernador, y no pudiendo resistir los ultrages que diariamente se prodigaban al

Emperador, agriado de ver que la salud de este cada dia iba desmejorando, y de otra parte él mismo afectado de una profunda melancolía, habia ya dias que habia cesado en todo servicio interior, y bajo pretexto de procurarse algunos pájaros para el almuerzo del Emperador, parecia que no se ocupaba mas que de cazar en las inmediaciones. En un momento de confianza descubrió á su compatriota Cypriani, que habia formado el proyecto de matar al gobernador y luego suicidarse, todo, decia, para quitar de la tierra un monstruo.

Cypriani que conocia el carácter de su compatriota, espantado de semejante resolucion la comunicó á otros criados, y todos se reunieron para disuadir Santini de su proyecto; pero su elocuencia lejos de suavizarle, le irritaba mas y mas: entonces tomaron el partido de descubrirlo todo al Emperador, que al instante le

mandó venir á su presencia. »Y solo con »mi autoridad *imperial y pontifical*, me »decia despues, pude conseguir aterrar »la resolucion de este diablo. Vea Vm. »ahora en que danza nos hubiera metido. »Yo hubiera pasado por el asesino del »gobernador, y en la realidad no hubie»ra sido fácil borrar esta opinion de la »cabeza de mucha gente, etc. etc.»

Despues de comer nos leyó la muerte de Pompeyo, que segun decian los diários en aquel momento metian mucha bulla en Paris, con motivo de las alusiones.

El dia siguiente 30, despues de haber dado algunas vueltas en el jardin, entró el Emperador en casa del general Gourgaud, en donde con el compas y el lapiz en la mano pasó un gran rato fijando las dimensiones de la costa de Syria y del plan de San Juan de Acre, de que le habia encargado mientras señalaba algunos

puntos al rededor de esta plaza, decia: »¡Muy malos ratos he pasado en estos »parages.»

Por la noche las bodas de Figaro nos divirtieron é interesaron mucho mas de lo que nos habiamos prometido. El Emperador cerrando el libro, dijo: » esto ya era la resolucion en accion.»

Melania de la Harpe. — Religiosas. — Conventos.—Trapistas.—Clero frances.

31. — El tiempo fué espantoso, apenas á eso de las tres pudo el Emperador pasar al salon de Madama Montholon, en donde leyó un rato las *mil y una noche* que le vinieron á la mano; y luego mirando casualmente un tomo del Monitor, con el cual trabajaba entonces Mr. de Montholon, y que estaba abierto á las negociaciones para un armisticio marítimo en 1800, se encaprichó en aque-

lla lectura y estuvo mas de una hora.

Despues de comer leyó primeramente la *Madre culpable*, que nos interesó mucho, y luego *Melania*, de la Harpe, que encontró mal concebida y peor egecutada. » Una declamacion campanuda, »decia, enteramente en el espíritu de »aquel tiempo llena de calumnias á la »moda y de falsedades absurdas. Cuando »la Harpe escribia esta pieza, seguramente que un padre no hubiera tenido »poder para precisar á su hija á ser re»ligiosa; porque la autoridad no le hu»biera favorecido. Este drama represen»tado en la época de la revolucion solo »debió su buen éxito á las veleidades del »momento. En el dia de hoy que la pa»sion ha caido lo silbarian. La Harpe no »ha hecho mas que pinturas falsas: no »debia atacar instituciones viciosas con »instrumentos viciosos. »

Tambien decia que la Harpe segun su

opinion habia errado en tal manera el obgeto que se proponia, como que todo el interes se lo llevaba el padre, y el mal humor era contra la hija: y añadia que no lo habia visto representar una sola vez sin tener tentaciones de levantarse de su silla y decir á la hija: « diga Vm: »solamente no; y cuantos estamos aquí »la apoyarémos; cada ciudadano será »su defensor. »

Nos contaba que estando en su regimiento habia asistido muchísimas veces á ver tomar el hábito.

« Era una ceremonia muy concurrida »de los oficiales, que nos irritaba mucho »principalmente si las niñas eran boni»tas. Todos alargabamos una cuarta de »orejas, y si alguna de ellas hubiese dicho »no, nos la hubiéramos llevado y la hu»biéramos defendido con la espada en la »mano: luego es evidentemente falso »que se emplease la violencia, pero si

»únicamente las seducciones; acaso engaitaban aquellas muchachas como se hace con los reclutas: pero el hecho es que antes de concluir su voto pasaban por las religiosas, la superiora, el director, el obispo, el oficial civil, y por último los espectadores, ¿y como se pueden mancomunar tanta gente para concurrir á un crimen?»

Era igualmente contrario de los conventos en general, como establecimientos inútiles y escuelas de ociosidad: pero de otra parte observaba hay algo que decir á su favor. Tolerarlos, obligar á sus miembros á ser útiles, no reconocer sino votos anuales, segun su modo de pensar era el mejor *mezzo termine* como él le habia adoptado.

Se lamentaba de no haber tenido tiempo para completar ninguna de estas instituciones. Se habia propuesto añadir á las casas de San Dionisio y de Ecouen

un cierto número de cuartos para servir de asilo y hospicio á viudas de militares ó mugeres ancianas, etc. « Ademas es »menester tambien convenir, añadia, »que hay carácteres é imaginaciones de »toda especie, y por lo mismo ne se de»ben violentar las ridiculeses mientras »no sean perjudiciales; pues un imperio »como la Francia podia y debia tener »algunos hospicios de locos llamados »*trapistas.* » En cuanto á estos hacia notar que si á un hombre le viniera á la imaginacion de imponer á otro las prácticas que aquellos observaban, pasarian justamente por una tirania la mas abominable, y no obstante pueden hacer las delicias de aquel que se las impone voluntariamente.... ¡He aquí el hombre, sus caprichos ó su locura!!... Habia permitido los frailes del Mont-Cenis pero al menos estos eran útiles, muy útiles y aun se puede decir heróicos.

Cuando se organizó la universidad dijo á su consejo de estado : «mi opi-»nion es que los frailes serian los mejo-»res cuerpos para la enseñanza si fuese »posible dominarlos y apartarlos de un »gefe extrangero. Tengo propension para »ellos y quizás hubiera tenido el poder »de restablecerlos, pero ellos mismos »me lo han imposibilitado. Nada hago »por el clero que al instante no me dé »motivos para arrepentirme ; no quiero »decir con esto que me queje precisa-»mente del clero antiguo, antes por el »contrario estoy bastante satisfecho, »pero forman los nuevos sacerdotes bajo »la doctrina sombría y fanática, de ma-»nera que el clero moderno nada tiene »de galicano.

»Nada tengo que decir contra los anti-»guos obispos : se han manifestado reco-»nocidos á cuanto yo habia hecho por la »religion, y han correspondido á mis »esperanzas.

»El cardenal de *Boisgelin* era un hom-
»de espíritu y honrado, que me habia
»adoptado lealmente. El arzobispo de
»Tours, *Burral*, hombre de mucha ins-
»truccion y que nos ha servido mucho
»en nuestras discusiones con el papa,
»siempre me ha conservado su afecto.

»El digno cardenal *Du Belloy* y el
»buen arzobispo *Roquelaure* me apre-
»ciaban sinceramente. No tuve ninguna
»dificultad á poner al obispo *Beausset* en
»el número de las dignidades de la univer-
»sidad y no dudo que há sido uno de los
»que mas sinceramente se han condu-
»cido conforme á mis intenciones.

»Todos estos antiguos obispos mere-
»cieron mi confianza y ninguno abusó
»de ella, lo que hay de mas singular es,
»que los que me han dado motivos de
»queja, precisamente son los que habia
»hecho yo mismo; tan cierto es que la
»santa Uncion atándonos al dominio ce-

»leste no nos liberta de las fragilidades
»de la tierra, de sus caprichos, de sus
»miserias y de sus bajezas, etc.»

Luego se habló de la escasez de sacerdotes en Francia, de la obligacion de tomar jóvenes de diez y seis años, y de la dificultad ó por mejor decir imposibilidad de encontrarlos de veinte y uno, etc.

El Emperador queria que se ordenaran mucho mas tarde. «Esto es demasia-
»do, le respondian los obispos y el mis-
»mo papa, vuestro raciocinio es muy jus-
»to, pero si aguardais á esta edad no en-
»contrareis ninguno, y no obstante ad-
»mitis que son necesarios.

»No cabe duda, añadia el Emperador,
»que despues de mi vendrán otros prín-
»cipes. Tal vez verán en Francia una
»conscripcion de clérigos y religiosas lo
»mismo que en mi tiempo veian una
»conscripcion militar. Tal vez mis cuar-
»teles, con el tiempo, serán conventos

»y seminarios. ¡Asi va el mundo!.......
»¡Pobres naciones! A pesar de toda vuestra ilustracion, de toda vuestra sabiduria, permanecereis sometidas á los caprichos de la moda como los simples individuos.»

Ya era cerca de la una de la noche cuando el Emperador se retiró. «Esto es »una verdadera victoria contra el fastidio, dijo, muy ventajosa para el que no »tiene sueño.»

María Antonia. — *Costumbres de Versalles.* — *Anécdota.* — *Berveley.* — El padre de familia *de Diderot.*

1.° de agosto. El tiempo seguia constantemente malo. A las tres el gran mariscal vino á buscarme para presentar unos ingleses al Emperador; precisamente yo acababa de salir un instante á tomar el aire. El Emperador me mandó

llamar á las cinco: estaba de mal humor y un poco contra mí, decia, porque la visita de los ingleses, el mal tiempo, el el estar el salon ocupado y la falta de intérprete, todo le habia contrariado.

Estaba leyendo las *Veladas de la quinta* que le fastidiaban mucho; las dejó para tomar los *Cuentos de la reina Margarita de Navarra.*

Luego se puso á hablar de Versalles. La corte, la reina, madama Campan y el Rey, fueron los principales obgetos que le suministraron materia, dijo muchas cosas de las cuales ya he citado algunas y suprimo otras porque no vienen al caso y entre ellas, que la reina habia cambiado las costumbres de Versalles; la gravedad antigua y la severa etiqueta se habian trasformado en primores acomodados y en chismerias de retrete. Todo hombre sensato, ningun hombre de peso, podia evitar los chascos y burlas de los jóvenes

cortesanos, cuya disposicion natural á la mofa, se veia aun excitada con los aplausos de una reina jóven y hermosa.

Cito en apoyo de este una anécdota de las mas características: un excelente y digno general aleman, llegó á Paris con una recomendacion especial para la reina, de parte de su hermano el emperador José. La reina creyó que el mayor obsequio que podia hacerle, era admitirle en su sociedad privada. El buen hombre se encontró en ella un poco desorientado, como es fácil de concebir; pero como querian tratarle bien, se hicieron una ley de hacerle hablar. Fué desgraciado en la eleccion de los asuntos y en el modo de entablarlos; habló mucho de su *yegua blanca* y su *yegua gris*, que las estimaba mas que todo cuanto tenia. Los cortesanos le preguntaban maliciosamente sobre una multitud de detalles municiosos, á los cuales respondia

bondadosamente con mucha importancia, y en fin uno de ellos para acabar le preguntó á cual de las dos yeguas daria decididamente la preferencia. « A fé mia » respondió enfáticamente el general, de» bo confesar que si un dia de batalla es» tuviese montado en mi yegua blanca, » creo que no me apearia para montar la » gris. » Salió el bueno hombre y Dios sabe cuanto se rieron de él. Habiendo tomado la conversacion un rumbo diferente se discutió con mucha finura y sagacidad sobre las rubias y las morenas; y habiendo preguntado la reina á uno cual seria su preferencia, este al instante tomando el tono solemne del austriaco, dijo: « A fé mia, » señora, debo confesar que si un dia de » batalla estuviese montado.....— basta, » respondió la reina, dispénseme Vm. el » resto. »

Despues de comer el Emperador nos leyó *Bewerley*, y *El padre de familia*; és-

te ha excitado particularmente su censura: nos pareció malísimo. Lo que mas divertia al Emperador, decia éste, es que fuese de Diderot, el corifeo de los filósofos y de la *Enciclopedia*. Todo es falso y ridículo, añadia, discutió mucho sobre los detalles, y concluyó diciendo: «De qué sirve hablar á un insensato cuan»do está con la fuerza de la calentura? »lo que necesita son remedios, y grandes »medidas, pero no argumentos. ¿Quien »ignora que la fuga es la única victoria »contra el amor? Mentor cuando quiere »libertar á Telémaco, le precipita en el »mar. Ulises, cuando quiere preservarse »de las sirenas, se hace atar, despues de »haber tapado con cera los oidos de sus »compañeros.»

Historia de la emigracion en Coblentz. — Anécdotas.

2. — Siempre el mismo tiempo. El Emperador no estaba muy bueno, el dolor de nervios le incomodaba mucho.

Me hizo llamar para almorzar con él : estando en la mesa, la conversacion recayó de nuevo sobre la emigracion. Ya he dicho en otra parte que muy á menudo me hablaba de lo mismo; pero esta vez me preguntaba sobre los pormenores de Coblentz, nuestra situacion, nuestro espíritu, nuestras sociedades, nuestra organizacion, nuestras miras y nuestros recursos, y despues de todas mis respuestas concluyó diciendo: «Ya varias veces me ha dicho Vm. una gran »parte de todo esto, pero con todo observo que no se me queda en la memo»ria, porque no viene ordenado. Escri-

»ba Vm. un bosquejo histórico con mé-
»todo. ¿En qué puede Vm. ocupar mejor
»el tiempo? Y al cabo será un trozo ya
»corriente para insertarlo en su diario.»
Esto era la peticion de Dido á Eneas, y
lo mismo hubiera podido exclamar *In-
fandum regina jubes.........* Sin embargo
hice este bosquejo en cuanto me lo per-
mitió mi memoria; porque entonces yo
era muy jóven, y van ya pasados muchos
años. Héle aqui sobre poco mas ó menos
tal, cual lo leí á Napoleon.

«Señor, despues del dia memorable
en que se derribó la Bastilla y se puso
toda la Francia en movimiento, los mas
de nuestros príncipes que se hallaban
comprometidos, desde luego figuraron
solo en el obgeto de ponerse en salvo.
Desde luego varios sugetos de rango y
muchos jóvenes les siguieron; los pri-
meros por las relaciones que con ellos
tenian, y los segundos porque este paso

traia consigo un no sé qué de señalado, generoso y noble. En cuanto se vieron ya reunidos un cierto número de hombres, les vino á la idea de cambiar á favor de la política, lo que hasta entonces solo el buen zelo y la casualidad habian acarreado. Creyeron que si con el auxilio de semejantes reuniones podian crear una especie de pequeña potencia, esta podria tener mucha influencia sobre el interior, constituyéndose una especie de palanca de insurreccion, que conmoveria los espíritus y entorpeceria las operaciones, al paso que en el exterior seria un título ó pretexto para dirigirse á las potencias extrangeras y llamar la atencion. He aqui el origen de la emigracion, y se asegura que este proyecto elevado salió de los cascos de Mr. de Calonne cuando atravesaba la Suiza, acompañando uno de nuestros príncipes que dejaba Turin para pasar á Alemania.

»La primera reunion se hizo en Worms, bajo la direccion del príncipe de Condé; pero la mas famosa fue en Coblentz, bajo los auspicios de los dos hermanos del Rey, uno de los cuales vino de Italia, en donde desde luego se habia refugiado junto á su suegro el Rey de Cerdeña, y el otro llegó á Bruxelas, habiendo conseguido escaparse de las arrestaciones que motivaron la de Luis XVI en Varennes.

»Yo fui del origen de la reunion de Worms; Cuando llegué allí apenas habia cincuenta hombres con el príncipe. Con toda la efervescencia y primer calor de mi juventud, volaba en pos de la gloria con la mas inocente sencillez de corazon, y todas las mañanas al dispertarme, mi primera lectura ó por mejor decir mi primera oracion era un capítulo de Bayard; prometiéndome en cuanto llegase á Worms, recibir los cordiales abrazos

de todos mis hermanos ó compañeros de armas; pero con gran sorpresa allí recibí la primera leccion de los hombres: en vez de una tierna acogida, yo y un compañero mio no encontramos, desde luego, mas que una multitud de preguntas é interrogatorios para asegurarse de que no eramos espias; y luego una curiosidad extremada para averiguar el interes, las miras y las pretensiones que podian habernos movido á juntarnos con los demas; en fin hicieron muchos esfuerzos para probarnos y hacer presentar al príncipe, como se repetia cada vez que llegaba un nuevo adepto, que el número crecia demasiado, y que ya excedia en mucho á los empleos y gracias que se podian conceder. Mi compañero se incomodó tanto, que me propuso de volvernos inmediatamente á Paris.

»Los que formábamos la reunion con ánimo de ser útiles, ó hacernos impor-

tantes, nos poniamos tres ó cuatro por turno en una especie de servicio regular ó guardia cerca del príncipe, pues ya no soñábamos mas que conspiraciones y asesinatos, tanto nos considerábamos poderosos y temibles; y cuando salíamos de esta especie de guardia voluntaria, teniamos el honor de ser admitidos á la mesa del príncipe. Tres generaciones de Condé hacian su principal adorno, circunstancia singular que se renovó con mas lustre en el egército de Condé, en el cual el abuelo mandaba el centro cuando el hijo y el nieto mandaban las dos alas, ambos fueron heridos creo, en un mismo dia.

» La princesa de Monaco habia seguido al príncipe de Condé« posteriormente se ha casado con él, pero ya entonces dirigia su casa. Varias veces en aquella mesa oimos que algunos convidados decian y repetian al príncipe que ya eramos

sobrados para poder entrar en Francia; que su nombre y un pañuelo blanco eran mas que suficientes; que al fin la estrella de los Condés iba á manifestarse de nuevo; que la ocasion era única y oportuna, y por lo mismo era necesario aprovecharla, y no dudaria que hubiesen conseguido infundir al príncipe algunas miras personales muy interesadas.

»Worms por la naturaleza de su reunion y el carácter de su gefe, siempre presentó mas regularidad, y una disciplina mas austera que Coblentz, en donde se notaba mas movimiento, mas lujo y diversiones. Por ello Worms se llamó *el campo*, y Coblentz *la ciudad ó la corte.*

»La masa de la reunion especulaba sobre la importancia de su gefe, por cuyo motivo el príncipe de Condé notaba con disgusto que se le ivan escapando, sin que se le olvidara facilmente. Esto no impidió que yo me fuese á Coblentz en cuan-

to este punto hubo adquirido algun esplendor; alli reunia yo varios parientes y amigos, y ademas presentaba mas lustre, agitacion y grandeza. En poco tiempo Coblentz se trasformó en un hogar de intrigas extrangeras y domésticas, en donde se traslucian dos partidos distintos: Mrs. de Avray, de Jaucourt y otros, eran los confidentes y consejeros íntimos del príncipe, hoy Luis XVIII, y el obispo de Arras, el conde de Vaudreuil y otros, los de su alteza el conde de Artois (1); y aun entonces se aseguraba que estos dos príncipes ya manifestaban muy distintamente las mismas diferencias políticas que segun se supone posteriormente les han caracterizado. Mr. de Breteuil, establecido en Bruxelas, que se titulaba apoderado general é ilimitado de Luis XVI, formaba mi ter-

(1) Hoy Cárlos X.

fronteras, y lo que contribuyó no poco á aumenterla fué que los corifeos de la revolucion la excitaban en secreto aparentando en público oponerse á ella: es cierto que en la tribuna declamaban vagamente contra este abuso, pero al mismo tiempo tenian buen cuidado de dejar abiertos todos los pasos. Si se calmaba un momento el entusiasmo, las declamaciones eran mucho mas violentas y se decidian á cerrar estrictamente todos los caminos: entonces los que se habian quedado atras, se desesperaban de no haber aprovechado el momento favorable; pero accidentalmente ó por descuido los caminos se abrian de nuevo, y entonces se arrojaban con precipitacion, de miedo de llevarse otro chasco. Con este arte astuto la asamblea ayudaba á sus enemigos para que ellos mismos se precipitasen al abismo que les perdió.

»Las buenas cabezas del partido, desde

luego habian juzgado que esta medida iva á desembarazarles de las partes heterogéneas que entorpecian su marcha, y que los bienes de todos aquellos proscritos voluntarios, les proporcionarian recursos incalculables: los oficiales creian hacer maravillas desertando de sus regimientos, miéntras que los corifeos procuraban por otro lado hacer sublevar los soldados para excitar la misma desercion: de esta manera quitaban de en medio unos enemigos que les paralizaban, y con los sargentos y cabos que pasaban á oficiales adquirian unos cooperadores celosos, que con el tiempo han sido los héroes de la causa nacional, y han formado los grandes capitanes que han batido todas las tropas veteranas de los extrangeros.

»Sucedió pues que Coblentz en breve tiempo reunió todo lo mas ilustre de la corte de Francia y todos los ricos y distinguidos de las provincias. Juntamos

muchos millares de hombres de todas armas, uniformes y clases; poblábamos la ciudad y habiamos invadido el palacio. Nuestras reuniones diarias cerca de los príncipes parecian otras tantas fiestas espléndidas: éstos parecian los verdaderos soberanos de aquella corte brillante, en términos que el pobre elector, enteramente deslucido, se veia enteramente aislado en medio de todos nosotros, lo que dió motivo á que cierto sugeto le hiciese observar muy chistosamente, ya fuese por sencillez ó malicia, que entre tanta gente que se reunia en su palacio, él era el único extrangero.

»En las grandes solemnidades, hubo dias de gala pública, en los cuales se permitia á los principales habitantes, que hiciesen el círculo de las mesas: nosotros estábamos muy ufanos de ver que la gente del pais admiraban la buena presencia y el aire caballero del Conde de

Artois; nos envanecíamos sabiendo que celebraban los conocimientos y el talento del príncipe Luis (Monsieur); y era cosa de ver la especie de arrogancia con que ostentábamos toda la importancia y lustre de nuestra monarquía, y sobre todo la superioridad de su gefe y la elevacion de nuestros príncipes. En los círculos alemanes, para designar al Rey de Francia, deciamos enfáticamente *S. M. el Rey*, pues segun nuestro modo de pensar este debia ser su título por excelencia para toda la Europa. El abate Maury á quien en un principio recibimos con muchas aclamaciones, y que, entre paréntesis, en poco tiempo perdió mucha opinion, nos decia haber descubierto que tal era su derecho y prerogativa. Todavía voy á citar otro egemplo de vanidad y exageracion.

» Posteriormente en medio de nuestros desastres, y cuando nuestra causa estaba

con el hermano del Rey de Inglaterra, en el mismo tiempo y en la propia ciudad, se quejaba de que la princesa de Lamballe no le concedia los honores que le eran debidos.

»El anciano duque de Glocester en Londres se quejaba personalmente de uno de nuestros príncipes, y aun añadia que el príncipe de Gales se reia mucho de que llamando *Monseñor* á uno de nuestros príncipes, este hacia un estudio particular en el modo de tergiversar las frases para no volverle el tratamiento.

»Con todo, en Coblentz, yo no sé si con motivo de las circunstancias, nuestros príncipes se dignaban modificar sus costumbres sobre este particular poniéndose al nivel de los príncipes extrangeros: hallábanse entonces con el elector de Treves, príncipe de Sajonia, hermano de su madre, á quien es de notar que en

aquel entonces le estábamos comiendo un costado, y posteriormente fuimos causa de que perdiese sus estados; á este elector, digo, se dignaban llamarle *tio*, permitiéndole que les llamase *sobrinos* : y un dia les dijo, segun me han asegurado: » Estas expresiones tan tiernas las debo »á vuestros infortunios; pues en Versa»lles solo me hubierais llamado *señor* »*abate*; y quien sabe si me hubierais re»cibido todos los dias.» Añadian que esto era muy cierto y que el conde Luzaze que se hallaba presente lo habia experimentado por sí mismo.

Generalmente los príncipes pasaban las noches en sus intimidades particulares; el uno la mayor parte del tiempo iba á casa de Madama de Polastron, obsequiándola con un esmero que su constancia y buenos modales hacian respetable. Varias veces intentaron, pero en vano, distraerlo de aquella sociedad;

pues los intrigantes no estaban satisfechos de Madama de Polastron, que como era una señora amable, bondadosa, excelente y enteramente desinteresada, y queriendo vivir absolutamente apartada de los negocios, se habia reducido á una sociedad muy limitada. Y tuve la fortuna de ser admitido en ella bajo los auspicios de una parienta mia; pero era necesario retirarse antes que llegase el príncipe y nunca tuve el honor de verle en aquella casa.

» El príncipe Luis pasaba las noches en casa de Madama Balby, dama de compañía de la princesa. Esta señora viva, ingeniosa, amiga acalorada y enemiga decidida reunia en su casa todo lo mas distinguido; era un insigne honor ser admitido en ella, pues alli se encontraba el centro del buen gusto y del gran tono. El príncipe algunas veces se quedaba hasta muy tarde, y cuando la multitud se habia retirado y habia un corto número de in-

dividuos á veces nos contaba historietas; y es menester confesar que nos era tan superior por la amenidad de su conversacion, como por su rango y dignidad.

He aqui por lo que respeta á la exterioridad de nuestras tertulias en Coblentz: este era nuestro lado brillante porque nó eramos tan felices bajo el aspecto político, pudiendo decirse que formaba la parte vergonzosa.

»¡Ah! ¡Ah! bueno, dijo aqui el Em»perador, yà empezaba á encontrar un »poco difusos estos pormenores de salon. »bien que en Vm. es indispensable por»que se complace en ello hablando de su »juventud. Pero siga Vm.»

»Señor, toda aquella muchedumbre no era mas que una brillante y noble bataola; toda nuestra reunion presentaba la imagen de una confusion completa. Era la anarquia agitándose en el exterior, para establecer, segun decia, el orden en el interior; una verdadera de-

mocrácia, guerreando para restablecer su aristocrácia; en una palabra, representábamos en miniatura, sobre poco mas ó menos, la repeticion de todo lo que se hacia en Francia. Entre nosotros habia celadores tenaces de nuestras formas envejecidas y amantes ardientes de la novedad; teniamos nuestros constitucionales, nuestros intolerantes y nuestros moderados: teniamos nuestros empíricos que se arrepentian mucho de no haberse apoderado del Rey para obrar hostilmente en su nombre ó buenamente hacerle declarar incapaz; en fin, teniamos nuestros jacobinos que al entrar en Francia todo lo querian matar, destruir, etc.

» Nuestros príncipes no egercian ninguna autoridad positiva sobre nuestra multitud: es cierto que eran nuestros soberanos, pero nosotros éramos unos súbditos muy indóciles y descontentadizos; la menor cosa excitaba nuestra mur-

muracion, y sobre todo los recien llegados eran el blanco del furor general, porque nos robaban una parte de la gloria á que tenian derecho; deciamos nuestras hazañas y nuestras esperanzas. Siempre se habia llegado tarde, decian todos en cuanto quedaban admitidos; en adelante, decian, ya no podia haber ningun mérito, porque continuando á recibir á cuantos llegasen, la Francia entera pronto estaria de nuestra parte, y al cabo no habria uno solo digno de castigo, etc.

» Entonces diluviaban de todas partes las acusaciones contra los que llegaban. Un príncipe de *San Mauricio*, hijo del príncipe de Montbarey, no pudo resistir la tempestad, á pesar de verse formalmente apoyado de todo lo mas distinguido, incluso el príncipe que se dignó implorar en su favor diciendo: « Señores, ¿cual es el hombre exento de reproches en la revolucion? Yo tambien

»he cometido faltas, y olvidándolas Vms. »me han autorizado á interceder por »otros.» Mas á pesar de esto, el príncipe de San Mauricio tuvo que escaparse á uña de caballo: su crímen no era otro que el de haber sido miembro de la sociedad de amigos de los negros, y verse perseguido con encarnizamiento en medio de nosotros, por un gentilhombre que acusaba á San Mauricio de haberle hecho quemar algunos palacios: y pocos dias despues se descubrió que el alborotador no tenia ni habia tenido palacio, ni era gentilhombre, ni de la provincia que él decia y si solo un aventurero.

«Mr. de Cazales que habia llenado la Francia y la Europa con el lustre de su espíritu y elocuencia en la asamblea nacional, en Coblentz habia perdido el favor popular. Cuando se presentó recien llegado de Paris, corrió la voz entre nosotros de que los príncipes no le recibi-

rian ó le recibirian mal. Mr. de Cazales era el honor del Languedoc, motivo por el cual á pesar suyo nos reunimos ochenta de la misma provincia para servirle de escolta, y de esta manera le condujimos á los príncipes que le recibieron bien.

«Un diputado del pueblo que por su realismo se habia distinguido mucho en la constituyente, estaba entre nosotros, y un dia uno de los príncipes dirigiéndole la palabra, le dijo, «N., Vm. que es »tan hombre de bien, me dirá Vm., co»mo ha podido en el tiempo prestar el »juramento del juego de pelota?» El diputado atónito con la pregunta, dijo con un acento balbuciente, que le habian cogido con sorpresa........, que no podia preveer las consecuencias funestas......, pero luego volviendo sobre sí, replicó con viveza: «Ademas no puedo menos »de observar á V. A. R., que no es esto »lo que ha perdido á la monarquía fran-

»cesa, sino la reunion de la nobleza que »vino á encontrarnos en virtud de una »carta muy tierna de V. A. —¡Ola! dijo »el príncipe, dándole palmadas en el »hombro, cálmese Vm. amigo mio, no »ha sido mi intencion enfadarle con esta »pregunta.»

A pesar de todos los contratiempos, bien ó mal se consiguió regularizar alguna cosa; nos clasificaron por cuerpos y provincias; nos señalaron acantonamientos y nos dieron armas; los guardias de corps del Rey se reunieron, vistieron, equiparon y pagaron, y muy luego presentaron un cuerpo magnífico por su firmeza y regularidad. La coalicion de Auvernia y el cuerpo de la marina, parte á pie y parte á caballo, se hicieron notar especialmente por su disciplina, su instruccion y fraternidad. No es dable admirar suficientemente nuestro rendimiento y nuestra abnegacion: cada oficial no

fué mas que simple soldado sugeto á prácticas y fatigas, muy agenas de sus costumbres, y sometidos á las mayores privaciones, pues no habia paga y muchos de ellos pronto no tuvieron otro recurso que el escote de sus compañeros mas felices. Mereciamos mejor suerte, ó por mejor decir éramos dignos de mejor empresa. Habian reunido con mucho esmero toda la oficialidad de cada regimiento, con la mira de que presentasen el cuadro formado á sus soldados, que creiamos no dejarian de pasarse á nosotros en cuanto los viesen. ¡Tal era nuestra ceguedad! Con el mismo obgeto se habian reunido los nobles de cada provincia, creyendo que influirian notablemente en la masa de la poblacion: yo no sé si seria debilidad en las fibras cerebrales ó calentura, lo cierto es que estábamos firmemente persuadidos que nos estaban esperando con el mayor afecto.

Todas estas reuniones, se egercitaban y maniobraban públicamente, no obstante que cuando se hacian interpelaciones diplomáticas sobre el particular, se respondia con el mayor descaro, con una negativa absoluta. Se habian nombrado generales, formado un estado mayor y todo lo que caracteriza un cuartel general incluso un gran prevoste. Insensiblemente nuestros príncipes se habian rodeado de cuanto constituye un verdadero gobierno: tenian ministros para los negocios del momento, y aun para cuando entrásemos en Francia, pues esta victoria nos parecia infalible y muy inmediata.

Mr. de Lavilheurnois, de quien tanto se ha hablado posteriormente en una conspiracion real, y que fué á perder la vida en Sinnamary despues de fructidor, tenia el ministerio de la policía. Marchó de antemano para ir á egercerla

clandestinamente en Paris; me habia tomado tanto afecto que queria absolutamente casarme con su hija, y me hizo las mas vivas instancias para que le siguiese, pero yo no quise, porque la naturaleza de su ministerio me repugnaba mucho. Si hubiese condescendido á sus deseos, ¡ cual hubiera sido mi suerte!

«Tambien teníamos relaciones directas con casi todas las cortes. Los príncipes tenian sus enviados en todas ellas, y recibieron los de estas en Coblentz. S. A.R. el conde de Artois fué á Viena, si no me engaño; pero de cierto á Pilmith. La nobleza escribió en cuerpo á Catalina, que nos envió Mr. de Romanzoff como embajador. Esta emperatriz miraba con placer la tempestad que se formàba en el medio dia de la Europa, y atizaba gustosamente un incendio que sin aventurar nada, podia serle muy favorable; por ello se manifestaba acalo-

rada en sus sentimientos y pródiga en sus promesas. No desesperaba en esta circunstancia engañar á Gustavo III, cuya actividad demasiado vecina, le era demasiado importuna: dicen que le habia decidido á alistarse en la cruzada, lisongeándole que sería el generalísimo. Yo no sé si este príncipe que tenia mucho espíritu y talento, que ciertamente era una águila para su tiempo, se dejaba alucinar; ello es constante que se mostraba muy entusiasmado á favor de nuestra causa, y que manifestó deseos de batirse personalmente. Cuando marchó de Aquisgran para ir á Suecia á tomar las últimas disposiciones al efecto, le oí decir á la princesa Lamballe al despedirse: «pronto nos volveremos á ver; »pero antes por mí mismo debo dar al» gunos pasos y guardar ciertas considera» ciones; pues el papel que estoy repre» sentando es muy delicado. Sabed que

»yo, que quiero volver para pelear al »frente de vuestros aristocratas, soy el »primer democrata de mi pais, etc. etc.»

» Tambien recibiamos enviados de Luis XVI, que presentaban mensages públicos reprobando nuestra conducta, y tenian conferencias confidenciales tal vez enteramente distintas; por lo menos nuestro modo de obrar daba motivo para suponerlo asi declarando que estaba cautivo, y que por lo mismo no debiamos hacer caso de sus órdenes; que debian obrar en un sentido contrario á todo lo que le hacian decir, y que si nos exhortaba á la paz, era porque queria la guerra. Por ello yo creo que fuimos muy perjudiciales á aquel desgraciado monarca, y que nos corresponde una parte muy especial en el perdon que en su testamento concedió á todos sus amigos que tanto mal le habian causado, dice, con su zelo indiscreto.

»Sin embargo, nuestra emigracion se iba prolongando, á pesar de todos las promesas que nos hacian y de las esperanzas que alimentábamos; ¿cuantas ilusiones, cuantos cuentos ridículos y absurdos no se ponian en movimiento para entretener nuestra impaciencia, ya fuese para evitar nuestro desaliento ya porque se alucinasen á sí mismos? No faltó quien, en vista de nuestras cartas y gacetas se entretuvo á calcular que en menos de diez y ocho meses habiamos puesto en movimiento cerca de dos millones de hombres, sin que apareciesen á nuestra vista. «Pero; con mucho misterio, nos decian los altos iniciados, estas tropas solo »marchan de noche para sorprender mejor á nuestros demócratas, ó si pasan de »dia van en partidas y sin uniformes.» Ademas habia una multitud de catas de diversos paises, todas muy verídicas, en estilo enigmático, que decian

ser solo inteligibles para nosotros. A uno le decian que acaban de despachar para su pais cincuenta mil cristales de Bohémia; á otro le daban aviso del próximo envio de diez mis porcelanas de Sajonia; á otro le anunciaban veinte y cinco balas de cacao, y otras tonterías semejantes.

» ¿Como es posible, me digo ahora á mí mismo, que unos hombres de talento, pues es indudable que habia muchos entre ellos, que unos antiguos ministros que nos habian gobernado, y otros que se formaban para serlo un dia, pudiesen dar de hocicos en semejantes faramallas, ó que el buen sentido de la multitud no nos hayamos reido á sus vigotes? Pero no, estabámos encaprichados y firmemente convencidos de que tocábamos al término de nuestros deseos, que este momento se acercaba, que era infalible, y que solo con dejarnos ver, todo se humillaria á nuestros pies, persuadidos de

que nos aguardaban con la mayor impaciencia.

Al llegar aqui, el Emperador que me habia interrumpido varias veces para reirse y chocarrear, me dijo seriamente. « ¡ Realmente el bosquejo que Vm. ha de» lineado debe ser muy fiel, pues estoy » viendo el retrato de muchos de Vms. ! » Si, amigo mio, sea dicho sin insultar á » nadie, la jactancia, la credulidad, la » inconsecuencia, y aun la misma tonte» ria, á pesar de todo su talento se puede » decir francamente que son su verdadera » herencia. Cuando algunas veces que» riendo divertirme me he soltado con » ello poniéndome á su nivel para ani» marles á hablar con confianza, yo mis» mo les he oido en Tuilerias, ya siendo » Consul ya Emperador, todo lo mismo » mismito que Vm. me está diciendo: » todo lo encontraban facil y llano; el » amor de los franceses á sus reyes, todo

»enterito habia pasado á mi persona,
»me decian; ya podia en adelante hacer
»cuanto me diese la gana, bien seguro
»de que no encontraria el menor obstá-
»culo, salvo un puñado de incorregibles
»generalmente vilipendiados. Esta con-
»trarevolucion tan temida, me decia
»otro, para mí no habia sido mas que
»un juego de niños, ni me habia costado
»el menor trabajo. Reíame de compa-
»sion, aunque apenas podia contenerme,
»pero él hablaba con la mayor sinceri-
»dad, persuadido que tal era mi opinion,
»y aun que la generalidad pensaban
»como él; pero siga Vm.»

»La aparicion repentina del duque de Brunswick en Coblentz, y la llegada del Rey de Prusia al frente de sus tropas, llenaron de placer y esperanza á toda la emigracion. Al fin el cielo habia oido nuestras súplicas, decian; íbamos pues á entrar en la tierra prometida. Sin em-

bargo, los hombres de juicio y experiencia vaticinaron desde luego que nuestra crisis tendria el mismo resultado que otras semejantes que nos presentaba la historia; y que al cabo no seriamos mas que instrumentos ó pretextos para los extrangeros, que solo buscaban su interes, sin que el nuestro les moviese á dar un paso.

»Mr. de Cazalés, que en poco tiempo habia aprendido mucho, nos los dijo muy enérgicamente. Nos extasiábamos mirando los prusianos que desfilaban por las calles de Coblentz dirigiéndose á nuestras fronteras. «Juventud insen»sata, nos decia, admirais con simpatía »esta tropa y todo su aparato; su mar»cha os alegra; ¡mas bien deberia es»tremeceros! En cuanto á mí, quisiera »ver el último de estos soldados sumer»gido en las aguas del Rhin. ¡Infeliz él »que llama el extrangero á su pais! ¡Oh

¡amigos mios! continuaba con vehemen»cia, ¡la nobleza francesa no sobrevivirá »á esta desgracia : tendrá el desconsuelo »de morir lejos de su luna! Yo soy tanto »ó mas culpable que los demas, lo veo, »hago lo mismo que todos, pero no por »complacer, sino porque no puedo impe»dirlo; lo repito: infeliz el que se dirige »al extrangero y se fia de él!.... »

»¡Estas últimas palabras eran un oráculo de sabiduría! muy pronto la experiencia nos habria convencido si hubiésemos estado menos alucinados ó si hubiese sido dable que una multitud pudiese raciocinar y obrar bien; pero nuestras miserias nos habian condenado á enriquecer la historia con una leccion digna de la meditacion de los hombres. Muy bien podiamos reunirnos hasta veinte ó veinte y cinco mil hombres armados, y ciertamente que semejante masa, llena de ardor denuedo y buena

voluntad, combatiendo por sus propios intereses, acorde con los elementos simpáticos del interior, obrando contra una nacion desconcertada, en la confusa agitacion de unos derechos modernos todavía no consagrados, ni tan siquiera bien entendidos, podia dar golpes decisivos; pero nuestra fuerza, nuestros buenos resultados y su prontitud, no hubieran convenido á los extrangeros; y por lo mismo, bajo pretexto de esta misma influencia, y para ponerla en movimiento, segun decian en varios puntos á un mismo tiempo, nos inutilizaron dividiendonos, ó para decirlo mejor nos hicieron prisioneros en medio de sus respectivos egércitos: de suerte que seis mil de nosotros se dirigieron contra la Alsácia bajo las órdenes del príncipe de Condé; cuatro mil con el duque de Borbon debieron operar en la Flandes, y los restantes doce ó quince mil se quedaron en el centro

con los dos hermanos del Rey para atacar la Champaña.

»El plan y las miras de nuestros príncipes habia sido que el mayor, como heredero del trono y substituto natural de Luis XVI, vista la cautividad de este, se proclamaria regente del reino en cuanto pisásemos el territorio frances; que marcharia con sus emigrados al frente de la expedicion, y que los aliados seguirian únicamente como auxiliares; pero estos se rieron del plan y nos relegaron detras bajo las órdenes del generalísimo duque de Brunswick, que nos hizo preceder por un manifiesto el mas absurdo, haciéndonos el favor publicándolo en su nombre de exonerarnos de cuanto tenia de ridículo y odioso.

»Sin embargo no puedo omitir que algunas cabezas machuchas de nuestro partido, como mas avisados, no les habia faltado prevision en este negocio; por ello

habian propuesto en el consejo de los príncipes, penetrar en cualquier punto de Francia antes de la llegada de los aliados, y alimentar nosotros solos la guerra civil. Otros mas desesperados ó mas ardientes, aconsejaban de apoderarnos noblemente de los estados del elector de Anveres, nuestro bienechor, ocupar Coblentz y su fortaleza., y hacer allí el centro de reunion de todos los descontentos, un punto de apoyo independiente del cuerpo germánico; y cuando levantábamos el grito contra semejante perfidia é ingratitud, nos respondian que: « A gran mal, remedio grande. » No se puede saber cual hubiera sido el resultado de semejantes medidas, que de otra parte mas bien se adaptarian con la audacia de estos tiempos modernos, que con las costumbres de entonces. Por lo mismo, no se siguió aquella opinion; y ademas era ya muy tarde, estába-

mos demasiado empeñados con los extrangeros; nos consideraban ya como cosa suya, y nuestra suerte debia cumplirse!....

» Por lo que respecta á la masa, estabámos muy distantes de prever nuestras desgracias. Emprendimos alegremente nuestra marcha; sin que ninguno de nosotros no estuviese firmemente persuadido que al cabo de quince dias, estaria en su casa triunfante rodeado de sus vasallos, sometidos, humillados y en mayor número. Una prueba daré de ello, que aunque personal y minuciosa, no será menos característica. Atravesábamos la ciudad de Treves, en donde habia estado de gobernador, nombrado por Luis XIV durante la conquista en tiempo de la guerra de succesion, un hermano de mi abuelo; fuí á visitar su sepultura que estaba en una capilla de los cartujos de àquella ciudad. Mi fogo-

su juventud, y las circunstancias del momento, me movieron á quererle erigir un pequeño monumento, con una soberbia inscripcion análoga á las circunstancias. Todo lo encontraba llano; pero mis buenos frailes no eran tan fáciles. El prior quiso que me entendiese con el abad que era una especie de obispo, y obispo aleman. Su discrecion y tibieza, ademas de sus muchos blasones, cuando yo le estaba haciendo parte de mi proyecto caballeresco, desde luego me dispusieron contra él; pero cuando despues de muchos circunloquios vino á parar en que en las circunstancias presentes...., la prudencia...., la discrecion...'Si por casualidad los franceses entraban en la ciudad.... Al oir estas últimas palabras, mi indignacion llegó á su colmo, de modo que ni tan siquiera me detuve á contestarle una sola palabra. Salí al instante lleno de furor, firme-

mente persuadido de que era el mas terrible jacobino; y solo una generosidad natural y el respeto de mí mismo pudieron impedirme de contar el caso á mis compañeros, que seguramente hubiéran destruido el convento. Y con todo el abad tenia la vista mas perspicaz que yo, pues antes de tres semanas los republicanos estaban en Treves, el pobre abad fugitivo y las cenizas de mi buen pariente profanadas por los infieles.

«En fin, apenas entramos en campaña, apenas pisamos el suelo frances, que desde luego fué muy facil de concebir á menos de incurrir en la nota de estúpidos y ciegos, que era muy posible que nos hubiésemos equivocado. Nos encontrábamos en medio de los prusianos que entorpecian todos nuestros movimientos; sin su permiso no podíamos ir adelante ni atras, á derecha, ni á izquierda y nunca nos lo concedieron: nuestras sub-

sistencias, todos nuestros recursos dependian únicamente de su voluntad; en resumen sufriamos la vergüenza de presentarnos como esclavos en el pais que pretendiamos dominar.

«En cuanto á nuestros compatriotas, en vez de recibirnos como á libertadores, cual lo habiamos creido, solo nos manifestaron desprecio y repugnancia. Si algunos señores solariegos venian á juntarse con nosotros, la masa entera de la poblacion huia y nos consideraba hostilmente con la nota de infamia y el silencio sañudo de la reprobacion. Parecia decirnos: «¡No os estremeceis de manchar »de esta manera el suelo patrio! ¡No na»cisteis franceses! ¡Nada os dice el co»razon con respecto á este suelo natal! »¡Os llamais ofendidos; pero hay culpa, »hay injuria que pueda nunca dar á un »hijo el derecho de despedazar á su ma»dre!..... Dicen que en otro tiempo Co-

»riolan, patricio acalorado, tuvo la infa-
»mia de combatir su patria; pero al me-
»nos á su furor juntaba la elevacion, se
»presentó con brazo victorioso, imponia
»su propia voluntad, no iba siguiendo
»bárbaros extrangeros sino que les man-
»daba y todavía se dejó enternecer. ¡Se-
»riais vosotros incapaces de este afecto,
»y no temeriais nuestras maldiciones,
»que se perpetuarán en vuestros hijos y
»nietos! Y todavía en este caso cuales-
»quiera que sean los buenos resultados
»que podais obtener, no igualarán vues-
»tro dolor. Pretendeis venir á mandar y
»vosotros mismos sois esclavos de los ex-
»trangeros que os rodean, etc., etc.»

«En Verdun ó Estain nos alojaron en la ciudad. Yo con algunos compañeros nos tocó una casa de bella apariencia, pero no tenia mas que las paredes; muebles y propietarios todo habia desaparecido, excepto dos muchachas jóvenes que nos

entregaron las llaves. Esta última circunstancia nos pareció un buen presagio; quisimos hacerselo notar y galantearlas.
«Señores, nos dijo agriamente una de »las dos amazonas, nos hemos quedado »aqui para tener el gusto de decir á Vms. »en su cara, que nuestros novios estan »armados contra Vms., y que solo ellos »poseen nuestro afecto y nuestros cora»zones.» Este idioma era muy inteligible, por cuya razon no pedimos mas y fuimos á alojarnos á otra parte.

«Como quiera que sea: ya estábamos en Francia á la cola del egército prusiano, que continuaba brillantemente sus triunfos, dejándonos tres ó cuatro etapas detras; y fuese para reirse de nosotros, porque les habiamos asegurado que todas las ciudades abririan las puertas en cuanto nos viesen; ó fuese para libertarse de nuestras importunidades, nos encargaron del sitio de Thionville: nos acerca-

mos á la plaza, y por una de aquellas rarezas singulares que presenta la casualidad, el cuerpo de marina se encontró allí precisamente opuesto á los voluntarios nacionales de Brest: al instante se reconocieron, y sabe Dios el diluvio de epítetos é injurias que se enviaban unos á otros.

«Sin embargo la plaza de Thionville, como es cosa sabida, es una de las mas fuertes y al cabo no podiamos tomarla con las manos ni con los dientes, pues estábamos faltos de todo, y para obtener de los austriacos de Luxemburgo dos cañones de á veinte y cuatro, fué necesario entablar una negociacion. Despues de muchas idas y venidas llegaron los cañones en triunfo, y con este formidable aparato intimamos la rendicion á la plaza; con su respuesta negativa, se le tiraron de noche algunos centenares de cañonazos que no produgeron otro resultado que el

de gastar pólvora en salva. Cuando estuve de vuelta despues de la emigracion, hablé casualmente con el general Wimphen que en aquella época mandaba esta plaza: preguntóme cual podia haber sido nuestra intencion ó especie de burla.—«Yo »creo, le dije, que se contaba con Vm.-Pe»ro aun cuando esto hubiese sido, toda»vía Vms. debian ponerme en el caso de »rendirme, pues no podian suponer que »yo debiese ir á solicitarles que me ata»casen, etc.» Todo iba en proporcion; la mas mínima salida ponia todas nuestras fuerzas en movimiento, la menor circunstancia para nosotros era un acaecimiento memorable: esto era muy natural porque no entendiamos una palabra; por ello, dejando el valor á parte, no dudo en creer que cien bigotes retorcidos de la guardia imperial, hubieran derrotado toda nuestra reunion: por fortuna que nuestros adversarios no eran mas

hábiles que nosotros; entonces todos eran pigmeos, bien que poco tiempo despues, en todas partes hallé gigantes.

« Con todo, no estábamos muy contentos de nuestra posicion en nuestras tiendas de campaña, sin mas techo que un poco de paja podrida; pero á *la francesa*, nuestra alegría nos salvaba; nuestro mal humor se exaltaba en pullas y majaderías. A cada gefe le habiamos puesto su apodo sin que hasta el venerable mariscal de Broglie, nuestro generalísimo dejase de tener el suyo, y esto me recuerda el cuento con que gratificamos á uno de sus segundos, que le aterró. Si mis compañeros de tienda, alguna vez leen esto, estoy persuadido que todavia se reirán.

« En una salida que nos causó la mayor inquietud, como era costumbre, todos salimos á hacer frente al enemigo. No teniendo caballos, los oficiales de

cesidades y la absoluta falta de todo hacian nuestra separacion indispensable. Cada cual tomó la direccion que le dictó su buena ó mala estrella, acompañados de la rabia y la desesperacion: atravesamos como fugitivos la mayor parte del tiempo á pie y algunos casi desnudos, los mismos parages en que poco tiempo antes habíamos explayado nuestro lujo y esplendidez; felices cuando no nos cerraban las puertas ó no nos desechaban con brutalidad! En un instante nos vimos expelidos oficialmente de todas partes; nos prohibieron la morada ó la entrada de todos los estados vecinos, y fuimos á tierras lejanas, arrastrando en toda la Europa el espectáculo de nuestras miserias, que debieron ser una grande leccion de moral y política para los pueblos, los grandes y los Reyes.

» Sin embargo, los hazañas de los Franceses hicieron pagar caramente á los

extrangeros las indignidades con que nos habian abrumado; al paso que de nuestro lado tuvimos una especie de consuelo, de ver que el honor de la emigracion francesa encontraba un asilo en el egército de Condé, que levantaba su frente erguida, y ocupa una bella página de la historia, como un modelo de lealtad, valor y constancia.

»Tal es, Señor, aquella famosa época, aquella determinacion fatal, que para un crecido número no fué mas que el error de la juventud y falta de experiencia: pero á estos nadie tiene derecho para hacerles el menor reproche sino ellos mismos; pues los sentimientos que les guiaron eran tan puros, tan naturales y generosos, sin mezcla de egoismo, que en caso necesario pueden publicarlos con honor; y no puedo omitir que estas disposiciones eran generales entre nosotros, particularmente la multitud de los

nobles de las provincias, que sacrificando cuanto tenian y no aguardando nada, careciendo de fortuna y de esperanza, patentizaban un desprendimiento heróico, en hacer una cosa que segun su modo de pensar era un deber. Por lo demas, todo el vicio estaba en nuestra educacion política, que nos bendaba los ojos para discernir nuestros deberes, induciéndonos á tributar solo al príncipe lo que pertecia á toda la patria. ¡ Los errores pasan con las generaciones, pero la verdad es indeleble! Por ello en lo venidero cuando las pasiones adversas estarán apagadas, cuando solo quedarán los vestigios de los intereses opuestos, ó de la ceguedad y furor de los partidos, lo que fué dudoso por nosotros será positivo para otros, lo que para nosotros era lícito ó digno de escusa, que lo mirábamos por un antiguo orden de cosas establecido, luchando con otro moderno que se crea-

ba, se considerará como criminal entre los que se guiarán por doctrinas fijas. Entonces se miraran como artículos de fé: 1.º Que el mayor de los crímenes es el introducir extrangeros en el seno de la patria. 2.º Que la soberanía no puede estar vacilante; sino que es inseparable del territorio, y está íntimamente liada con la masa de los ciudadanos. 3.º Que la patria no puede ser movible; sino que es inmutable y fija en el suelo sagrado que nos vió nacer, en el cual descansan los huesos de nuestros progenitores. Tales son las grandes máximas, y todavía otras muchas que habrá producido nuestra emigracion; y tales las verdades fijas que habrán trasmitido nuestras desgracias!

»Muy bien, dijo el Emperador, per»fectamente, esto es lo que se llama no »tener preocupaciones. Esto son verda»deras miras filosóficas! Y podrán decir

»de Vm. que ha sabido aprovecharse de »las lecciones del tiempo y de la adver»sidad.» Y luego con su rapidez acostumbrada recapituló los varios puntos que yo habia referido, deteniéndose sobre la absurdidad, la inconsecuencia, el grande error de nuestra emigracion, los verdaderos males que habia causado á la Francia, al Rey y á nosotros mismos. «Vms. establecieron y consagraron en »Francia, dijo, un cisma semejante al »que los católicos y los protestantes dise»minaron en la Europa religiosa, cuyas »consecuencias han causado tantas des»gracias, que si bien yo habia conseguido »destruirlas, es muy probable que vuel»van á renacer!» Y en seguida explicaba los medios de que se habia servido para aniquilar este azote destructor, las precauciones que debió tomar para conseguirlo y los resultados que se habia prometido. ¡Como sus palabras cambiaban

la faz de las cosas! ¡Qué aspecto tan grandioso tomaban á mis ojos á medida que iba hablando! « Y lo mas raro de mi si»tuacion, observaba, es que en todo »esto yo mismo navegaba constantemente »en medio de los escollos. Cada cual juz»gando segun se lo permitian sus alcan»ces atribuia á afecciones particulares, á »simples preocupaciones ó pequeñezes, »lo que en mí eran miras profundas, gran»des conceptos, y máximas de estado de »la mayor elevacion, cualesquiera hu»biera podido decir que yo reinaba en un »pueblo de pigmeos en inteligencia, por»que nadie me entendia. El partido na»cional estaba celoso y resentido de lo »que me veía hacer á favor de los emi»grados; y estos de su parte se persuadian »que yo no buscaba mas que á darme »lustre con su apoyo. ¡ Pobre gente!... (1)

(1) Despues de mi regreso á Europa, refirien-

»Sin embargo á pesar de la ceguedad
»y de las preocupaciones recíprocas habia
»conseguido mi obgeto y tenido la satis-

do estas palabras de Napoleon con un gran dignatario de la corona, que habia tenido el honor de hablar particularmente con él muchas veces (el conde de S...); me contó otra conversacion, precisamente sobre el mismo asunto: como coincide con lo que se acaba de leer, voy á transcribirla. El Emperador le decia un dia: »¿Por qué cree Vm. que procuro rodearme de »los hombres ilustres de la antigua monarquía? »—Señor, acaso por el lustre de nuestro trono, »y por ciertos miramientos aparentes á la vista »de toda la Europa. — Vaya ya entró Vm. con »su orgullo y preocupaciones de clase. Pues »sepa Vm. que mis victorias y mi fuerza me re»comiendan en Europa mucho mas que todos »estos grandes y pomposos nombres; y que en »lo interior de la Francia mi predileccion apa»rente para ellos me perjudica mucho y me qui»ta una gran parte del afecto del pueblo. Vm. »atribuye á miras mezquinas lo que en la rea»lidad las tiene muy grandes y dilatadas. Yo »constituyo de nuevo una sociedad, una nacion,

»faccion de establecer la calma en el »cuerpo, cuando me engolfé en pos de »mis grandes empresas.»

»y me encuentro con elementos enteramente »antipáticos. Los nobles y los emigrados no son »mas que un punto en la masa, y esta siempre »les es enemiga y está agriada, perdonándome »dificilmente haberles permitido de nuevo la »entrada. Yo lo hice porque creí que era un de»ber; pero si les dejase existir en cuerpo, algun »dia podrian servir al extrangero, sernos perju»diciales, y correr ellos mismos los mayores pe»ligros; y por lo mismo procuro disolverlos y »y aislarlos. Si coloco á algunos cerca de mi »persona en las administraciones, es á fin de »identificarlos con la masa, y hacer de manera »que el todo no haga mas que uno, ó por me»jor decir, que todos estos elementos divididos »formen un solo cuerpo de nacion; pues como »soy mortal, si yo llegase á faltar antes que esta »mision se hubiese verificado, ¡Vms. verian en»tonces cuantos inconvenientes acarrearian es»tas partes eterogéneas, y los riesgos terribles »de que podrian ser víctimas ciertos individuos!

Bailes de máscara. — Madama de Megrigny. — Canales de Francia, — Sueños sobre Paris. — Versalles. — Fontainebleau, etc.

4. — El tiempo se habia serenado. El Emperador quiso salir en coche y durante el paseo se habló de los bailes de máscara. El Emperador deseaba que se diesen amenudo porque le gustaban mucho : tenia la certeza de encontrarse con cierta cita que nunca faltaba : todos los años le salia al encuentro la misma máscara, recordándole ciertas antiguas intimidades, y le solicitaba con ardor que se dignase admitirla y recibirla en su corte ; era una muger muy amable, hermosa y de un bellísimo carácter, que habia hecho

»Asi pues, amigo mio, todas mis miras son »consecuentes á la alta política; pero no á las »vanas y tontas preocupaciones. »

muchísimos favores á diversos sujetos. El Emperador que nó dejaba de apreciarla siempre la respondia : « no niego »que Vm. sea hermosa; pero conside»re sus deseos, juzgue Vm. misma, y »hágame justicia. Vm. tiene dos ó tres »maridos, y hijos de todo el mundo : no »hay duda que se consideraria como una »dicha el haber sido cómplice en la pri»mera falta, habria motivos para enfa»darse de la segunda, y acaso se disimu»laria, pero luego luego !...... Ahora sea »Vm. Emperador y decida : ¿qué haria »Vm. en mi lugar, estableciendo por prin»cipio que me veo precisado á restable»cer ciertos decoros? » Entonces la bella solicitadora guardaba el silencio ó decia : « Al menos no me quiteis enteramente la »esperanza difiriendo al año siguiente »para ser más feliz. » Y cada cual, de los dos, decia el Emperador, era exacto á la nueva cita.

En aquellos bailes se complacía principalmente en hacerse insultar, y segun decia facilitaba medios para ello. Un dia estando en casa de Cambaceres se rió mucho de oir decir á Madama de San D........, que por su carácter se incomodaba facilmente. « Que habia ciertas per»sonas en el baile que deberian echárseles »á patadas; pues era imposible que hu»biesen entrado en él sino con boletines »robados. »

Otra vez el mismo habia precisado á la excelente y tímida Madama de Megrigny á levantarse colérica y retirarse con las lágrimas en los ojos, diciendo que seguramente se abusaba con ella de la libertad que dá un baile de máscara. El Emperador la recordó un favor muy notable que en otro tiempo la habia hecho, añadiendo que nadie dudaba que le hubiese indemnizado concediéndole del erecho de prelacion. « Es asi, que solo yo, decia,

«podia decirselo sin insultarla, por que
»si bien corrió la voz en algunas socie-
»dades, yo sabia bien que era falso.» He aqui la historia.

Yendo el Emperador á coronarse en Milan descansó una noche en Troyes. Le presentaron las autoridades de la ciudad y con estas una jóven suplicante en vísperas de casarse, que venia á solicitar una gracia de intereses: y como el Emperador deseaba hacer alguna cosa brillante, que al paso que metiese ruido fuese agradable al pais, la circunstancia le pareció favorable, y por lo mismo la dió buena acogida con toda la gracia imaginable. Esta jóven (era Madama de Megrigny) pertenecia á una de las primeras familias de la provincia, pero enteramente arruinada por consecuencia de la emigracion: apenas llegó en la miserable vivienda de sus padres, que un page entrá con mucho ruido llevando el de-

ereto del Emperador por el cual la reintegraba en treinta mil francos ó mas de renta. Júzguese el ruido y efecto que produciria semejante acontecimiento; sin embargo, decia el Emperador, como la niña era muy bonita y hermosa, quisieron que sus prendas hubiesen contribuido en algo á la gracia, á pesar de que pocas horas despues, él se ausentó de la ciudad sin que se acordase mas de ella; pero la murmuracion no tiene límites. Es muy sabido como se fabrican los cuentos en casos semejantes; y como precisamente aquella señorita se casó con un caballerizo suyo, y por consiguiente ella vino á la corte, la maledicencia mezcló todas estas circunstancias, como es costumbre; en tal grado, que habiéndola nombrado posteriormente tenienta de aya del Rey de Roma, la eleccion escandalizó un momento á la rígida Madama de Montesquieu, que temia no ver en este nombra-

miento sino un convenio estudiado.

En Turin renovó la misma fineza que habia hecho en Troyes, en la persona de Madama de Lascaris; y en ambos casos no podia menos de aplaudirse de su liberalidad, pues no habia sembrado en terreno estéril: ambas familias le han dado pruebas de su buen afecto y reconocimiento.

En el curso de la conversacion, decia el Emperador, que nunca la geografía habia hecho tantos progresos como en estos últimos tiempos, debiéndose atribuir en parte á sus expediciones. Luego habló de los canales que habia mandado abrir en Francia, citó particularmente el de Strasburgo á Lyon, que creia haber dejado bastante adelantado para que se viesen en la precision de concluirlo, pues sobre treinta millones que debia costar, le parecia que ya iban gastados veinte y cuatro.

« En el dia se podia comunicar por el
» interior de Burdos á Lyon y Paris; ha-
» bia mandado construir un crecido nú-
» mero de canales, y habia proyectado
» muchos mas. »

Habiendo uno observado entonces que si el cielo hubiera concedido á Napoleon un reinado de sesenta años como á Luis XIV, hubiera dejado monumentos muy grandiosos. « Si el cielo me hubiese
» concedido solamente veinte, y un poco
» de tranquilidad, repuso vivamente, en
» vano hubiera sido buscar el antiguo
» Paris, pues solo hubieran quedado ves-
» tigios, y tal vez hubiera cambiado la faz
» de toda la Francia. Arquímedes lo pro-
» metia todo mientras le dejasen fijar un
» cabo de su palanca, y yo hubiera hecho
» otro tanto en cualquier parte que me
» hubiesen dejado fijar mi energía, mi
» perseverancia y mis presupuestos......
» Con los presupuestos se puede crear un

»mundo nuevo.....; los reyes de Francia
»nunca han tenido nada de administrativo
»ni de municipal........; siempre se han
»manifestado como unos grandes señores
»arruinados por sus mayordomos.

»La misma nacion en su carácter y en
»sus gustos, cuanto tiene es provisorio y
»despilfarro : todo para el momento y el
»capricho, y nada durable........ hé aqui
»nuestra divisa y nuestras costumbres
»francesas. Cada cual pasa su vida á ha-
»cer y deshacer, sin que haya nada per-
»manente. ¿No es indecente que Paris
»no tenga ni tan siquiera un teatro fran-
»ces, una opera, ni nada digno de su
»destino?

»Varias veces me he opuesto á las fiestas
»con que queria obsequiarme la ciudad de
»Paris. Todo se reducia á comidas, bailes,
»fuegos de artificio que costaban los cua-
»tro, seis ú ocho cientos mil francos, cuyos
»preparativos obstruian los caminos pú-

»blicos durante muchos dias y luego para »deshacerlos costaban otro tanto trabajo »y dinero. Yo les probaba que con estos »gastos inútiles hubieran podido hacer »monumentos duraderos y magníficos.

»Es necesario haber hecho tanto co»mo yo para conocer toda la dificultad que »hay para hacer bien; y muchas veces »me vi en la precision de emplear todo mi »poder para salir con buen éxito. Si se »trataba de chimeneas, tabiques, mue»bles ó alajas en los palacios imperiales, »todo se hacia volando; pero si se trataba »de prolongar el jardin de las Tuilerias, »de dar la salubridad á algunos cuarteles »de Paris, de desobstruir algunas ancan»tarillas ó efectuar alguna cosa en bene»ficio del público, era necesario todo mi »carácter, escribir ocho ó diez cartas ca»da dia, y al último enfadarse para conse»guirlo. Mas de treinta millones he em»pleado en mandar abrir alcantarillas, por

»cuyas obras ni tan siquiera me ha dado »las gracias; para formar la plaza del Car»rousel (1) y descubrir el Louvre, mandé »derribar casas por valor de diez y siete »millones. Es inmenso todo lo que hice; »pero lo que tenia decidido y habia proyec»tado todavía lo era muchísimo mas.»

Entonces uno notó que las obras del Emperador no se habian limitado á Paris ni á la Francia, sino que casi toda las ciudades de Italia, presentaban monumentos de su creacion. En cualquier parte que se viaje, tanto en el pié, como en la cima de los Alpes, en los arenales de la Holanda, en las márgenes del Rhin, se encuentra Napoleon y siempre Napoleon.

A esto observó, que habia resuelto desaguar las tierras pantanosas de Pon-

(1) Gran Plaza frente del palacio del Rey ó de Tuilerias.

tins. «César, dijo, iba á ocuparse de »esta obra cuando pereció.» Y volviendo á la Francia: «Los reyes, decia, tenian »demasiadas casas de campo y obgetos »inútiles. Un historiador imparcial po- »drá vituperar con justicia á Luis XIV, »por los gastos excesivos y espantosos »que hizo en Versalles, sobre todo con »sus guerras, sus impuestos y sus des- »gracias: agotó su tesoro para no crear »al cabo sino una ciudad bastarda.» Entonces analizó las ventajas de una ciudad administrativa, es decir, hecha para la reunion de las administraciones; ventajas que le parecian verdaderamente problemáticas.

Siento mucho no haber escrito á su tiempo la série de las razones que dió, que eran muy variadas é ingeniosas: en el dia la exactitud no me permite tomar sobre mí el reproducirlas.

El Emperador no dejaba de conocer,

que la vivienda de la capital, algunas veces es inaguantable para los soberanos; pero de otra parte tampoco lo era Versalles para los grandes, los ministros y los cortesanos: luego Luis XIV cometió un grande error si emprendió la construccion de Versalles solamente para el domicilio de los reyes, cuando San-German era mucho mas á la mano: la naturaleza parece que lo habia hecho á propósito para el verdadero domicilio de los reyes de Francia. Napoleon él mismo, habia cometido faltas en este particular, pues no debia alabarse, decia, en todo lo que habia hecho: hubiera debido cercenar Compiegne por egemplo, y sentia haber celebrado allí su casamiento, en vez de haber ido á Fontainebleau. «Hé aqui, añadió, el verdadero »domicilio de los reyes, la casa de los »siglos; quizás tomado en todo rigor, no »era un palacio de arquitectura, pero

»si seguramente una habitacion bien cal-
»culada y perfectamente conveniente ba-
»jo todos los aspectos. Era lo que indu-
»dablemente se puede llamar, mas cómo-
»do y mas bien situado en Europa para
»el soberano, etc.»

Entonces recapacitaba las capitales que habia visitado y las casas de reyes que habia visto, y nos concedia con mucha ventaja la superioridad. Fontainebleau, añadia, era al mismo tiempo la situacion política y militar mas conveniente. Se arrepentia de los gastos que habia hecho en Versalles; pero al mismo tiempo decia, no podia dejarlo arruinar. En la revolucion se habia tratado de destruir una gran parte de este palacio, quitando el edificio del centro y dejando separados los dos costados. «Realmente
»me hubieran hecho un gran servicio,
»decia, pues nada hay tan dispendioso,
»ni verdaderamente inútil, como esta

»multitud de palacios, y si se me ha
»visto emprender el del rey de Roma,
»es porque en ello tenia miras peculia-
»res mias, á mas de que en la realidad,
»nunca pensé mas que en preparar el
»terreno, dejándolo en este estado.

»Mis gastos en este artículo al cabo
»no podian ser muy grandes. Gracias á
»mis presupuestos, estos errores cada
»año se notaban y corregian, y nunca
»podian exceder mas que una pequeña
»parte de la falta principal.»

El Emperador habia tenido un trabajo increible para hacer comprender y adoptar su sistema de presupuestos. «Se me »proponia un plan de treinta millones que »me convenia, decia, concedido; pero pa»ra verificarse en veinte años, es decir, un »millon y medio cada año. Hasta aqui »todo iba muy bien, pero, ¿qué me da»rán Vms. por mi primer año? Pues »aunque quiero que mi gasto sea dividi-

»do en partes, quiero no obstante que »el resultado del trabajo me llegue ente»ro y acabado: es decir, que quiero te»ner desde luego un abrigo, un cuarto, »un aposento, no importa que; pero »cualquier cosa completa por mi millon »y medio de francos. Los arquitectos ya »no querian hablar de la obra, porque »esto entorpeceria su magnífico plan, su »grande efecto. Desde luego hubie»ran querido construir toda una fachada »que durante muchísimo tiempo hubie»ra sido enteramente inútil, y de esta »manera ir engolfando en gastos inmen»sos que si por casualidad se interrum»pen, no dejan nada que pueda servir.

»Con este método realmente mio, y »á pesar de tantas circunstancias políti»cas y militares, pude sin embargo ha»cer tantas cosas. Habia reunido á la co»rona cuarenta millones de muebles, »y cuatro millones por lo menos de plata

»labrada. ¡Cuantos palacios he restau-»rado! Tal vez demasiado! Gracias á mi »modo de obrar pude habitar Fontaine-»bleau desde el primer año que se empe-»zó la obra, sin que me costase mas de »quinientos á seiscientos mil francos. Si »posteriormente he gastado alli mismo »seis millones, ha sido en seis años, y »con el tiempo hubiera gastado mucho »mas. Mi obgeto principal se reducia á »que el gasto fuese insensible y el resul-»tado eterno.

»Cada vez que iba á Fontainebleau se »convidaban, amueblaban y alojaban »mil quinientas personas, y mas de tres »mil podian comer cómodamente alli, »sin que costara casi nada al soberano, »gracias al orden establecido por la sabia »economía de Duroc, pues veinte y cin-»co ó treinta príncipes, dignatarios ó »ministros, tenian la precision de tener »alli su casa establecida.

»Yo condenaba á Versalles en su crea-
»cion, pero en mis ideas, algunas ve-
»ces gigantescas sobre Paris, discurria
»el modo de sacar un gran partido de
»aquella ciudad, reduciéndola con el
»tiempo á una especie de arrabal, un
»sitio inmediato, un punto de vista de la
»gran capital; para apropiarla mas á
»este obgeto habia concebido una idea
»muy singular, y aun habia hecho for-
»mar el prospecto.

»Mandaba quitar de aquellos hermo-
»sos bosquecillos todas las ninfas de mal
»gusto y los adornos á la *Turcaret*, sus-
»tituyéndoles unos panóramas en mam-
»posteria de todas las capitales que ha-
»biamos visitado victoriosos y de todas
»las célebres batallas que habian ilustra-
»do nuestras armas. Esto hubieran sido
»otros tantos monumentos eternos de
»nuestros triunfos y de nuestra gloria
»nacional; puestos á la puerta de la ca-

»pital de Europa, que todo el resto del »universo indudablemente hubiera ve»nido á visitar.» Y cortando repentinamente la conversacion, se puso á leernos el *Distraido*, cuyo volumen rato habia tenia en la mano; pero casi al instante interrumpió su lectura, fuese porque sus ideas le ocupaban la cabeza, ó ya por una tos nerviosa, que desde algun tiempo le incomodaba bastante despues de comer; lo cierto es que su salud diariamente iba desmejorando.

Proyecto de mi historia europea. — Selim III. — Fuerzas de un Sultan turco. — Los mamelucos. — Sobre la Regencia.

5. — El Emperador estaba en el baño cuando llegó Sir H. Lowe, por cuyo motivo no queriendo verle lo prolongó hasta que el gobernador se hubo mar-

chado. A eso de las cinco salimos á paseo.

Estando en el baño acababa de leer dos volúmenes de la historia otomana. Habia formado el proyecto, que sentia mucho no haber podido egecutar, de hacer escribir todas las historias de Europa desde Luis XIV, sirviéndose de los mismos documentos de nuestras relaciones exteriores en las cuales se encuentran las notas regulares de todos los embajadores.

«Mi reinado, añadia, hubiera sido »una época excelente para este objeto. »La superioridad de la Francia, su inde»pendencia y su regeneracion, ponian »al gobierno en estado de publicar todas »estas materias sin el menor inconve»niente. Hubiera sido lo mismo que si »se hubiese publicado la historia anti»gua, cosa realmente preciosa.

Luego pasando á Sulim III, decia que

una vez le escribió: «Sultan, sal de tu »serrallo; ponte al frente de tus tropas, »y comienza de nuevo los bellos dias de »tu monarquía.»

Selim que nos era muy afecto y además muy favorable, solo le respondió, que esto era bueno en los primeros príncipes de su dinastía, cuyas costumbres estaban muy distantes de las nuestras, pero que semejante modo de proceder en el dia seria fuera de sazon y enteramente inútil.

Sin embargo, añadia, que seguramente nadie conocia la fuerza de la voluta súbita, de que seria capaz un sultan de Constantinopla que supiese ponerse al frente de su pueblo, darle energía y ponerse en marcha con esta multitud fanática: despues decia por lo que respecta á sí mismo, que si en Egipto hubiese podido juntar los mamelucos con sus franceses, se hubiera considerado como

dueño del mundo. « Con este puñado de »hombres escogidos, el populacho, aña»dia riendo, que se habia reclutado en »el pais para servirse de ellos en caso »necesario, no hay cosa que no hubiese »emprendido. Argél tembló. . . . .

—»Pero si alguna vez tu sultan se en»caprichaba en venir á visitarnos, decia »un dia el Dey de Argél al Consul fran»ces, no habria ninguna seguridad, pues »destrozó á los mamelucos.—Nótese que »en efecto en todo el Oriente los mame»lucos eran obgetos de veneracion y ter»ror; era una milicia, que hasta que se »batió con nosotros, se habia conside»rado invencible.»

Esperando el Emperador la comida entre nosotros, abrió un libro que estaba á su lado encima del canapé; casualmente era la regencia. Dijo que era aquella una época de las mas hediondas de nuestros anales, sentia que la hubiesen descrito

con veleidad del tiempo, y no con la severidad de la historia: en vez de hacer la justicia debida la habian cubierto con las flores del buen tono y el colorido de las gracias. La regencia, añadia, en el reinado de la depravacion del corazon, de la desvergüenza del espíritu, y de la mas profunda inmoralidad; en términos que creia todos los horrores y abominaciones que se reprochaban en las costumbres del regente, en el seno de su propia familia; al paso que no lo creia de Luis XV, que, aunque estaba sumergido en la mas obscena y hedionda relajacion, con todo no podia dar crédito á unas monstruosidades tan escandalosas; y le justificaba muy bien de ciertas imputaciones que hubieran tocado muy de cerca á uno de los antiguos ayudantes de él mismo (Napoleon). Por último repitió que la época del regente habia sido la ruina de todas las haciendas, y

la pèrdida de la moral pública : nada se habia respetado en las costumbres ni en los principios, y hasta el mismo regente se habia cubierto personalmente de infamia. En el asunto de los príncipes legitimados habia manifestado el último grado de bajeza y cometido un gran abuso de autoridad. Solo el Rey podia autorizar semejante sentencia, y el mismo regente se complació en deshonrarse gratuitamente en la persona de su muger, hija natural de Luis XIV, no obstante que le acomodó mucho casarse con ella reinando este Rey, etc., etc.

Campañas de Italia. — Época de 1815. — Gustavo III. — Gustavo IV. — Bernadotte. — Paulo I°.

7. — Despues de haber almorzado debajo de la tienda, el Emperador ha querido repasar algunos capítulos de la cam-

paña de Italia : mandó venir á mi hijo y concluyó con él, los de Pavia y Lierna; luego despues se paseó hácia el fondo del bosque, habiendo mandado que fuese á encontrarle allí con el coche. Durante el camino decia que ya miraba las campañas de Italia y de Egipto como enteramente acabadas, creyéndolas en estado de poderse presentar al público; esta seria indudablemente una obra muy lisongera para los franceses é italianos, pues es el libro de su gloria y de sus derechos etc. Sin embargo no creia deber poner su nombre, y repetia que las diversas épocas de sus memorias, harian mencion de los de sus fieles compañeros, etc.

Cuando llegó el coche, siguiendo la conversacion sobre el mismo asunto, se le instó mucho para que acabara 1815; se discutió vivamente su importancia, su gravedad y los resultados. « ¡ Pues bien ! dijo sonriéndose, ya veo

»que es necesario que me dedique ente-
ramente á ello : por lo menos dá gusto
»verse animar ; pero tambien es me-
»nester tener buen humor para trabajar;
»y aqui nos atosigan con disgustos y
»chismes ; parece que nos envidian el
»aire que respiramos.»

Cuando entré con él en su cuarto la conversacion fué muy interesante y notable ; se trató de Gustavo III, de la Suecia, de la Rusia, de Gustavo IV, de Bernadotte, Paulo I, etc., etc.

Le conté que en Aquisgran Gustavo III vivia entre nosotros como un simple particular, bajo el nombre de *conde de Haga*; hacia las delicias de la sociedad por la viveza de su espíritu, y el interes que ponia en sus narraciones. De su misma boca habia oido contar *su famosa revolucion de* 1772, y me encontraba en la posicion mas feliz para conocer á fondo esta época de la historia de Sue-

cia ; al mismo tiempo conocia mucho un baron *de Sprengporten*, el cual despues de haber servido á Gustavo con mucho zelo, habia tenido la desgracia de pasar á Rusia para volver á combatir su patria al frente de los extrangeros; por cuyo motivo le habian condenado á muerte en Suecia. Este en aquel momento se hallaba tambien en Aquisgran, y en cuanto llegó, Gustavo se salió voluntariamente por cortesía, pero no se alejó mas de media legua, de manera que todo cuanto yo oia contar al Rey por la noche, al dia siguiente por la mañana lo contradecia el baron, modificaba, ó confirmaba. Habia sido muy intimo en la confianza de aquel príncipe; me daba los mas grandes detalles asegurándolos como positivos sobre el nacimiento de Gustavo IV, que han querido suponerlo enteramente ageno de Gustavo III, de su entero conocimiento y plena voluntad.

Observaba el Emperador que este mismo Sprengporten habia sido precisamente el enviado de Pablo I cerca de su persona siendo Consul. Y sobre Gustavo IV dijo que este príncipe en el principio se habia presentado como un héroe y habia acabado como un loco, señalando su falta de juicio con ciertos rasgos muy notables; todavía en su niñez se le vió insultar á Catalina, reusando su nieta en el momento en que esta grande emperatriz, sentada en su trono y rodeada de su corte, le estaba esperando para la ceremonia del casamiento.

Posteriormente no habia insultado menos á Alejandro despues de la catástrofe de Paulo, reusando la entrada en sus estados á un oficial del nuevo Emperador, y respondiendo á las quejas oficiales que se le dirigieron sobre el particular que Alejandro no debia llevar á mal que Gustavo, todavía inconsolable por el asesinato de su padre, cerrase<sup>

entrada en sus estados á uno de los que la voz pública acusaba del asesinato del suyo (Paulo.)

»Cuando subí al trono, decia el Emperador, se declaró mi grande antagonista: hubiera podido decirse que queria resucitar al gran Gustavo Adolfo; corrió toda la Alemania para sublevarla contra mí. Cuando la catástrofe del duque de Enghien, juró vengarla personalmente, y posteriormente volvió aisladamente el aguila negra al Rey de Prusia, porque este habia recibido mi legion de honor, etc.

Por último llegó el momento fatal: una conspiracion poco comun le arrebató del trono y le desterró fuera de sus estados; la unanimidad contra él es una prueba indudable de sus faltas. «Quiero »suponer que fuese inescusable y aun »loco, sin embargo es muy extraordi»nario y sin exemplo en una crísis se»mejante que no se desenvainase ni una

»sola espada en su defensa, ya fuese por
»afecto, reconocimiento, virtud ó por
»tontería si se quiere, y verdaderamente
»esta fué una circunstancia que hace
»muy poco honor á la admósfera de los
»reyes.»

Este príncipe traido al retortero, engañado por los Ingleses que querian hacerle su instrumento, y repelido por sus allegados, manifestó querer renunciar al mundo, y como si hubiese sentido su existencia ajada por el alto desprecio con que miraba los hombres y su disgusto por las cosas, fué voluntariamente á perderse entre la multitud.

El Emperador decia que despues de la batalla de Leipsick Gustavo le hizo entender que ciertamente habia sido su enemigo, pero que desde algun tiempo Napoleon era el soberano de quien tenía menos motivos de queja, y que por lo mismo desde entonces ya solo àlimen-

taba por el admiracion y simpatia; que las desgracias del momento le premitian explicarse francamente; que se ofrecia para ser su ayudante de campo y le pedia un asilo en Francia. «Me conmovió;
»pero desde luego consideré que si le »daba acogida mi dignidad exijia que »hiciese alguna fuerza en favor suyo: »pero yo ya no gobernaba el mundo; »ademas los espíritus mezquinos no habrian dejado de ver en mi interes para »él un odio impotente contra Bernadotte; enfin Gustavo habia bajado del »trono por el voto del pueblo, y el voto »del pueblo me habia elevado, lo que hubiera presentado inconsecuencia en mí »y falta de harmonía de principios en »abrazar su causa. En una palabra, temí »complicar todavia mas los negocios y »sofoqué la generosidad. Hice responderle que apreciaba los ofrecimientos »que me hacia con la mayor sensibili-

»dad; pero que la política de la Fran»cia no me permitia abandonarme á mis »sentimientos particulares, pues por el »momento hasta me imponia el dolor de »negarle el asilo que me pedia; que por »lo demas se equivocaria muchísimo si »me supusiese otros sentimientos que »los de una extraordinaria benevolen»cia y los mas sinceros deseos para su »felicidad, etc., etc.

»Algun tiempo despues de la expul»sion de Gustavo y la sucesion al trono »hallándose vacante, los suecos queriendo »lisongearme y asegurarse la proteccion »de la Francia me pidieron un Rey. Se »trató un instante del virey; pero hu»biera sido necesario que este cambiase »de religion, cosa que yo juzgaba muy »inferior á mi dignidad y á la de todos los »mios. Ademas no juzgaba el resultado »político bastante grandioso para escusar »un acto tan opuesto á nuestras costum-

»bres; sin embargo acaso dí demasiada
»importancia á ver el trono de Suecia
»ocupado por un frances, que en mi po-
»sicion fué un sentimiento pueril. El ver-
»dadero Rey conforme á mi política y á
»los verdaderos intereses de la Francia,
»era el Rey de dinamarca, porque en-
»tonces yo hubiera gobernado la Suecia
»por mi simple contacto con las provin-
»cias dinamarquesas. *Bernadotte* fué ele-
»gido debiéndolo á su muger por ser her-
»mana de la de mi hermano José que
»reinaba entonces en Madrid.

»Bernadotte, ostentando una grande-
»pendencia vino á pedirme permiso, pro-
»testando con una inquietud demasiado
»visible que solo aceptaria en cuanto esto
»pudiese serme agradable.

»Yo, monarca elegido por el pueblo,
»debia responderle que no sabia oponer-
»me á las elecciones de los otros pueblos;
»asi se lo dije á Bernadotte, cuya situacion

»moral descubria visiblemente la congoja
»que le causaba la incertidumbre de mi
»respuesta; añadiendo que debia aprove-
»charse de la benebolencia que se le dis-
»pensaba; que yo no queria entrar por
»nada en su eleccion, pero que no obs-
»tante podia estar seguro de qué merecia
»mi aprobacion. Sin embargo, lo diré,
»experimenté un cierto presentimiento
»que me hacia la cosa desagradable y pe-
»nosa. En efecto, Bernadotte ha sido una
»serpiente criada en nuestro seno: ape-
»nas se apartó de nosotros que ya entró en
»el sistema de nuestros enemigos y debi-
»mos vigilar sobre su conducta y temerle.
»Posteriormente el ha sido una de las cau-
»sas grandes activas de nuestras desgra-
»cias; el ha dado á nuestros enemigos la
»clave de nuestra politicá y la táctica de
»nuestros egércitos; ¡él les ha enseñado el
»camino del suelo sagrado de la patria!
»En vano diria, para escusarse, que en

»el momento que aceptó el trone de Sue-
»cia solo debió ser sueco; excusa venal,
»buena, cuando mas, para el populacho y
»el vulgo de los ambiciosos. ¡Para tomar
»una muger nadie renuncia su madre, y
»aun mucho menos se contrae la obliga-
»cion de abrirla el pecho para arrancarla
»las entrañas! Dicen que mas tarde se ha
»arrepentido, es decir cuando ya no era
»tiempo y el mal estaba ya hecho. Lo
»cierto es que viéndose últimamente en
»medio de nosotros notó que la opinion
»le hacia justicia, y se sintió herido mor-
»talmente: entonces abrió los ojos, por-
»que es imposible saber en su ceguedad
»cuantos prestigios hubiera podido for-
»marle su presuncion y vanidad, etc.»
Y como á consecuencia de esto y varias otras cosas me tomé la libertad de hacerle observar, como una casualidad bien extraordinaria, que el soldado Bernadotte llámado á una corona en la cual el protes-

tantismo era de rigor, cabalmente habia nacido protestante, y que su hijo destinado por consiguiente á reinar en la Scandinavia, se presentaba en medio de aquel pueblo, precisamente con el nombre nacional de *Oscar.* « Amigo mio, repuso el »Emperador, es porque esta casualidad »tan citada, de la cual los antiguos ha- »cian una divinidad que cada dia nos »admira, y conmueve á cada instante, al »cabo no nos parece tan singular, estraña »y extraordinaria sino porque ignoramos »las causas ocultas y naturales que la han »acarreado; y con todo esta sola combina- »cion basta para crear cosas maravillosas »y formar misterios. En nuestro caso por »egemplo, en cuanto al primer artículo »de haber nacido protestante nada tiene »que ver la casualidad, y por lo mismo »borre Vm. este punto; y en cuanto al »segundo del nombre de Oscar yo fui el »padrino. Cuando le puse el nombre te-

»nia la cabeza llena del Osian, y se me »ocurriò naturalmente: ahora vea Vm. »cuan sencillo es lo que le ha causado »tanta admiracion, etc. etc.»

Al último de la conversacion el Emperador volvió á hablar de Paulo, de los furores que en cierta ocasion le causó la felonía del ministerio ingles. Le habian prometido la isla de Malta en cuanto se hubiesen apoderado de ella, por cuyo motivo se apresuró á hacerse nombrar gran maestre de ella. Rindióse Malta, y los ministros ingleses negaron la promesa. Se asegura que cuando Paulo leyó este vergonzoso mensage, se indignó tanto que en pleno consejo tomó el despacho y lo atravesó con su espada mandando que por respuesta lo devolviesen en este estado. «Si esto es una locura, decia el Emperador, es menester convenir que es un »parto de una alma bella ó la indignacion »de la virtud que hasta entonces no habia

»podido sospechar semejante bajeza.»

En aquella misma época los ministros ingleses tratando con nosotros de un cambio de prisioneros, no quisieron comprender en la misma línea los prisioneros rusos que habiamos hecho en Holanda, que estaban al servicio de los ingleses. «Yo »habia adivinado, decia el Emperador, el »temple del carácter de Paulo, y por lo »mismo no dejé escapar esta ocasion, hice »reunir los rusos prisioneros, los mandé »vestir y se los envié gratuitamente. Desde »entonces aquel corazon generoso fué »enteramente mio, y como yo no tenia »ningun interes opuesto á la Rusia, en »medio de que nunca hubiera hablado »mas que de justicia y buenos procederes, »es indudable que en lo venidero hubiera »dispuesto del gabinete de San Peters»burgo. Nuestros enemigos conocieron »el peligro; y se supone que esta bene»volencia de Paulo le haya sido funesta:

»esto podria ser muy bien porque hay »algunos gabinetes para los cuales nada »es sagrado.»

Viña patrimonial de Napoleon, etc. — Su ama de leche. — Su casa paterna. — Llanto de Josefina durante las refriegas de Wurmser en las inmediaciones de Mantua.

8. — A las once entré en el cuarto del Emperador que se estaba vistiendo, y al mismo tiempo examinaba con su ayuda de cámara varias muestras de perfumería y olores que habian enviado de inglaterra, informándose de todos sin conocer ninguno, y riéndose mucho de su crasa ignorancia, como el la llamaba. Quiso almorzar en la tienda de campaña donde nos reunimos todos. Quejábase de la mala calidad del vino, citando como por testigo á su mayordomo Cipriani que era

»Emperador, preciso es que tuviese mu-
»cho tiempo de sobras! por lo demas ella
»era muy devota: su marido era un mari-
»nero costeño de la isla. Agradó mucho
»en Tuilerias y en particular á toda la
»familia por la viveza de su idioma y de
»sus gestos: la Emperatriz Josefina la
»regaló algunos diamantes.»

Despues del almuerzo, el Emperador fiel á su resolucion de la víspera, se puso á trabajar, y dió la última mano al capítulo de Castiglione, y despues se fué al bosque con ánimo de esperar allí el coche. Continuando la conversacion sobre el mismo artículo, nos contaba que Josefina se puso en camino con él para Brescia, y asi comenzó la campaña contra Wurmser. Cuando llegamos á Verona, presenció algunas escaramuzas, y de regreso á Castel Nuovo, viendo pasar heridos, quiso volver á Brescia, pero ya la detuvo el enemigo en Ponte-Monaco.

En la inquietud y agitacion del momento se apoderó de ella el miedo; y lloró mucho al separarse de su marido, que la dijó abrazándola con una especie de inspiracion: »¡Wurmser pagará muy caras »las lágrimas que te cuesta!» Ella se vió en la precision de seguir en coche muy de cerca el sitio de Mantua: desde la plaza tiraron á su coche, y aun hubo algun herido de su séquito: atravesó el Pó, Bolonia, Terrara, y llegó á Lugues, rodeada de temores, y de los rumores falsos que ordinariamente cundian en nuestros egércitos patriotas, pero retenida interiormente por la gran confianza que tenia en la feliz estrella de su marido.

Tal era ya la opinion en Italia, añadia, y los sentimientos que habia impreso el general frances, que á pesar de la crísis del momento y de todos los falsos rumores que la acompañaban, el senado de

Lucques recibió á su muger, y la trató como si fuese una gran princesa: fué á cumplimentarla y la presentó los aceites de olor, de todo lo cual tuvo motivo de aplaudirse, pues poco despues anunciaron los correos los prodigios de su marido, y la entera destruccion de Wurmser.

Catalina II. — Guardias Imperiales. — Paulo I, etc. — Proyecto sobre la India etc.

El 10 el Emperador sufrió mucho y tomó un baño: á eso de las tres se paseó un rato y pidió el coche; acababa de leer la historia de Catalina. « Esta era » una muger varonil, decia, y digna de » tener bigotes. La catástrofe de Pedro, » la de Paulo, eran revoluciones de ser» rallo, acometidas de genizaros. Estas » milicias de los palacios, añadia, son

»temibles, y tanto mas peligrosas, cuan-»to mas absoluto es el soberano. En otras »manos que las mias, mi guardia Impe-»rial tambien hubiera podido ser fatal.»

Asi mismo decia que él y Paulo habian sido muy amigos. Cuando la catástrofe de este (en la cual el público no perdonó ni los suyos ni sus aliados), en aquel mismo momento los dos estaban proyectando una expedicion á las Indias, que indudablemente se hubiera puesto en egecucion. Paulo le escribia muy amenudo y con extension, y su primera comunicacion fué muy curiosa y original. «Ciudadano primer Consul, le habia es-»crito de su puño, yo no quiero discutir »el mérito de los derechos del hombre; »pero cuando una nacion pone á su ca-»beza un hombre de un gran mérito y »digno de estimacion, ya tiene un go-»bierno, y de aqui en adelante asi con-»sidero á la Francia, etc. etc.

Despues de comer estuvo ojeando el Emperador dos tomos del teatro frances, sin encontrar nada que pudiese fijarle la atencion.

Sobre la guerra de Rusia. — Fatalidades, etc. — Mr. de Talleyrand, etc. — Corina de Madama de Staël. — Mr. Necker, etc.

El 13 el Emperador me llevó muy temprano bastante lejos en el bosque: habló mas de una hora sobre la situacion de la Francia; insensiblemente fué á parar á los hombres que han hecho traicion, el sin número de fatalidades que le arrastraron, la pérfida seguridad en que le adormeció su casamiento con la casa de Austria (1). La ceguera de los turcos

(1) En efecto el ilustre cautivo dejó en su peñasco estas palabras notables: « No vacilo en

que hicieron la paz precisamente cuando debian hacer la guerra; la estupidez de Bernadotte, que obedeció á su amor propio y á sus resentimientos, mas bien que á su verdadera grandeza y á su estabilidad: una estacion rigorosa mas allá de toda medida; hasta el talento superior de Mr. Narbone en Viena, que descubriendo las miras del Austria, la precisó á acelerar su decision; en fin hasta los mismos felices resultados de Lutzen y Bautzen, que trayendo de nuevo al rey de Sajonia á Dresde, pusieron en sus manos las firmas hostíles del Austria, sin dejarla medios para paliar. «¡Qué »desgraciado concurso de circunstan»cias! decia con el acento mas expresi»vo; y con todo, el dia siguiente á la »batalla de Dresde, Francisco habia en-

»asegurar que mi asesinato en Schoenbrun hu»biera sido menos funesto para la Francia, que »mi union con la casa de Austria.

»viado ya á uno para tratar. Fué preciso »que el descalabro de Vandame llegase »á punto dado, como para cooperar á »que se cumpliese el hado.»

Mr. de Talleyrand, sobre cuya conducta hablaba el Emperador muy amenudo, para saber, decia, á punto fijo cuando habia comenzado á serle verdaderamente traidor, le habia excitado mucho á la paz, despues de su regreso de Leipsick. «Débole, añadia, esta justicia: »él reprobó mi discurso al Senado, pero »aprobó mucho el que hice al cuerpo le»gislativo, repetíame continuamente que »yo estaba en un error por lo tocante á »la energía de la nacion; que esta no »apoyaria la mia, que me veria abando»nado y que era menester que hiciese la »paz á cualquier precio. Parece que en»tonces hablaba de buena fé y que toda»vía no me habia hecho traicion. Para »mí nunca ha sido elocuente ni persua-

»sivo, daba muchos y dilatados rodeos »en torno de una idea. Tal vez por»que conociéndome de antigua fecha se »habia formado un sistema para tratar »conmigo; por lo demas era tan astuto »y evasivo, que despues de horas ente»ras de conversacion se marchaba evi»tando muchas veces las aclaraciones ú »obgetos que me habia prometido saber »al verle llegar, etc.»

En cuanto á los negocios del momento y al asunto de los últimos diarios que pintaban la Francia en una agitacion diariamente en aumento, el resultado ha sido que para toda Europa, los acasos venideros, parecen indefinidos, multiplicados é inagotables que en aquel instante existia un hecho constante que se nos confirmaba de todas partes; cual era que nadie en toda Europa se creia en posicion estable: cada cual parecia temer ó presentir nuevos acontecimientos, etc.

El Emperador quiso que almorzara con él en la tienda, luego se mandó traer *Corina* de Madama de Staël, de la cual leyó algunos capítulos sin poderla acabar; Madama de Staël se habia pintado tan al natural en su heroina, que habia conseguido hacerla detestar. «La veo, »decia, la oigo, la siento, quiero huir »de ella y tiró el libro; tenia de esta »obra mejor idea que la que experimen- »to en el dia; quizá será porque en aquel »tiempo la leí con el índice, como dice »muy ingeniosamente el abate de Pradt, y »no sin alguna verdad. Sin embargo in- »sistiré porque quiero ver el fin, pues »siempre me parece que no dejará de ser »interesante. Por lo demas no puedo »perdonar á Madama Staël de haber hu- »millado á los franceses en su novela, »ciertamente es una familia muy origi- »nal la de esta Madama de Staël! Su »padre, su madre y ella misma, todos

»trés de rodillas en constante adoracion »los unos de los otros, perfumándose con »un incienso recíproco para la mejor »edificacion y mistificacion del símbolo. »No obstante ella puede vanagloriarse »de haber aventajado á sus nobles pa»rientes, cuando se ha atrevido á escri»bir, que sus sentimientos hácia su pa»dre eran tales, que ella misma se habia »sorprendido de reconocérse celosa de »su madre.»

Madama de Staël era muy ardiente en sus pasiones, en el tiempo habia reunido todos sus esfuerzos y empleado todos los recursos de su talento para seducir al general del egército de Italia; estando lejos le habia escrito sin conocerle, y presente le habia ostigado. Si se la escuchaba, era una monstruosidad la union del ingenío, con una criolla insignificante, incapaz de apreciarle ó de entenderle, etc. El general no respondia

á todos éstos preliminares, sino con una fria indiferencia, que las mugeres nunca perdonan, y en efecto, no es muy perdonable, añadia riendo.

Cuando llegó á Paris le persiguió con la misma vehemencia, pero él continuó en su reserva y silencio. Sin embargo resuelta Madama de Stael á apurar el asunto y luchar con el vencedor de la Italia, le atacó en la gran fiesta que Mr. de Talleyrand ministro de relaciones exteriores daba al general victorioso. Le interpeló en medio de un gran circulo preguntándole cual era, á sus ojos, la primera muger del mundo muerta ó viva. « La que ha hecho mas hijos, » respondió Napoleon con mucha sen» cillez. » Madama de Stael por de pronto un poco desconcertada, procuró volver sobre sí diciéndole que tenia reputacion de estimar poco las mugeres. « Perdone » Vm., Señora, repuso Napoleon, aprecio » mucho la mia. »

El general del egército de Italia indudablemente hubiera podido llenar la medida al entusiasmo de la Corina ginebrina, decia Napoleon; pero temia demasiado sus infidelidades políticas y su intemperancia de celebridad: tal vez hizo mal; pues la heroina se habia adelantado demasiado, y se habia visto muy despreciada para dejar de volverse una enemiga ardiente. « Desde luego suscitó su servidor »momentáneo que no entró muy noble»mente en la carrera; cuando la for»macion del tribunado este empleó las »mas vivas instancias cerca del primer »Consul para ser comprendido en el nom»bramiento. A las once de la noche to»davía estaba á mis pies; y á las doce »hecha la gracia, ya se habia exaltado. »La primera reunion de los tribunos fué »para él una excelente ocasion de escribir »injurias: por la noche hubo iluminacion »en casa de Madama de Staël, que coronó

»á su Benjamin en medio de una reunion »brillante, y lo proclamó un segundo »Mirabeau. A este saynete, que no era »mas que una escena ridícula, siguieron »otros planes mas peligrosos: cuando »el concordato, contra el cual Madama »Staël estaba furiosa, unió repentina»mente contra mí los aristocratas y re»publicanos. — No tienen Vms. mas que »un momento, les decia, mañana el tira»no tendrá cuarenta mil clerigos á su »servicio.»

Finalmente habiendo Madame de Staël apurado toda la paciencia, fué desterrada: su padre ya habia desagradado vivamente cuando la campaña de Marengo. « De paso quise verle, decia el Empe»rador, y solo encontré un pesado re»gente de colegio muy finchado. Poco »tiempo despues esperando sin duda por »mi medio volver á figurar en el teatro »del mundo, publicó un felleto en el cual

»probaba, que la Francia ya no podia »ser república ni monarquía. No está »muy claro, decia el Emperador, que »era lo que habia de ser: en aquella »obra llamaba al premier Consul el *hom-* »*bre necesario*, *etc.* Lebrun le respondió »con una carta de cuatro páginas en su »bello estilo, satírico y mordaz; pregun- »tábale si no habia hecho bastante mal á »la Francia, y si despues de su ensayo »de la constituyente, no se cansaba de »pretender regentear de nuevo.

»En su desgracia, Madama de Staël »combatia con una mano y solicitaba con »la otra. El primer Consul la hizo decir, »que la dejaba la libertad de beneficiar »todo el universo, que le abandonaba el »resto de la tierra, no reservándose mas »que Paris, cuya entrada le prohibia: pe- »ro Paris precisamente era el obgeto de »todos los deseos de Madama Staël; mas »el Consul fué constantemente inflexible.

»Con todo, ella renovaba de cuando en »cuando sus tentativas; bajo el imperio, »quiso ser dama de palacio: seguramen»te no habia mas que decir si ó no; pero, »¡era posible tener á Madama de Staël »quieta en palacio! etc., etc.»

Despues de comer el Emperador nos leyó los *Horacios*, que nuestra admiracion nos hizo interrumpir muchas veces. Nunca Corneille nos habia parecido tan grande, tan hermoso y tan sólido como en nuestro peñasco.

FIN DEL TOMO QUINTO.

DIARIO

DE

SANTA HELENA.

Hállase tambien en Paris, en casa de LECOINTE y DUREY, libreros, *Quai des Augustins*, nº 49.

IMPRENTA DE DAVID,
FAUBOURG POISSONNIÈRE, Nº 1, EN PARIS.

DIARIO DE LA ISLA

DE

SANTA HELENA,

QUE CONTIENE CUANTO DIJO É HIZO NAPOLÉON EN EL ESPACIO DE DIEZ Y OCHO MESES;

POR EL CONDE DE LAS CASAS,

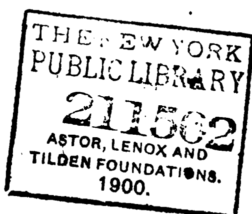
TRADUCIDO AL CASTELLANO

POR D. J. C. PAGÈS,
Intérprete real.

TOMO SEXTO.

Hállase en Paris, en la Libreria de la viuda de WINCOP, *rue St.-Louis*, nº 48.

1825.



INDICE.

Pág.

DIARIO DE LA ISLA

DE

SANTA-HELENA.

Cumpleaños del Emperador.

15. — Este dia era el cumpleaños del Emperador, habíamos proyectado ir á cumplimentarle todos juntos á las once; pero nos lo impidió él mismo, presentándose muy alegre en nuestras habitaciones á las nueve de la mañana: el tiempo estaba sereno, pasó al jardin, y al punto le seguimos todos incluso el gran mariscal, su muger é hijas. Napoleon almorzó rodeado de sus fieles amigos, debajo de la hermosa tienda de cam-

paña, que fué verdaderamente una feliz adquisicion: la temperatura era bellísima, y él mismo estaba alegre y muy chistoso; manifestándonos cuanto agradecia la expresion de nuestros sentimientos, y nos dijo que queria pasar todo el dia entre nosotros, como asi sucedió, hablando, trabajando y paseándose á pie ó en carruage.

Ideas religiosas de Napoleon. — De Voisins, obispo de Nantes. — El Papa.— Libertad de la iglesia Galicana.— Anécdotas.— Concordato de Fontainebleau.

17. — El Emperador almorzó debajo de la tienda, y en el entretanto dos de aquellos señores le contaron los excesos de que habian sido testigos en el egército, y que él ignoraba; las multiplicadas violaciones de sus órdenes, los abusos de la autoridad y aun otros grandes de-

litos, etc. El Emperador escuchaba y le repugnaban algunos pormenores, porque los hallaba demasiado fuertes. «Vamos, señores, repuso, eso no son libelos.»

El tiempo era pésimo, llovia de cuando en cuando, y la humedad le precisó á retirarse.

Despues de comer se leyó á *Zaira* y los bellos pasages de *Oedipo*, entre los cuales distinguia el del reconocimiento, que dijo era el mas hermoso y completo del teatro.

Hablando de sacerdotes y religion, dijo: «El hombre que se vé en el mundo se pregunta á sí mismo: ¿de donde vengo? ¿quien soy? ¿á donde voy? Estas son otras tantas cuestiones misteriosas que nos llaman á la religion: la buscamos por un instinto natural; pero la instruccion nos detiene: esta es la historia y el mayor enemigo de la verda-

»dera religion, desfigurada con las im-»perfecciones de los hombres. ¿Porqué, »se dice, la de Paris no es como la de »Londres, ni la de Berlin? ¿Por qué la »de Petersburgo difiere de la de Cons-»tantinopla, esta de la de Persia, del «Gange y de la China? Por qué la de la »antigüedad no existe en el dia? Enton-»ces la razon se resiste dolorosamente y »exclama: ¡Religiones! ¡Religiones! »¡Oh hijas de los hombres......! Se cree »facilmente en Dios, pòrque todo lo pro-»clama al rededor de nosotros, y porque »los primeros ingenios lo han creido, no »solamente Bossuet, que era su oficio, »sino aun Newton y Leibnitz que no es-»taban en ese caso; pero no se sabe que »pensar de la doctrina que nos enseñan, »y nos consideramos como el relox que »anda sin conocer al relogero..... Y véa-»se sin embargo la necedad de los que »nos educan; deberian alejar de noso-

»tros la idea del paganismo y de la ido-
»latria, porque semejantes absurdos pro-
»vocan nuestros primeros razonamientos
»y nos preparan á resistir á la creencia
»pasiva; y sin embargo nos educan en
»medio de los griegos y de los romanos
»con sus diez mil divinidades. Tal ha
»sido respecto de mí, y al pié de la letra
»la marcha de mi entendimiento; me ha
»precisado á creer y he creido; pero mi
»creencia se ha visto combatida y vaci-
»lante desde que he sabido algo, desde
»que tuve uso de razon, que empezó ya
»á los diez años: quizás creeré de nuevo
»ciegamente. ¡Dios lo quiera! No lo re-
»sisto ciegamente, ni pido otra cosa
»mejor; me persuado que debe ser una
»grande y verdadera dicha.

»Sin embargo, en las grandes oscila-
»ciones, en las sugestiones accidentales
»de la misma inmoralidad, la falta de
»esta fé religiosa, lo afirmo, nunca ha

»influido en mí en manera alguna, y »nunca he dudado de Dios, pues si mi »razon no hubiera bastado para com»prenderlo, mi interior lo habria adop»tado siempre, porque mis nervios sim»patizaban con esta sensacion.

»Cuando empeñé el timon del estado »ya tenia ideas fijas sobre todos los »grandes elementos que constituyen la »sociedad; habia pesado la importancia »de la religion, y estaba persuadido y »resuelto á establecerla. Mas con dificul»tad se creerá la resistencia que tuve que »vencer para restablecer el catolicismo: »de mas buena gana me hubieran seguido »si hubiese enarbolado el estandarte pro»testante: hasta tal punto que en el con»sejo de estado, en donde trabajé infinito »para hacer adoptar el concordato, mu»chos de entre ellos no concurrieron sino »para oponerse é intrigar. Pues bien, »se decian los unos á los otros hagámo-

»nos protestantes y quedaremos fuera
»de esa ley. Es constante que del desor-
»den á que yo succedi y sobre las ruinas
»en que me hallaba colocado, podia ele-
»gir entre el catolicismo y el protestan-
»tismo, y debe decirse que las circuns-
»tancias de aquel momento favorecian
»esta última religion; pero ademas de
»que yo preferia la religion nativa tenia
»grandes motivos para decidirme por ella.
»Proclamando el protestantismo, ¿ qué
»habria obtenido? Hubiera creado en
»Francia dos grandes partidos, casi igua-
»les, cuando yo queria que no hubiese
»ninguno; habria reproducido el furor
»de las disputas religiosas en una época
»en que las luces del siglo y mi volun-
»tad, tenian por objeto hacerlas desa-
»paracer enteramente: el combate de
»estos dos partidos, hubiera aniquilado
»la Francia y hechola esclava de la Eu-
»ropa, cuando yo tenia la ambicion

»de hacerla señora. Con el catolicismo
»llegaba con mas seguridad á todos mis
»grandes resultados; en nuestro interior
»el mayor número absorbia al pequeño,
»y yo me prometia tratar á este con tal
»igualdad que muy en breve no cono-
»ciese la diferencia. Fuera de Francia el
»catolicismo me conservaba al Papa, y
»con mi influjo y nuestras fuerzas en
»Italia, no perdia las esperanzas, tarde
»ó temprano, por un medio ó por otro,
»de adquirir la direccion de ese mismo
»Papa; ¡y desde entonces qué impulso
»de opinion sobre el resto del mundo!
»etc., etc. Y terminó diciendo: Fran-
»cisco I se halló verdaderamente en el
»caso de adoptar el protestantismo en su
»nacimiento y declararse gefe de él en
»Europa. Su rival Carlos V, tomó con
»calor el partido de Roma, porque creyó
»con este medio ver un camino para es-
»clavizar á toda la Europa. Esto solo no

»fué bastante para indicarle la necesidad »de encargarse de su independencia; »pero dejó lo mas por lo menos: se de»cidió á seguir su mal pleito de Italia, »y con la idea de adular al Papa hizo »quemar algunos reformados en Paris.

»Si Francisco I hubiese abrazado el »luteranismo, tan favorable á la supre»macia real, habria ahorrado á la Fran»cia las terribles convulsiones religiosas »suscitadas despues por los calvinistas, »cuya propension enteramente republi»cana, estuvo á pique de derribar el »trono y disolver nuestra hermosa mo»narquía: por desgracia Francisco I »no conoció nada de esto, pues no po»dria dar por disculpa sus escrúpulos, »cuando hizo alianza con los turcos y los »trajo á nuestra casa: fué sencillamente »porque no alcanzaba mas: ¡necedad del »tiempo! ¡inteligencia feudal! Y sobre »todo, Francisco I no era mas que un

»heroé de teatro, un elegante de ter-
»tulia y uno de los grandes hombres
»pigmeos.

»El obispo de Nantes (*de Voisins*) me
»hacia volver realmente católico por la
»sabiduría de sus raciocinios, su ex-
»celente moral é ilustrada tolerancia.
»María Luisa, de quien era confesor, le
»consultó un dia sobre la obligacion de
»comer de viernes. — ¿En qué mesa
»come V. M. le dijo el obispo? — En la
»del Emperador. — ¿Manda V. M. en
»ella? — No. — Entonces nada podeis
»hacer, Señora, ¿lo haria él por si mis-
»mo? — Creo que no. — Sométase enton-
»ces V. M. y absténgase de provocar un
»escándalo: vuestro primer deber es obe-
»decerle y hacerle respetar. V. M. no de-
»jará de hallar otros medios que serán
»beneméritos á los ojos de Dios.

»Sucedió lo mismo con una comunion
»pública el dia de Pascua, que algunos

»metieron en la cabeza á María Luisa : »no se decidió á ello sin consultar antes »á su sabio confesor, el cual la disuadió »con las mismas razones. ¡Qué diferen- »cia, decia el Emperador, si se hubie- »ra visto aconsejada por un fanático! »¡Cuantas disputas y disensiones habria »producido entre nosotros! ¡Cuanto mal »hubiera podido hacer en las circuns- »tancias en que me hallaba! El obispo »de Nantes, nos decia el Emperador, »habia vivido con Diderot en medio de »los incrédulos, y siempre lo miraron »con decoro : asi es que tenia respuesta »para todo, su principal talento era aban- »donar cuanto no se podia sostener, esto »es, de hacer retrogradar á la religion »de todo lo que él no podia defender. — »¿Un animal que se mueve, combina y »piensa no tiene alma? le preguntaban. »— Porque no, respondia. — ¿Pero á »donde vá, pues no es igual á la nuestra?

—Qué le importa á Vm.: tal vez se quede »en el limbo. Se retiraba, pues, á las »últimas trincheras, en la misma forta- »leza, y allí conservaba siempre un buen »terreno : de este modo argumentaba »mucho mejor que el Papa, y con fre- »cuencia lo desconsolaba ; era entre »nuestros obispos el mas firme apoyo »de las libertades galicanas, era mi orá- »culo y mi antorcha, le habia entregado »mi ciega confianza sobre las materias »religiosas, pues en mis disputas con el »Papa, mi primer cuidado (por mas que »digan los intrigantes y las gentes del »cerquillo) era no tocar al dogma; tanto »que en cuanto el venerable y buen »obispo de Nantes me decia, en eso se »toca al dogma, sin entretenerme en »disertar con él, y aun sin tratar de com- »prenderlo, me separaba del camino »para volver á él por otras vias, y como »no poseia mi secreto, ¡cuanto se habrá

»admirado de mis circuitos! ¡Deberé
»haberle parecido extravagante, obsti-
»nado, caprichoso é inconsecuente!
»Pero yo me proponia un obgeto, y él
»no lo sabia.

»Los Papas no podian perdonarnos
»nuestras libertades de la iglesia galica-
»na: sobre todo las cuatro famosas pro-
»posiciones de Bossuet excitaban su re-
»sentimiento; segun ellos eran una
»verdadera declaracion de guerra, así es
»que nos consideraban fuera de su gre-
»mio, al menos tanto como los protes-
»tantes: nos juzgaban tan culpables y
»quizas mas y si no nos habian fulmina-
»do sus rayos ostensibles era porque
»temian las consecuencias: nuestra se-
»paracion. El egemplo de Inglaterra les
»arredraba. No habian querido cortarse
»el brazo derecho con su propia mano;
»pero no dejaban de espiar una ocasion
»favorable, y la aguardaban con el tiem-

»po. No hay duda que la creerán llega-
»da en el dia : sin embargo las luces
»del siglo y nuestras costumbres actua-
»les lo combatirán.

»Algunos dias antes de mi coronacion
»quiso verme el Papa, vino él mismo á
»mi palacio: habia hecho mil concesiones
»y venido á Paris para coronarme : con-
»sentia en no colocarme la corona, y me
»dispensaba la comunion en público antes
»de la ceremonia : segun él tenia moti-
»vos para esperar grandes recompensas.
»Por lo tanto habia pensado en la Ro-
»maña y las legaciones, pero empezaba á
»sospechar que le era preciso renunciar
»á todo. Se redujo, pues, á una muy
»pequeña gracia, (decia él) solamente
»á firmar un título antiguo, un papelote
»muy usado que conservaba de Luis
»XIV. — Concededme esta gracia, de-
»cia; en el fondo no significa nada. —
»Con mucho gusto, santísimo Padre,

»la cosa es hecha si es acsequible.» Y como fuese una declaracion en la que Luis XIV, poco antes de morir, y seducido por Madama de Maintenon, ó ganado por sus confesores, desaprobaba los famosos artículos de 1682, bases de las libertades galicanas, el Emperador respondió malignamente que por su parte no tenia que hacer ninguna objeccion personal; pero que sin embargo era preciso, por la fórmula, que hablase á los obispos; sobre lo cual el Papa se esforzaba en repetir que no era absolutamente necesario y que la cosa no merecia tanto aparato. «Nun»ca enseñaré la tal firma, decia, asi »como no lo he hecho con la de Luis »XIV. — Pero entonces de nada sirve, »decia Napoleon, ¿ para qué firmarla ? y »si puede ser de alguna importancia »conviene que por decoro consulte á »mis doctores.»

Sin embargo, por no negarse siempre, el Emperador quiso demostrar que no estaba lejos de ello. Entonces el obispo de Nantes y los verdaderos prelados franceses se opusieron al punto. «Esta»ban furiosos, decia Napoleon, y me »hacian la guardia como la habrian he»cho á Luis XIV en el lecho de muerte, »para impedirle que se hiciera protestan»te. Se llamó á los de san Sulpicio que »eran los *jesuitas condescendientes*: estos »querian saber cual era mi opinion, y se »limitaban á conformarse con ella.»

El Emperador terminó diciendo. «El »Papa me dispensó la comunion pública »y por aquella determinacion de su par»te, juzgué de la sinceridad de su creen»cia religiosa: habia reunido una con»gregacion de cardenales para arreglar »el ceremonial. La mayoria insistia fuer»temente en que yo comulgase en pú»blico, pretextando que seria un gran

»egemplo para los pueblos, y que era »preciso que lo diese. El Papa al con»trario, temiendo que yo no cumpliese »aquel acto sino como uno de los artí»culos del prospecto de Mr. de Segur, »no veia en ello mas que un sacrilegio, »y por lo tanto se opuso constantemente. »— Napoleon, decia él, quizás no es »creyente; sin duda vendrá un tiempo »en que lo será: entretanto no carguemos su conciencia ni la nuestra.»

»En su caridad cristiana, decia el Em»perador, es verdaderamente bueno, »dulce y honradísimo: nunca perdió las »esperanzas de que llegaria yo un dia, »penitente á su tribunal; muchas veces »se le escapó esta idea; otras hablába»mos de esto con libertad y buena ar»monia. Tarde ó temprano vendreis, me »decia, con una inocente dulzura, lle»gareis á mi ó á otros, y entonces vereis »que contento y que satisfaccion para

»vos mismo, etc. etc. Entretanto era tal
»mi influjo sobre él, que con la sola
»fuerza de mi conversacion privada, le
»arranqué aquel famoso concordato de
»Fontainebleau, por el cual renunció á
»la soberania temporal; hizo ver des-
»pues que temia el juicio de la posteri-
»dad ó mas bien la desaprobacion de sus
»succesores: no bien hubo firmado,
»cuando se arrepintió: al dia siguiente
»debia comer conmigo en público, pero
»en la noche se puso, ó finjió ponerse
»malo. La causa fué que inmediatamen-
»te que me hubo dejado, cayó en las
»manos de sus acostumbrados conseje-
»ros, que le amedrentaron por lo que
»acababa de hacer. Si nos hubieran de-
»jado solos, habria hecho de él lo que
»hubiese querido: entonces hubiera go-
»bernado el mundo religioso con la mis-
»ma facilidad que dirigia el político;
»verdaderamente era un cordero, un

»buen hombre en toda la extension de la
»palabra, un completo hombre de bien
»á quien estimo y quiero mucho y que
»por su parte me paga un poco; no lo
»dudo. No se le oirá quejarse demasiado
»de mí, ni hacerme ninguna acusacion di-
»recta y personal, ni tampoco los otros
»soberanos. Tal vez algunas declamació-
»nes vagas y triviales de ambicion y ma-
»la fé; pero nada de positivo ni directo,
»porque los hombres de estado saben
»muy bien, que una vez pasado el tiem-
»po de los libelos, no podria hacerse una
» acusacion pública, sin producir las
»pruebas, y nada tendrian que presentar
»de esta clase: tal será la historia. Nada
»habrá en contra, sino alguno que otro
»cronista bastante limitado pâra haberse
»dejado llevar de algunas chocheces de
»corrillos, ó intrigas sobre hechos autén-
»ticos, ó bien los autores de memorias,
»que engañados por los errores del mo-

»mento, morirán antes de poderlos cor-
»regir, etc. etc.

»Cuando se sepa la verdad de mis di-
»ferencias con el Papa, no dejarán de
»admirarse de cuanto atormentó mi pa-
»ciencia; pues ya se sabe que yo no era
»muy sufrido. Cuando se despidió de mí,
»despues de mi coronacion, partió con el
»secreto despecho de no haber conseguido
»de mí las recompensas que creia haber
»merecido. Pero por grandes que fuesen
»los favores que yo le debiera, no podia
»en manera alguna, traficar con los in-
»tereses del imperio, para satisfacer el
»deseo de mis propios sentimientos; y
»ademas mi grandeza era extremada,
»para que aparentase haber comprado
»aquellas contemplaciones. Apenas pisó
»el suelo italiano, cuando los intrigantes,
»enredadores y los enemigos de la Fran-
»cia, se aprovecharon de su disposicion
»para dirigirlo y desde aquel instante to-

»do fué hostíl de su parte. Ya no era el »dulce y el pacífico *Chiaramonti*, aquel »digno obispo de Ymola, que desde tan »jóven se dió á conocer digno de las lu- »ces de su siglo. No ponia su firma sino »al pie de unos escritos mas bien dignos »de los *Gregorios* y de los *Bonifacios* que »de él. Roma se convirtió en el foco de »todas las conspiraciones tramadas con- »tra nosotros: en vano traté de atraerlo »por la razon, ya no me era posible lle- »gar hasta él. Los agravios fueron tan »grandes, tan patentes los insultos, que »me fué preciso obrar yo tambien. Me »apoderé de sus fortalezas y de algunas »provincias, y hube al fin de ocupar tam- »bien á Roma, siempre declarando ter- »minantemente que él permaneceria sa- »grado para mí en sus atribuciones espi- »rituales, cosa que estaba muy lejos de »llenar sus intenciones. Entretanto se »presentó una crisis, y se creyó que la

»fortuna me abandonaba en Exling, y al »punto se apresuraron en Roma á suble- »var la poblacion de aquella gran capital. »El gefe que mandaba en ella, creyó no »poder escapar del peligro, sino desa- »ciéndose de la persona del Papa, que hi- »zo poner en marcha para Francia. Se- »mejante determinacion se tomó sin or- »den alguna y aun muy contra mi vo- »luntad. Al punto dí mis órdenes para »que se hiciese detener al Papa en don- »de se le encontrara: se le estableció en »Savona, colmándole de atenciones y »esmeros, pues yo queria hacerme te- »mer, pero sin maltratarlo; someterle, »mas no envilecerlo. ¡Tenia otras miras! »Este incidente acrecentó los resenti- »mientos y las intrigas. Hasta entonces »las altercaciones no habian pasado de »lo temporal; los directores del Papa, »con la idea de recuperar sus intereses, »las complicaron con la parte espiritual,

»y fué preciso entonces combatirle tam-
»bien sobre este punto: tuve mi consejo
»de conciencia, mis concilios, é investí
»mis tribunales imperiales de la apela-
»cion, en caso de abuso; pues para to-
»do esto mis soldados no servian de nada
»y era necesario combatir al Pontífice
»con sus propias armas: á sus eruditos,
»ergotistas, legistas y escribas, debia
»oponerles los mios.

»Estando en Savona, los ingleses urdie-
»ron una trama para llevárselo; esta me
»fué útil porque le hice conducir á Fon-
»tainebleau: pero allí debia ser el térmi-
»no de sus miserias y la regeneracion de
»su explendor, todas mis grandes miras
»se hallaban cumplidas bajo el disfraz y
»el misterio; habia traido las cosas á un
»punto que el resultado era infalible na-
»turalmente y sin esfuerzos. Asi se vé
»que el Papa mismo lo consagró en el fa-
»moso concordato de Fontainebleau, á

»despecho de mis reveses de Moscow.
»¿Qué no hubiera sido, si hubiese vuelto
»victorioso y triunfante? Al fin habia con-
»seguido la separacion tan deseada de lo
»espiritual con lo temporal que es tan
»perniciosa á su santidad, y cuya union
»produce el desorden en la sociedad en
»nombre y por las mismas manos del que
»debe ser el centro de la harmonía; y
»desde entonces iba á suspender para con
»él toda otra medida, árodearlo de pom-
»pa y de homenages: lo habria reducido
»á no sentir mas lo temporal, hubiera
»hecho de él un ídolo conservándolo
»cerca de mí: Paris vendria á ser la ca-
»pital del mundo cristiano, y yo habria
»dirigido el mundo religioso como el po-
»lítico. Era ademas un medio de estre-
»char mas y mas todas las partes federa-
»tivas del imperio, y contener en paz lo
»que quedaba fuera de él. Hubiera tenido
»mis juntas de concilio religiosas asi co-

»mo mis sesiones legislativas; mis con-
»cilios habrian sido la representacion de
»la cristiandad; los Papas no hubieran
»tenido en ellos mas que la presidencia:
»yo habria abierto y cerrado estas asam-
»bleas, aprobado y publicado sus deci-
»siones, como lo hicieron Constantino y
»Carlomagno, y si se les escapó á los em-
»peradores esta supremacia, fué porque
»cometieron la falta de dejar residir lejos
»de ellos, á los gefes espirituales, que se
»aprovecharon de la debilidad de los prín-
»cipes ó de la crísis de los acontecimien-
»tos, para libertarse y someterlos á su
»vez.

»Pero para llegar á este caso, debí
»maniobrar con mucha sagacidad; ocul-
»tar sobre todo mi pensamiento verda-
»dero, y operar enteramente el cambio
»de la opinion; presentar al pasto público
»algunas pequeñeces vulgares á fin de
»ocultarle mejor la importancia y pro-

»fundidad de la mira secreta. Por esto me »veia, con una especie de satisfaccion, »acusado de barbarie para con el Papa y »de tiranía en materia de religion. Los »extrangeros, sobre todo, me servian particularmente, llenando sus asquerosos »libelos de mi mezquina ambicion, que »segun ellos, habia tenido necesidad de »saciarse con el miserable patrimonio de »San Pedro, etc. Pero en último resultado, sabia muy bien que los mios me »aplaudirian y que los extraños llegarian »al punto de no poderlo remediar. ¡Cuanto habrian hecho para impedirlo si lo »hubiesen adivinado á tiempo, pues qué »imperio adquiriria la Francia en lo sucesivo sobre todos los paises católicos, »y que influjo sobre los que aun no lo son, »con la ayuda de algunos miembros de »esta religion que se hallan esparcidos »entre estos últimos! etc.»

El Emperador decia que esta indepen-

dencia de la corte de Roma, la indicada reunion legal, y la direccion religiosa en manos del soberano, habian sido constantemente el obgeto de sus meditaciones y de sus deseos. « La Inglaterra, la Rusia, »las coronas del Norte, y una parte de la »Alemania la poseen, decia; Venecia y »Napoles la gozaron: no puede gobernarse sin ella; de otro modo una nacion »se halla á cada paso herida en su reposo »dignidad é independencia. Pero era muy »dificil, añadia, á cada tentativa vislumbraba el peligro, y juzgué que una vez »comprometido la nacion me hubiese »abandonado. Mas de una vez sondée la »opinion y traté de provocarla; pero fué »en vano, me convenci que jamas habria »obtenido la cooperacion nacional. » Y esto me explica un incidente de que fui testigo.

El Emperador en una de sus grandes audiencias del domingo, que era extraor-

dinariamente numerosa, descubriendo al arzobispo de Tours (de Barral), le dijo en voz muy alta. « Señor arzobispo, ¿ co-»mo van nuestros asuntos con el Papa ? » — Señor, la diputacion de vuestros obis-»pos vá á ponerse en camino para Sa-»vona. — Pues bien, trate Vm. de ha-»cer de manera que el Papa se avenga á »la razon; hágalo Vm. moderado, de otro »modo perderá siempre con nosotros. »Dígale Vm. terminantemente, que ya »no estamos en los tiempos de los Gre-»gorios y que yo no soy un Debonnaire: »tiene el egemplo de Enrique VIII; sin »tener su maldad, tengo mas poder que »él: que tenga entendido que cualquiera »que sea el partido que yo tome, me se-»guirán seis cientos mil ó un millon de »franceses, para obrar por mí, para mí y »del mismo modo que yo; los aldeanos »y menestrales no conocen mas que á »mí y me depositan su confianza ciega.

»La parte sensata é ilustrada de la clase »media, los que conocen sus intereses y »buscan la tranquilidad, me seguirán »tambien. No quedará, pues, á su favor, »sino la clase murmuradora que al cabo »de ocho dias lo habrá olvidado, para »chismear sobre obgetos nuevos.» Y como el arzobispo, muy turbado quisiese articular algunas palabras. — «Vm. está »fuera de ese caso, Señor arzobispo, re»puso el Emperador con una voz mas »templada; yo profeso las mismas doc»trinas que Vm. honro su piedad y res»peto su carácter.»

Ahora comprendo bien al Emperador: sin duda habia soltado estas palabras para que las diésemos publicidad, haciéndolas fructificar; pero se engañaba sobre nuestra disposicion, al menos por lo que respecta á los del palacio. Una porcion, la mas insignificante, no titubeaba en aquellas ocasiones en vituperarlo sin reserva;

la otra parte mejor intencionada se guardaba bien de divulgar una sola palabra de esto, temerosa de manchar su opinion, pues tal erà en general nuestro error, nuestro raro modo de juzgar y de interpretar al Emperador, bien que sin mala intencion, sino solamente por ligereza ó por moda, por manera que en lugar de tratar de hacerlo popular, contribuimos quizás á hacerle mayor mal que los otros. Me acuerdo muy bien, precisamente por ese famoso concordato de Fontainebleau, que la mañana que apareció inopinadamente en el *Monitor*, se decia confidencialmente en los salones de San Cloud, que nada era menos cierto que la realidad de aquel documento, y que era falso; otros se decian al oido que en el fondo era verdadero, sin duda; pero que se lo habian arrancado al Papa por el temor que le habia inspirado la ira del Emperador y su violencia. Asi no extra-

naria que aquel feliz episódio tan dramático, de Napoleon en Fontainebleau, *arrastrando al padre de los fieles por sus venerables canas*, no saliese precisamente del poetastro consabido, sino que lo hubiera en efecto oido y recogido de la boca de los cortesanos ó de los mismos servidores del Emperador; ¡y sin embargo he aqui como se escribe la historia!

Conversacion animada con el gobernador y y el almirante.

18. — El tiempo estuvo horrorosisimo durante todo el dia y la noche. A cosa de las tres, aprovechando el Emperador de una clara pasó á mi casa desde donde nos dirigimos á la del general Gourgaud que estaba malo, y desde alli á la de Madama de Montholon que nos siguió al jardin: el Emperador estaba muy alegre y se echaba de ver por la conversacion, pues in-

dujo á Madama de Montholon á que hiciese su confesion general, insistiendo sobre todo en el punto de la partida. «Vamos, decia, hablé Vm. sin temor, que »el vecino no nos estorba, considerelo »Vm. como el confesor y un cuarto de »hora despues ya no seremos nada, etc.»

Y ciertamente creo que iba á persuadirla, cuando por desgracia vino el gobernador á interrumpir tan felices disposiciones. Luego que lo descubrimos, el Emperador se introdujó en el bosque para no recibirlo. M. de Montholon nos fué á buscar al instante para decir á Napoleon que el gobernador y el almirante solicitaban con instancia tener el honor de hablarle: al punto volvió al jardin para recibirlos, creyendo que tendrian que hacerle alguna comunicacion particular.

Nosotros nos quedamos atras con los oficiales del gobernador. Bien pronto se animó la conversacion por parte del Em-

perador, quien, paseándose entre el gobernador y el almirante apenas dirigia la palabra sino á este, aun cuando hablase del otro. Estábamos á tanta distancia que no podiamos distinguir bien lo que hablaban; pero supe despues que le repitió de nuevo y con mas carácter quizás, todo lo que le habia dicho en las conversaciones precedentes.

Sobre las buenas interpretaciones que el almirante, que representaba el papel de mediador, se esforzaba dar á las intenciones del gobernador, dijo el Emperador. «Las faltas de M. Lowe proceden de »las costumbres de su vida. Nunca ha »mandado mas que desertores extrange»ros, Piamonteses, corsos y sicilianos; »todos renegados, traidores á su patria y »la hez de la Europa. Si hubiera mandado »á hombres como los ingleses, si el mis»mo lo fuera, usaria de atenciones con »los que se deben honrar.» En ctra oca-

sion dijo el Emperador que existia un valor moral tan necesario como el de los campos de batalla; que M. Lowe no lo tenia respecto de nosotros, no soñando mas que en nuestra evasion, en lugar de emplear para impedirlo, los únicos medios á propósito, juiciosos razonables y moderados.

Al artículo de la reduccion de nuestros gastos y del dinero que se pedia al Emperador, respondió este: «todos esos »permenores son muy penosos é innobles para mí. Aun cuando Vms. me »pusiesen sobre los braseros de Motezu»ma ó de Guatimozin, ne me podrian »sacar el oro que no tengo. Ademas »¿quien les pide á Vms. nada? ¿quien »les suplica que me mantengan? Cuan»do Vms. dejen de darme sus provisio»nes, si tengo hambre, aquellos hon»rados militares que estamos viendo, »(señalando con la mano el campamento

»del 53.°) tendrán lástima de mí; me iré á »sentar á la mesa de los granaderos y no »despreciarán lo aseguro, al primero y »mas antiguo de la Europa.» Habiendo el Emperador echado en cara al gobernador que habia guardado algunas obras que le remitieron, respondió que era por venir dirigidas bajo una cubierta que tenia la calificacion de Emperador. «¿Y quien le ha dado á Vm. el derecho, »replicó vivamente Napoleon de dispu»tarme ese título? Dentro de pocos »años, el Lord Castleragh, el Lord »Bathurst y todos los demas que me es»tan hablando, se sepultarán en el polvo »del olvido, ó si se citan sus nombres »será por las indignidades que hayan »egercido contra mí; al paso que el Em»perador Napoleon indudablemente será »siempre, el obgeto, el adorno de la »historia, y la estrella de los pueblos civi»lizados. Vuestros libelos nada pueden

»contra mí; Vms. han gastado millones
»en ellos : ¿ y qué han producido ? ¡ La
»verdad pasa por entre las nubes, brilla
»como el sol y es eterna é inmutable!»

Ademas, decia el Emperador, que se reprochaba aquella escena. «Yo no debo »volver á recibir mas á este oficial, me »hace propasàr; esto degrada mi digni»dad, se me suelen escapar algunas pa»labras que hubieran sido imperdonables »en las Tuilerias : si tienen alguna dis»culpa aqui, es porque me hallo entre »sus manos y bajo su poder.»

Corvisard. — Anécdotas de los salones de Paris.

21. — El tiempo continuaba igualmente malo; la humedad era extremada en nuestros cuartos y la lluvia penetraba en ellos por todas partes.

El secretario del gobernador me llevó

una carta de Europa que me causó algunos instantes de gozo; contenia pruebas de amistad y recuerdos de mis mas queridos y antiguos amigos: pasé á leérsela al Emperador.

Este padecia mucho del mal tiempo, y no fué á la sala de recibo hasta cerca de las cuatro, creyendo haber tenido calentura, estaba abatido: pidió ponche y jugó algunas partidas de algedrez con el gran mariscal. El doctor llegó de la ciudad. Los dos barcos llegados últimamente venian del cabo de Buena Esperanza uno de ellos era el *Podargus*, salido de Europa diez dias antes que el *Griffon*; y el otro una pequeña fragata procedente de la India que volvia á Europa. Se nos dijo que habia una carta para el *Emperador Napoleon*; pero no habiéndosela entregado ignoramos su contenido.

Despues de comer se dijo que se habian acabado los medicamentos en la isla, y no faltó quien observase que el Empe-

rador no habia contribuido á ello. Esto le hizo decir que no se acordaba de haber tomado nunca una medicina en las Tuilerias, sin embargo de haber tenido una vez hasta tres vejigatorios. En Tolon tuvo una herida grave como la de Ulíses, decia, que reconoció y curó su ama de leche, evitando asi los medicamentos. Uno de nosotros se tomó la libertad de preguntarle: «¿Si V. M. tuvie»se mañana la disentéria se resistiria aun »á los medicamentos? — Ahora que es»toy bueno, respondo que sí, sin titu»bear; pero si me pusiera muy malo, »quizás variaria; y entonces seria en mí »la conversion que acarrea el temor del »diablo en el hombre que va á morir.» Y entonces repitió su incredulidad sobre la medicina, mas no asi en cuanto á la cirugía, añadiendo que habia empezado tres veces un curso de anatomía, y que sus quehaceres y el fastidio los interrum-

pió siempre. «En cierta ocasion, decia, »y á consecuencia de una larga discusion, »Corvisard, deseoso de hablarme con »datos á la mano, tuvo la vilantez y la pi»cardia de llevarme á San Cloud, un es»tómago humano envuelto en un pañue»lo, y aquella horrible vista me hizo ar»rojar al instante cuanto tenia en el »mio.»

Despues de comer, quiso léer el Emperador una comedia; pero estaba tan fatigado y sufria tanto, que se vió precisado á interrumpirlo y retirarse antes de las nueve: me mandó seguirle, y como no tuviese absolutamente ganas de dormir: «Vamos querido amigo, me dijo, »¿vaya un cuento sobre el arrabal de »san German? Como en las mil y una »noches; procuremos reirnos.-Pues bien »Señor: era, en otro tiempo, un gentil»hombre de V. M. que tenia un tio muy »viejo, muy viejo........ Y me acuerdo

»que V. M. nos ha contado la historia de
»un oficialote aleman, quien, prisione-
»ro al principio de la campaña de Italia,
»se quejaba de que hubiesen enviado para
»combatirlos á un pisaverde que echaba
»á perder el oficio y lo hacia insoporta-
»ble: nosotros teniamos precisamente
»en nuestra sociedad un hombre seme-
»jante, y era aquel anciano tio, que se
»vestia todavía como en tiempo de Luis
»XIV. Era una comedia siempre que
»V. M. hacia alguna de las suyas del
»Rhin. Los boletines de Ulma y de Jena
»eran para él otras tantas revoluciones
»de bilis; estaba muy lejos de admirar á
»V. M. y tambien era de opinion, que
»echaba á perder el oficio. Habia hecho,
»segun repetia muchas veces, las cam-
»pañas del mariscal de Saxe, y ved hai,
»decia, los verdaderos prodigios de la
»guerra que aun no han sabido apreciar-
»se. Entonces la guerra era sin duda un

»arte; en el dia... ¡observaba encogién-
»dose de hombros!! En nuestro tiempo la
»haciamos con toda decencia; teniamos
»nuestros mulos, nos seguian las canti-
»nas, nuestras tiendas de campaña, co-
»miamos bien y teniamos hasta comedía
»en el cuartel general: se acercaban los
»egércitos, se tomaban excelentes posi-
»ciones, se daba una batalla, alguna vez
»se ponia un sitio y despues se tomaban
»cuarteles de invierno, para volver á
»empezar en la primavera: esto es lo
»que se llama, decia con satisfaccion,
»hacer la guerra. Pero en el dia un egér-
»cito entero desaparece delante de otro
»en una sola batalla, y se destruye una
»monarquía: se recorren cien leguas de
»pais, en diez dias, y duerma y coma el
»que pueda. A fé mia, si Vms. llaman á
»esto ingenio, me veo en la precision
»de confesar que no entiendo una pala-
»bra: asi me da lástima cuando los

»oigo á Vms. llamarle un gran hombre.»
El Emperador reia á carcajadas, sobre todo de las cántinas y de los mulos. Despues añadió. «Vms. se entretenian bastante á »costa mia. — ¡Oh! si Señor, sobrada»mente. — Pues bien, solos estamos, y »no hay intrusos; continue Vm. — Pues »Señor, un dia en una sociedad escogi»da entró un elegante, muy satisfecho »de sí mismo, antiguo capitan de caba»llería y presumido por principios. — »Acabo de llegar, nos dijo, de la llanu»ra de *Sablons*, y he visto maniobrar á »nuestro *ostrogodo*. — Este era V. M., »Señor. — Mandaba dos ó tres regimien»tos, que ha estropeado á las mil mara»villas, y al fin el todo se fué á perder »entre las breñas. Me atrevia con cin»cuenta soldados de caballería (de los »antiguos) solamente, á hacerlo prisio»nero á él y á todos los suyos. ¡Reputa»cion usurpada!, repetia. Asi es que

»Moreau no cesaba de decir, que en Ale-
»mania era donde lo queria ver. Se ha-
»bla de la guerra con el Austria; si se
»verifica, veremos como sale del paso:
»y entonces nos harán justicia.

»La guerra se verificó, y V. M. pocos
»dias despues nos remitió el boletin de
»Ulma y el de Austerlitz, etc. Nuestro
»*monsieur* apareció de nuevo en la reu-
»nion, y por lo original de la cosa, á
»pesar de nuestra malevolencia, no pu-
»dimos menos de preguntarle todos: ¿ Y
»sus cincuenta soldados de caballería?
»— ¡Oh! dijo. A ciencia fija, ya no se
»sabe una palotada de guerra: ese hom-
»bre lo destruye todo, la fortuna lo lleva
»por la mano: ¡ Y despues esos austria-
»cos son tan pesados y tan brutos!.....»

El Emperador se reia mucho, y me
decia que le contase algo mas fuerte. —
« Señor eso es muy dificil, sin embargo
»me acuerdo ahora de una viuda muy

»vieja, que murió en la obstinacion de »no haber querido creer ninguno de vues-»tros triunfos en Alemania. Cuando se »hablaba delante de ella, de Ulma, de »Austerlitz y de la entrada en Viena. — »¡Y Vms. creen eso, decia encogiéndose »de hombros! Todo eso es inventado »por él: no se atreveria á poner los pies »en Alemania; crean Vms. que todavía »está detras del Rhin, en donde se está »muriendo de miedo, y nos envia esos »cuentos. ¡El tiempo dirá si me se en-»gaña á mi tan facilmente!

Y acabadas las anécdotas me despidió el Emperador diciendo: «¿Qué hacen? »¿Qué deben decir ahora? Ciertamente »que en el dia tienen buen naipe.»

General Joubert. — Petersburgo. — Moscow; su incendio. — Proyectos de Napoleon si hubiera vuelto vencedor.

24. — Estuve á cosa de las dos de la tarde á ver al Emperador en su cuarto: desde por la mañana habia mandado á pedir mi Atlas, y le hallé acabando de examinar el mapa de Rusia y la parte de América contigua á los establecimientos rusos.

Habia estado tosiendo toda la noche, por lo que habia sufrido mucho. Sin embargo como el tiempo se habia templado bastante, se vistió para salir, y en este intervalo habló varias veces sobre la feliz idea del Atlas, el mérito de su egecucion, la inmensidad de cosas que contenia, y acabó como tenia de costumbre, diciendo: ¡Qué coleccion! ¡Qué pormenores! ¡Y qué conjunto! etc.

Durante el paseo la conversacion fué toda sobre el general Jouvert, de quien Mr. de Montholon habia sido cuñado y ayudante.

»Joubert, decia Napoleon, me profe»saba una gran veneracion, á cada reves »que experimentaba la república, du»rante la expedicion de Egipto, se lamen»taba de mi ausencia. Hallándose en aquel »momento de gefe del egército de Italia, »me tomó por modelo, aspiraba á seguir »mi egemplo, y nunca pensó siquiera »en variar nada de cuanto yo hice des»pues; en brumario no obstante habria »obrado con los jacobinos. Las medidas »é intrigas de este partido, para com»prometerlo en aquella grande empresa, »lo habian puesto al frente del egército »en Italia, despues de los desastres de »Scherer, dilapidador ignorante, acree»dor á todos los vituperios. Pero Joubert »pereció en Novi en su primer encuentro

»contra Suwarou: en Paris no habria he»cho mas que una refriega, porque aun »no habia adquirido bastante celebridad, »consistencia y madurez: tenia talento »para adquirir todas estas calidades, pe»ro en aquel momento no estaba aun »formado, era demasiado jóven, y se»mejante empresa en aquel entonces era »superior á sus fuerzas.

En cuanto á lo demas, hé aqui la biografía de este general, dictada por el Emperador, para sus campañas de Italia.

» *Joubert*, natural del departamento del Ain, en la antígua Bresâ, estudió para legista: la revolucion lo hizo seguir la carrera de las armas; sirvió en el egército de Italia, en donde fué nombrado general de brigada. Era alto, delgado y aparentaba tener una complexion débil, pero la habia puesto á prueba de grandes fatigas en los Alpes, y se habia endurecido. Era intrépido, vigilante, muy

activo y marchante á la cabeza de las columnas. Fué nombrado general de division, para que reemplazase á Vaubois, cuyo cuerpo de egército quedó bajo sus órdenes. Se hizo mucho honor en la campaña de Leoben mandando el ala izquierda, que condujo al grueso del egército de las montañas del Tirol, por los desfiladeros del Putherstal. Era muy afecto á Napoleon, quien le encargó presentase al Directorio las últimas banderas ganadas por el egército de Italia. Estando en Paris durante la campaña de Egipto, se casó con la hija del general Sémonville, la cual se volvió á casar despues con el mariscal Macdonald. Esta union lo introdujo en las grandes intrigas del momento, y lo nombraron general en gefe del egército de Italia, despues de la derrota de Scherer; falleció en la batalla de Novi. Aun era jóven, y no habia adquirido todavía la experiencia necesaria:

habria podido llegar á adquirir mucha fama. »

El Emperador no pudo dar mas que una vuelta, estaba demasiado fatigado y nada bueno. A las ocho y media me hizo llamar; me dijo que habia tenido que meterse en el baño, y que creia tener algun poco de calentura: de repente se sintió resfriado, pero no volvió á toser desde que se puso en el agua, en donde permaneció mucho tiempo, y aun comió : para mí pusieron una mesita al lado.

El Emperador volvió á hablar sobre la historia de Rusia. « Pedro el Grande, »dijo, ¿tuvo razon para fundar una ca»pital en Petersburgo á costa de tantos »gastos? ¿No hubiera obtenido mejor »resultado si hubiese empleado su dinero »en Moscow? ¿Cual fué su objeto? ¿Lo »alcanzo? — Yo respondí: si Pedro se »hubiera quedado en Moscow, su nacion

»permaneceria aun moscovita, y un pueblo enteramente asiático; fué preciso, »pues mudarla para reformarla y regenerarla. A este efecto se estableció en las »mismas fronteras que habia arrebatado »á sus enemigos; fundó alli la capital »de su imperio, acumuló en ella todas »sus fuerzas, haciéndolo inexpugnable; »de esta manera se filió en la sociedad »europea, se fijó en el Báltico, desde »donde circundaba facilmente á sus enemigos naturales, los polacos y los suecos, para venir á aliarse, en caso de »necesidad, con las naciones situadas »detras de ellos, etc.»

Dijo el Emperador que no estaba enteramente satisfecho de estas razones. « De cualquier modo que sea, decia, »Moscow desapareció, ¿y quien puede »calcular las riquezas que se han devorado alli? Figúrese á Paris con el cúmulo de los siglos, de los trabajos y de la

»industria. su capital despues de mil y »cuatro cientos años que existe, aun »cuando no se hubiese acrecentado mas »que de un millon cada año, ¡que su- »mas! Júntese á esto, los almacenes, »los muebles, la reunion de las ciencias »y de las artes, las correspondencias de »asuntos y de comercio establecidas, »etc., y véase una cosa semejante à Mos- »cow que desapareció en un instante. »¡La idea sola hace estremecer!.... Yo »creo que con dos mil millones no se »puede restablecer.»

Se extendió largamente sobre todos aquellos acontecimientos, y se le escapó una palabra demasiado característica para que yo no la hubiese notado. Habiende pronunciado el nombre de *Rostopchin*, me adelanté á decir que el colorido dado en aquel tiempo á su accion patriótica me sorprendió mucho, pues me conmovió bien lejos de indignarme ¡y que le

tenia envidia!... A lo que respondió el Emperador con una notable vivacidad y en una especie de contradiccion que ofendia á su despecho. « Si muchos en »Paris hubieran podido leer su corazon y »sentir como él, crea Vm. que lo habria »alabado; pero no me quedaba ese re»curso.» Y volviendo á Moscow dijo :

« Nunca ; á despecho de la poesia, »igualaron todas la ficciones del incen»dio de Troya á la realidad del de Mos»cow. La ciudad era de madera y el »viento muy fuerte ; se habían llevado »todas las bombas y parecia justamente »un océano de fuego. Nada se salvó : »tan rápida fué nuestra marcha, y tan »repentina la entrada. Hallamos hasta »algunos diamantes en los tocadores de »las señoras ; con tanta precipitacion »huyeron. Poco tiempo despues nos es»cribieron que estas habian procurado »escaparse á los primeros impulsos de

»una soldadesca peligrosa; que reco-
»mendaban sus bienes á la lealtad de los
»vencedores y que no dejarian de volver
»á sus hogares dentro de pocos dias para
»solicitar su benevolencia y llevarles su
»reconocimiento.

»La poblacion, añadió el Emperador,
»estuvo muy lejos de haber tenido parte
»en aquel atentado. Ella misma fué quien
»nos entregó los tres ó cuatrocientos mal-
»hechores, escapados de las cárceles, que
»lo egecutaron. — Pero Señor, osé pre-
»guntarle, ¿si Moscow no hubiera sido
»presa de las llamas V. M. creia tomar
»allí sus cuarteles? — Sin duda, respon-
»dió, y habria presentado entonces el
»suntuoso espectáculo de un egército, in-
»vernando tranquilamente en medio de
»una nacion enemiga, que la estrechaba
»por todas partes: se hubiera parecido al
»navío detenido por el yelo. Vms. se ha-
»brian visto en Francia muchos meses

»sin noticias mias, pero no hubiera ha»bido disturvios, y si juicio: Camba»ceres, como tenia de costumbre habria »dirigido los asuntos en mi nombre, y »todo hubiera seguido su curso, como si »yo hubiese estado presente. El invierno, »en Rusia, habria pesado sobre todos; »la paralizacion hubiera sido general, y »la primavera hubiera reanimado á todos »igualmente. Cada uno se habria desper»tado á su vez y ya se sabe que los fran»ceses son tan ligeros como los demas.

»Con la aurora del buen tiempo hu»biera marchado sobre los enemigos y »batídolos haciéndome dueño de su im»perio. Pero Alejandro, créalo Vm., no »me hubiera dejado llegar hasta este »punto. Antes habria pasado por cuantas »condiciones le hubiese dictado yo y la »Francia; en fin, empezaba á poder dis»frutar, pues yo fui á combatir á hom»bres armados y no á la naturaleza irri-

»tada ; ¡yo derroté los egércitos pero no »pude vencer á las llamas, al yelo, á la »paralizacion y á la muerte!...... El des»tino hubo de ser mas fuerte que yo. ¡Y »sin embargo qué desgracia para la Fran»cia y para la Europa!

»Con la paz en Moscow se cumplia y »terminaba el obgeto de mis expediciones »de guerra. Para la gran causa era el fin »de las incertidumbres y el principio de »la seguridad. Un nuevo horizonte y nue»vos trabajos iban á desarollarse, todos »llenos de bien estar y de prosperidad pú»blica. El sistema europeo quedaba fun»dado, y solo faltaba organizarlo.

»Satisfecho yo, sobre estos grandes »puntos, habria reunido tambien mi *con»greso* y mi *santa alianza* : pues esas son »ideas que me han robado. En esta reu»nion de todos los soberanos habriamos »tratado, como una familia, de nuestros »intereses, y ajustado escrupulosamen-

»te nuestras cuentas con los pueblos.

»La causa del siglo estaba ganada y »concluida la revolucion : ya no quedaba »otra cosa, sino conciliarla con lo que no »habia destruido, y esto me tocaba á mi; »yo lo habia preparado con mucha anti»cipacion, *á costa de mi popularidad, qui»zás* : no importa. Yo venia á ser el arca »de la antigua y nueva alianza; el media»dor natural entre el antiguo y el nuevo »orden de cosas. Yo profesaba los pri»cipios y la confianza del uno y me habia »identificado con el otro; y por lo tanto »habria dado en conciencia á cado uno »su parte.

»Mi gloria hubiera consistido en mi »equidad.»

Y despues de haber enumerado lo que habria propuesto de soberano á soberano y de estos al pueblo, continuó : «En la actitud gloriosa en que nos ha»llábamos cuanto hubieramos concedi-

»do, habria parecido grande y acarreá-»donos el reconocimiento de los pueblos. »En el dia lo que arrancarán estos les pa-»recerá siempre poco y no dejarán de »estar en desconfianza y descontendos.»

En seguida refirió los puntos que hubiera propuesto, para la prosperidad, los intereses, el goce y bien estar de la sociedad europea. Los mismos principios y el mismo sistema en todas partes. Un código europeo, un tribunal de apelacion tambien europeo, que corrigiese los yerros de todos, como sucede con el nuestro respecto de nuestros tribunales. Una misma moneda bajo distintos cuños; los mismos pesos, medidas y leyes, etc.

« La Europa, decia él, de este modo, »se convertiria muy en breve en un solo »pueblo, y viajando cualquiera por »todas partes, se habria siempre hallado »en la patria comun. »

Habria pedido que todos los rios fue-

sen navegables para todos; la libertad absoluta de los mares, y que los grandes egércitos permanentes se redujesen en lo successivo á la sola guardia de los soberanos, etc., etc.

En fin, era una infinidad de ideas, la mayor parte nuevas; las unas muy sencillas, y otras enteramente sublimes, sobre los distinctos ramos políticos, civiles y legislativos; sobre la religion, las artes y el comercio: todo lo abrazaban.

Y concluyó diciendo. « De vuelta en »Francia, en el seno de la patria, gran»de, fuerte, magnífica, tranquila y glo»riosa, habria fijado sus límites inmuta»bles, declarado *defensiva* toda guerra »futura, y *antinacional* cualquier acre»centamiento nuevo. Hubiera asociado »á mi hijo al imperio, terminado mi »dictatura, empezando desde entonces »mi reinado constitucional...

»¡Paris habria sido la capital del mundo, y los franceses la envidia de las naciones!....

»Mi descanso y mis últimos dias los hubiera consagrado en compañía de la Emperatriz, y durande la educacion real de mi hijo, á visitar despacio, sin etiqueta y con nuestros propios caballos, todos los rincones del imperio; recibiendo las quejas, arreglando las diferencias y sembrando por todas partes monumentos y beneficios!... ¡Querido amigo, he aqui todavía mis sueños!...»

Decretos de Berlin y de Milan. — Verdadera causa del odio de los ingleses.

25. — El tiempo se puso enteramente bueno. Despues de comer condujo la conversacion al Emperador á recorrer el obgeto verdadero de su disputa marítima con la Inglaterra. «La pretension de

»prohibir la entrada del papel, decia, le
»atrajo mi famoso decreto de Berlin:
»rabioso el consejo británico, lanzó sus
»rayos y estableció un derecho sobre los
»mares. Yo se lo volvi al cuerpo al ins-
»tante con los célebres decretos de Milan,
»que desnacionalizaban á todo pavellon
»que se sometiese á las deliberaciones
»inglesas; y entonces fué cuando la
»guerra, en Inglaterra, se hizo personal.
»La rabia contra mí, se apoderó de cuan-
»tos dependian del comercio. La Gran
»Bretaña se indignó á la vista de una
»lucha y energía á que no estaba acos-
»tumbrada: los que me habian precedido
»fueron siempre mas condescendien-
»tes.»

El Emperador desenvolvió despues los medios que habia empleado para obligar á los americanos á que se batiesen contra los ingleses: halló el medio, decia, de unir el interes á sus derechos,

pues, añadió, por los primeros se hace mas bien la guerra que por los segundos.

Era de opinion que en el dia los ingleses harian alguna tentativa sobre la soberanía de los mares, estableciendo algun derecho universal, etc., etc. «Esto seria »para ellos, continuó, uno de los gran»des recursos para pagar sus deudas, salir »del abismo en que se hallan, y en una »palabra redondearse. Si tienen entre »ellos un ingenio atrevido, ó alguna »gran cabeza, deben emprender una »cosa semejante: nadie podria oponerse »á ello, y pueden presentar el asunto »con apariencias de justicia: pueden de»cir que han llegado á semejante estado »por salvar el continente; que lo han »conseguido y que se les debe una re»compensa. Y sobre todo en Europa no »hay mas buques de guerra que los »suyos; de hecho reinan en el dia so»bre las mares: ya no existe derecho

»público, puesto que desapareció el »equilibro, etc., etc.

»Los ingleses pueden tener un domi»nio exclusivo, si se reducen á volverse »á sus barcos; pero expondrán su supe»rioridad, complicarán sus asuntos y »perderán insensiblemente hasta la con»sideracion, si se obstinan en conservar »soldados en el continente.»

Relacion de la campaña de Waterloo dictada por Napoleon.

26. — El Emperador salió por la mañana, antes de las siete, sin haber querido que ninguno de nosotros se levantase. El tiempo era muy hermoso y se puso á trabajar solo en el jardin, debajo de la tienda, en donde nos hizo almorzar á todos en su compañía, quedándose alli hasta las dos.

En la comida habló mucho de nuestra

situacion en la isla: decia que no queria moverse de Longwood y que le interesaban poco las visitas; pero que deseaba que nosotros tuviésemos alguna diversion y tratásemos de alegrarnos: hubiese visto con satisfaccion, decia, qué nos activásemos y moviésemos mas, etc.

Hizo leer al general Gourgaud lo que habia dictado sobre la campaña de Waterloo (1). ¡Qué páginas!...... ¡Hacen daño!....... El destino de la Francia ha dependido de tan poco!!!.......

Catinat, Turenne y Condé. — La batalla mas brillante del Emperador. — De las mejores tropas, etc.

28. — El Emperador no salió hasta las cuatro de la tarde, despues de haber to-

(1) Memorias para servir á la historia de Francia en 1816, en casa de Barois aîné, 1820.

mado un baño de tres horas: el tiempo estaba muy ingrato, y se contentó con dar algunas vueltas en el jardin. Acababa de escribir al gobernador que en lo sucesivo no recibiria á nadie, á menos que no se admitiese en Longwood, con un pase del gran mariscal, como en tiempo del almirante Cockburn.

Antes de ponerse á jugar al algedrez halló sobre la mesa un tomo de Fenelon: era la direccion de conciencia de un rey; nos leyó varios artículos, rebatiéndoles con mucha agudeza y sal; al fin dejó el libro diciendo que el nombre de un autor no habia influido nunca en su opinion; que siempre habia juzgado de las obras, por el efecto que le habian causado, alabando francamente y censurando lo mismo; y que á despecho del nombre de Fenelon, no titubeaba en afirmar, que sus obras eran otras tantas rapsodias, y daba razones que verdaderamente eran difíciles de contradecir.

Despues de comer, el Emperador habló de la antigua marina de Mr. de *Grasse*; de su derrota del 12 de abril, y quiso saber algunos pormenores, por lo que pidió el *Diccionario de los sitios y batallas*: lo ojeó y sacó de él una multitud de observaciones. *Catinat*, por su desgracia le vino á las manos, lo abatió infinitamente á nuestros ojos: decia que lo juzgaba muy inferior á su reputacion, á la inspeccion de los lugares, en donde él habia operado en Italia, y á la lectura de su correspondencia con Louvois; salido del estado llano y del cuerpo de abogados, añadia, con algunas virtudes, costumbres, probidad y afectando la práctica de la igualdad: establecido en *San Gratien*, á las puertas de Paris, se habia adquirido el afecto de los literatos de la capital y de los filósofos del dia, que lo exaltaron demasiado, y concluyó diciendo que de ningun modo era comparable con *Vendome*.

El emperador decia que habia tratado de estudiar igualmente á Turenne y á Condé, sospechando tambien que habria exageracion: pero sobre estos debió rendirse al mérito, y aun observó que en Turenne la audacia habia crecido con la experiencia; pues demostró mas á su vejez que en su juventud. Quizás sucedió al contrario respecto de Condé, quien desplegó tanta al entrar en la cerrera.

Y pues que habló de Turenne, Condé y otros grandes hombres, observaré que es muy raro que la casualidad no me haya dejado oir nunca en boca de Napoleon el nombre del gran Federico; sin embargo el relox ó despertador de aquel príncipe, se llevó á Santa Helena y se colocó en la chimenea del Emperador; el conato con que Napoleon se apoderó en Potzdam de la espada del mismo Rey diciendo: « Que »los demas se enriquezcan con otros des»pojos; ved aqui lo que para mi es supe-

»rior á todos los millones; » y en fin la contemplacion larga y silenciosa de Napoleon en el panteon de Federico prueban bastante que lugar tan distinguido ocupaba este en el espíritu del Emperador, y cuanto debió conmover su alma.

En el *diccionario de los sitios y batallas* que repasaba Napoleon, encontraba su nombre en todas las páginas; pero manchado con anécdotas enteramente falsas y desfiguradas, lo que le hizo declamar contra esa turba de escritorzuelos y los indignos abusos de la imprenta, la lectura, decia, venia á ser un alimento del pueblo, cuando solo hubiera debido ser el de las gentes de buen gusto.

« Por egemplo, en Arcole, me hacen »tomar durante la noche el puesto de una »centinela dormida : esta idea es sin du- »da de un particular, ó de un abogado »quizás, pero de ningun modo de un »militar. El autor es mi amigo, cierto

»ciso que sobreviviese un niño para que
»se pudiese sobre este punto hacer jus-
»ticia á aquel príncipe.» Y hablando en seguida sobre el carácter del mismo duque, y principalmente sobre su culpa en el asunto de los príncipes legitimados. « En esto se degradó, decia Napoleon,
»y no porque la causa de estos fuese
»buena; Luis XIV usurpó un derecho
»llamándolos á la sucesion. La nacion
»en la extincion de la familia real vuelve
»á entrar indudablemente en sus dere-
»chos: á ella le toca elegir. El acto de
»Luis XIV no fué sin duda mas que un
»error de su elevacion. Creia que cuanto
»salia de él, debia ser grande y sin em-
»bargo aparentaba dudar que los demas
»no pensaban como él; pues tomó sus
»precauciones para consolidar su obra,
»dando sus hijas naturales á los príncipes
»de sangre real, y casando á sus hijos bas-
»tardos con las princesas de su casa. En

»cuanto á la regencia es indudable que »correspondia de derecho al duque de »Orleans. El testamento de Luis XIV no »debe considerarse sino como una nece- »dad : violaba nuestras leyes fundamen- »tales, pues eramos una monarquía y nos »dió una república por regencia, etc. »

Pasando de esto á Madama de Maintenon, dijo el Emperador que esta señora habia hecho una de las carreras mas extraordinarias ; que era la *Bianca Capello* de su tiempo, menos novelesca aunque no tan divertida; y prosiguiendo sus dudas históricas, tocó el misterio de su casamiento : no estaba muy seguro de su certeza, considerándolo como un problema á pesar de cuanto han dicho sobre el particular las memorias de aquella época.

»El hecho es, añadió, que no existe »ni ha existido nunca prueba alguna de oficio y auténtica. ¿Y cual podia ser el

»motivo de Luis XIV, de tener estric-
»tamente secreta aquella medida en su
»tiempo y para lo porvenir? ¿O de que
»modo la familia de los Noailles, parienta
»de Madama de Maintenon, no ha deja-
»do nunca penetrar nada sobre este asun-
»to, y sobre todo la misma señora que
»sobrevivió á Luis XIV?

Sintiéndose fatigado el Emperador, se retiró muy temprano: manifestaba sufrir mucho, y estaba triste y abatido.

Campaña de Sajonia ó de 1813.—Violenta salida de Nápoleon.—Reflexiones.

2. de setiembre. — Este dia hubo corrida de caballos en el campo; uno de nosotros concurrió á ella.

El Emperador salió bastante tarde, y se encaminó hácia el coche; mas como el viento era muy fuerte renunció á su paseo, y se refugió debajo de la tienda; pero ni aun alli se halló bien; pasó á su

biblioteca, tomó las cartas de Madama de Chateauroux y ojeó la expedicion de Boemia, analizada por el mariscal de Belle Isle, etc. En seguida trató de dar algunas vueltas en el jardin, pero se volvió al momento.

Tomando despues una obra que trataba de nuestras últimas campañas, leyó en ella algun tiempo, y al dejarla, dijo: «Es una verdadera rapsodia, y un tejido de necedades y absurdos» Y deteniéndose sobre esta conversacion, habló mucho de la famosa campaña de Sajonia: sus observaciones fueron mas bien morales que militares; hé aqui lo mas interesante que retuve.

» Aquella memorable campaña, decia, » será el triunfo del valor innato en la ju» ventud francesa, de la intriga y auda» cia en la diplomácia inglesa; del talento » de los rusos, y de la impudencia en el » gabinete austriaco: marcará la época

»de la desorganizacion de las socieda-
»des políticas, y la de la grande separa-
»cion de los pueblos con sus soberanos:
»en fin la deshonra de las primeras vir-
»tudes, tal como la fidelidad, la lealtad
»y el honor. Por mas que escriban, co-
»menten, mientan y supongan, será
»preciso, de todos modos, llegar á este
»horroroso y triste resultado, y el tiem-
»po patentizará las consecuencias.

»Pero lo mas notable que hay en esto
»es que en el fondo, las infamias son
»agenas de los reyes, de los soldados y
»de los pueblos, y solo son obra de al-
»gunos *intrigantes de espada*, de ciertos
»políticos osados, que bajo el especioso
»pretexto de sacudir el yugo del extran-
»gero y de recuperar la independencia
»nacional, no han hecho mas que vender
»á sabiendas sus respectivos amos á unos
»gabinetes rivales y ambiciosos. Los
»verdaderos resultados no han tardado

»mucho tiempo en mostrarse. El Rey de »Sajonia ha perdido la mitad de sus »estados, y el de Baviera se ha visto »forzado á unas restricciones muy pre- »ciosas. ¿Mas que importa esto á los trai- »dores? Ellos conservan sus recompen- »sas y riquezas. Y los corazones integros, »y las almas mas inocentes son los que »presentan el espectáculo solemne de los »mayores castigos. ¡A un rey de Sajo- »nia, el hombre mas honrado que jamas »haya empuñado el cetro, se le despoja »de la mitad de sus provincias; al rey de »Dinamarca, tan religioso observador »de sus empeños, se le arrebata una co- »rona! Hé aqui sin embargo lo que ellos »pretenden llámar la restitucion de la »moral y su triunfo. ¡Tal es la justicia »distributiva de los hombres!

»No obstante lo repetiré mil veces para »honor de la humanidad y aun de los »tronos; en medio de tantas infamias,

»nunca se hallaron mas virtudes; no tuve »ni un momento de que quejarme de »las acciones personales, de los princi»pes mis aliados. El buen Rey de Sajo»nia me permaneció fiel hasta el último »trance: el de Baviera me hizo lealmen»te prevenir que ya no era dueño de sí »mismo. La generosidad del Rey de »Wurtemberg se hizo notar particular»mente: el príncipe de Baden solo ce»dió á la fuerza y en el último apuro. A »todos les debo esta justicia; me advir»tieron con tiempo á fin de que yo pu»diera parar el golpe. ¡ Mas por otro lado »cuantas abominaciones en los subalter»nos!.... ¿Los fastos militares perdo»narán nunca la infamia de los sajones »que se volvieron contra nosotros, en »las mismas filas para degollarnos? La »voz *saxoner* ha quedado entre los sol»dados como proverbio para signifi»car una tropa que asesina á otra ha-

»llándose en las mismas filas. Y para »colmo del dolor, un hombre á quien »la sangre francesa dió una corona, una »hechura de la Francia es quien nos dió »el último golpe. ¡ Gran Dios!....

» Y lo mas aciago de mi situacion y que »mas angustiaba mi alma, era que veia »claramente llegar el momento decisivo. »La estrella se obscurecia, conocia que »se escapaban las riendas y no podia su- »getarlas. Solo un golpe tan imponente »como el rayo pudo salvarnos; pues tra- »tar y concluir era lo mismo que entre- »garse torpemente al enemigo. Lo veia »palpablemente, y creo que la experien- »cia ha probado suficientemente que no »me engañé. No quedaba pues otro re- »curso que combatir, y por una ú otra »fatalidad la probabilidad del éxito dis- »minuia diariamente : las traiciones »empezaban á introducirse entre noso- »tros : la fatiga y el desaliento se apode-

»raban de la mayoría. Mis segundos todos »se volvian débiles, ignorantes, torpes y »por consecuencia desgraciados: no eran »ya los hombres del principio de nuestra »revolucion, ni los de mis gloriosas épo- »cas. Infinitos han osado responder á »esto, segun me aseguran, que en un »principio se batian por la república y »la patria, al paso que últimamente solo »combatian por un solo hombre, sus in- »tereses é insaciable ambicion, etc.

»¡ Indigno efugio!... Pregúntese á esa »inmensidad de jóvenes y valientes sol- »dados, á esa multitud de oficiales subal- »tarnos, si les vino nunca á la idea se- »mejante cálculo; si delante de ellos vie- »ron jamas otra cosa que al enemigo, y »detrás el honor, la gloria y el triunfo »de la Francia ¡ Asi es que estos nunca »se batieron mejor!.... ¿ Para qué disi- »mularlo y no decirlo francamente? La »verdad es que generalmente, los prin-

»cipales generales estaban hartos; yo »los habia colmado demasiado de consi- »deracion, honores y riquezas: habian »bebibo en la copa de los goces; en ade- »lante solo deseaban el reposo y lo ha- »brian comprado á cualquier precio. El »fuego sagrado se habia extinguido y hu- »bieran querido ser los mariscales de »Luis XV.» Si estas palabras necesitasen comentario; si el sentido quedase asi, como en infinitas otras partes de mi Diario, en cierto modo incompleto, que no se me pregunte mas sobre el particular: yo recogí lo que pronunció y nada mas sé. Ya he advertido muchas veces que cuando el Emperador hablaba yo no me atrevia ni á preguntarle ni á disertar sobre el obgeto de sus discursos. Sin embargo, por lo tocante á esta célebre campaña de 1813, puedo añadir que por distintos fracmentos de varias conversaciones de Napoleon que no he trasladado en sus

respectivos lugares, me hallo convencido, en efecto, que estaba muy lejos de engañarse sobre la crísis que amenazó entonces á la Francia, que juzgó muy bien de toda la inmensidad del peligro que le rodeaba cuando abrió la campaña. Desde su vuelta de Moscow previó el riesgo y se dedicó á conjurarlo, decidiéndose á los mayores sacrificios; pero le pareció muy delicado el momento para declararlo asi, y este último punto era para él de la mayor importancia. Si su poder material, decia, era grande, el de la opinion lo era mucho mayor, llegando hasta el delirio: se trataba de no perderlo, y una medida imprudente ó una palabra inoportuna podia destruir para siempre todo el prestigio. Le era preciso una grande circunspeccion y una confianza extremada y aparente en sus fuerzas y sobre todo ver venir.

Su gran falta, su error fundamental,

fué el de creer siempre que sus adversarios tenian tanta perspicacia y conocimiento de sus verdaderos intereses, como él mismo. Desde el principio sospechó, decia, que el Austria tratara de aprovecharse del mal paso en que se hallaba, para arrancarle grandes ventajas, y en el fondo estaba decidido á ello; pero no se pudo persuadir que hubiese tanta ceguedad en el monarca, ni bastante traicion en sus consultores, para querer abatirle enteramente, entregando de este modo su propio pais, á merced del poder, en lo venidero indestructible, de la Rusia. El Emperador hacia el mismo raciocinio respecto de la confederacion del Rhin, que podia tener algunas quejas de él; pero que debia sin embargo temer mucho mas caer bajo el yugo del Austria y de la Prusia. Esta última potencia en sentir de Napoleon, no estaba muy lejos de hallarse en el mismo caso: creia que

no podia querer la destruccion total de un contrapeso necesario á su independencia, y aun á su misma existencia. Asi es que Napoleon no dudaba del odio de sus enemigos; de la prevencion y malevolencia, quizás de sus aliados, pero no podia suponer en los unos y en los otros, el deseo de destruirle enteramente; tan necesario se creia para todos, y por lo tanto obraba en su consecuencia.

Hé aqui la idea dominante de Napoleon en toda aquella grande crísis, que puede servir de clave de su conducta política hasta el último momento, incluso el de su caida: es preciso no perder esto de vista, pues explica muchas cosas, y tal vez el todo: su actitud hostil, sus palabras arrogantes, su negativa á tratar, y su determinacion de combatir, etc. etc.

Si hubiera vencido, decia, habria hecho entonces algunos sacrificios con honor y la paz con gloria, conservando in-

tactos los prestigios de su superioridad. Si por el contrario sufria grandes reveses, estaba siempre en tiempo de efectuar los sacrificios; y el interes vital del Austria, el de los verdaderos alemanes, estaria siempre pronto para sostenerle con las armas ó su diplomácia; tan persuadidos los suponia (como él lo estaba), de cuan necesario era en lo sucesivo, para conservar la estructura, el reposo, la seguridad y aun la existencia de la Europa. Pero ¡ah! de lo que pudo dudar, fué cabalmente lo que le permaneció fiel: la victoria no le abandonó: sus primeros triunfos son increibles y admirables; pero lo que le pareció infalible, fué lo que le faltó: sus aliados naturales le vendieron y precipitaron.

Napoleon, desde el momento de su primera victoria en Lutzen, propuso auténticamente un congreso general. En su opinion, este era el único modo de po-

der arreglar francamente el reposo universal, asegurar la independencia de la Francia y la garantia del sistema moderno. Cualquiera otra via de negociacion, no le parecia mas que un engaño; y si aparentó separarse de este principio, aceptando la mediacion del Austria y las conferencias de Praga, fué porque á medida que pasaba el tiempo, se complicaban mas y mas los asuntos. La derrota de Vitoria, la evacuacion de la España y el espíritu de la Francia, que iba deteriorándose, empeoraron mucho su situacion: bien adivinaba cual seria el resultado de aquellas negociaciones; pero al mismo tiempo, queria ganar tiempo y ver venir los acontecimientos. En manera alguna se engañaba sobre el papel que representaba el Austria, y sin conocer precisamente hasta que punto llegaria su dolo, supó muy bien aclarar su conducta tortuosa, su lentitud y deter-

minacion. En Dresde tuvo hasta conversaciones personales con el primer negociador de esta potencia, que se dejó penetrar suficientemente. Habiéndole dicho el Emperador que todavía podia presentar ochocientos mil hombres á sus enemigos; se dice que el negociador se apresuró á añadirle. «V. M. podrá decir »un millon y doscientos mil, pues en su »mano está disponer de todos los nues»tros.» ¡Mas á qué precio querian que se les comprasen! No se trataba nada menos que de la restitucion de la Iliria, de la cesion del ducado de Varsovia, de la frontera del Inn, etc. etc. «¿Y sobre »qué hubiera yo podido contar despues, »decia el Emperador? Conceder todo es»to, ¿no era desacreditarse por nada, y »facilitar al Austria los medios de pedir»nos mas, ó de combatirnos en seguida »con mas ventaja?» Y volvia á pensar, que hallándose los verdaderos intereses

del Austria ligados con nuestro peligro, seguramente la hallaríamos mas en nuestras desgracias, que comprándola con nuestras concesiones. Se hizo, pues, sordo á todas las proposiciones; pero tampoco sospechó los compromisos que ya tenia hechos el Austria con sus enemigos, y se asegura, haber dicho semijocosamente á su negociador que, trataba con bastante familiaridad: « Con qué fulano, ¿cuanto le han dado á Vm. por eso? Confiésemelo » Vm., etc. etc.

¡Cuanto debió sufrir Napoleon en aquella ocasion! ¡A qué dura prueba se puso su paciencia! ¡Y sin embargo cuanto se le acusó en aquel tiempo de no haber querido la paz!

«¡Cuales serian, decia, mis tribulaciones al hallarme solo para juzgar de » la inminencia del peligro y precaverlo; » al verme colocado entre los coligados,

»que amenazaban nuestra existencia, y
»el espíritu del interior, que en su ce-
»guedad aparentaba hacer causa comun
»con ellos: entre nuestros enemigos que
»se preparaban para confundirme, y las
»instigaciones de todos los mios y aun
»de mis ministros, que me instaban pa-
»ra que me arrojase en sus brazos! ¡Y
»yo tenia que mantenerme firme en tan
»crítica posicion!...... Responder vigo-
»rosamente á los unos y rebatir con du-
»reza á los otros, que me creaban nue-
»vas dificultades, fomentando la mala
»inclinacion del espíritu público, en lu-
»gar de ilustrarlo, dejaban que la voz
»pública me pidiese la paz, cuando hu-
»bieran debido convencer á todos, que
»el único medio de obtenerla, era ins-
»tándome ostensiblemente á la guerra.

»Por lo demas, yo estaba ya decidido
»y aguardaba los acontecimientos, re-
»suelto á no prestarme á concesiones ó

»tratados, que no hubieran sido para »nosotros, que un mal remiendo mo- »mentaneo y de consecuencias inevita- »blemente funestas; todo partido medio »era mortal para mí y no podia salvar- »me sino con la victoria que habria sos- »tenido mi poder ó con la catástrofe que »me debió procurar nuevos aliados, etc. »etc. »

Ruego al lector se detenga sobre este último pensamiento, que indiqué ya mas arriba, quizás se creerá que lo repito demasiado; pero es porque estoy persuadido de la necesidad de hacerlo inteligible, pues aun cuando lo penetro perfectamente estuve mucho tiempo antes sin comprenderlo, tan paradógico y sutil me parecia.

»¡Qué situacion, continuó el Empera- »dor! Yo que veia que la patria, su destino, »sus doctrinas y porvenir dependian de »mi sola persona. — Pero Señor, me

»atreví á decirle, eso es lo que todos de-
»ciamos, y los diferentes partidos se lo
»echaban á V. M. en cara, añadiendo
»agriamente, ¿ pero por qué se ha puesto
»en el caso de hacerlo depender todo de
»su persona? — Acusacion comun y vul-
»gar, repuso vivamente el Emperador;
»aquella situacion no la elegí yo, ni fué
»culpa mia, sino una consecuencia ne-
»cesaria de la naturaleza y fuerza de las
»circunstancias en la lucha de dos cosas
»opuestas. Los que se expresaban de ese
»modo, si hablaban de buena fé, hubie-
»ran debido transportarse á la época an-
»terior á *brumario*, en que era completa
»la disolucion interior, cierta la invasion
»del extrangero, é inevitable la destruc-
»cion de la Francia. A contar desde el
»dia en que, adoptando la unidad y la
»concentracion del poder, única cosa
»que podia salvarnos; desde el instante
»en que coordinando nuestras doctrinas,

»recursos y fuerzas que nos creaban una »nacion inmensa, reposó el destino de »la Francia, únicamente sobre el carácter, »costumbres y conciencia del que fué »revestido de aquella dictatura accidental; á contar desde aquel dia, la causa »pública y el *Estado lo fui yo*. Estas pa»labras que pronuncié para los que »podian comprenderme las censuráron »cruelmente los hombres limitados ó de »mala fé. Bien lo comprendió el enemi»go y por eso se dedicó desde entonces »á no abatir mas que á mí: no han de»clamado menos contra otras palabras »escapadas del fondo de mi corazon; *que* »*la Francia necesitaba mas de mi, que yo* »*de ella*. En esto no se vió otra cosa sino »un exceso de vanidad, cuando era, no »obstante, una gran verdad, y Vm. lo »vé aqui, caro amigo, yo lo paso sin »ellos y si se trata de las penas que su»frimos, ciertamente que no serán muy

»largas : mi existencia será corta, ¡pero
»la de la Francia !.. Y volviendo á su
»primera dijo : Nuestra posicion era
»extraordinariamente nueva, no hay que
»buscarla semejante. Yo era la clave de
»un edificio nuevo, con tan frágiles ci-
»mientos ; su duracion dependia de
»cada una de mis batallas. Si me hubie-
»ran vencido en Marengo, entonces ha-
»brian Vms. sido lo que fueron en 1814
»y 1815, excepto los prodigios de gloria
»que siguieron y permanecerán inmor-
»tales. Lo mismo hubiera sucedido en
»Austerlitz, en Jena en Eylau y otras par-
»tes. El vulgo no ha dejado de atribuir
»todas estas guerras á mi ambicion :
»¿ pero estaba en mi mano evitarlas ?
»¿ No fueron siempre efecto de la natu-
»raleza y del imperio de las circunstan-
»cias, y constantemente una lucha de lo
»pasado contra lo porvenir, en aquella
»perenne coalicion de nuestros enemi-

»gos, que nos poniau en la precision de
» destruir so pena de ser destruidos, etc.»

Tal es aquella campaña, demasiado fatal, nuestro último esfuerzo nacional, y la verdadera tumba de nuestro gigantesco poder, en la que cuatro veces contra toda la Europa, y á despecho de todos los azares reunidos del ingenio de un solo hombre, estuvo á punto de restablecer nuestro ascendiente, y cimentarlo con la paz: despues de las victorias de Lutzen y de Bautzen, la de Dresde, en los últimos momentos sobre Berlin; y en fin en las llanuras de Leipsick no sucumbió sino por una complicacion de fatalidades y perfidias, de que la historia no presenta egemplo. En seguida estampó las que tengo á la mano en el momento.

Fatalidade.

1.ª Indisposicion repentina de Napoleon.

2.ª Inundacion imprevista del Bober en Silesia.

3.ª Carta confidencial del Rey de Baviera.

4.ª Ordenes que no llegaron á los cuerpos de Dresde.

5.ª Falta inoportuna de municiones, despues de las dos jornadas de Leipsick.

6.ª Explosion del puente del Ister.

Perfidias.

7.ª Maquinaciones y mala fé del Austria, primera y verdadera causa de nuestros desastres.

8.ª Violacion del armisticio de Pleiz-

wits relativamente á nuestras plazas bloqueadas.

9.ª Desercion del gefe de estado mayor del tercer cuerpo.

10.ª Defeccion del gobierno bávaro.

11.ª Traicion de los sajones en nuestras filas, etc.

12.ª Capitulacion de Dresde, violada, etc., etc.

Tengo á la vista algunas notas de un oficial distinguido, relativas á la capitulacion de Dresde, enumerando todo cuanto dejábamos en las plazas de que quedábamos separados. Su total asciende, segun él, á 177 mil hombres. El Emperador no tenia en Leipsick mas que 157 mil. Y qué diferente hubiera sido nuestra suerte si aquella masa ó solamente una parte de ella se hubiese hallado á la mano en aquel momento decisivo! Pero circunstancias forzadas y no un sistema se-

guido produjeron aquella malhadada dispersion : he aqui literalmente lo que leo en estas notas relativo á la violacion de la capitulacion de Dresde.

« Ante todas cosas importa saber, (se dice en ellas), que se habia convenido en el plan de la coalicion contra la Francia, de la cual el príncipe de Schwartemberg era la testa ferrea, que se concediesen honrosas capitulaciones á todas nuestras numerosas guarniciones; pero que no se egecutase ninguna. Este hecho está materialmente probado; pero el motivo alegado para negarse á la capitulacion firmada en Dresde entre el mariscal Saint-Cyr y los generales Folstoy y de Klenau, fué que el príncipe de Schwartzenberg no podia ratificarla porque el conde de Lobau ayudante de campo de Napoleon encerrado en Dresde con el mariscal, habia protestado contra ella; y algun tiempo despues se anuló la capitulacion de Dan-

tzick suscrita con el general Rapp, bajo el falso pretexto de que la guarnicion de Dresde, á pesar de sus estipulaciones habia entrado en servicio activo en Strasburgo, por lo que no podia ya aprobarse la de Dantzick sin exponerse á los mismos inconvenientes.

»Hé aqui lo que patentiza la deslealtad militar de los aliados. La guarnicion de Dresde compuesta de dos cuerpos de egército que ascendian á cuarenta y cinco mil hombres, capituló el 11 de noviembre (1).

(1) El partido de entregar la plaza estuvo muy lejos de ser unánime en la guarnicion. Sobre este punto hubo dos opiniones; la una de volver á Francia por medio de una capitulacion, y fué la que se adoptó: la segunda era mucho mas vigorosa; no se trataba nada menos que de salir de Dresde con la flor de la guarnicion, bajar por el Elba, y levantar succesivamente el bloqueo de Forgau, en donde estaban 28,000

»En la capitulacion se estipuló que los franceses evacuarian la plaza saliendo de ella en seis columnas y en otros tan-

hombres, Wittemberg que tenia 5,000, Magdeburgo que contaba 20,000, y llegar á Hamburgo donde se hallaban 32,000 : entonces este egército de 60 á 80,000 hombres reunidos de tal modo, ó hubiera entrado en Francia por el centro del enemigo, ó lo habria hecho retrogradar, maniobrando sobre su retaguardia. Se habrian paralizado las grandes levas en masa que vinieron á destruir nuestros veteranos, y aun cuando hubieran sido desgraciados, el resultado no habria sido mas funesto que la capitulacion. Esta opinion se sostuvo fuertamente por el conde de Lobau, los generales Bonnet, Teste, Mouton-Duvernet y otros. La determinacion era grande, digna de nuestra gloria y en perfecta harmonia con nuestras acciones pasadas ; y tal era la intencion del Emperador quien á este efecto expidió ordenes que no pudieron llegar. La desesperacion de rendirse era tan grande, qúe una parte del egército sugirió al gefe de la oposicion que se apoderase

tos dias succesivos, y que el destino general de la guarnicion seria Strasburgo.

»Esta capitulacion se egecutó en cuanto á la evacuacion y toma de posesion por el enemigo; pero no bien habia andado una jornada fuera de la ciudad nuestra sexta columna, cuando se declaró que quedaba anulada y desechada por el generalísimo príncipe de Schwartzenberg, segun el texto de una orden del 19 de noviembre.

»Cuando el mariscal Saint-Cyr se

del mando; pero el respecto por la disciplina fué superior en él al ardor de combatir, sin embargo no dejó de expresarse con la mayor violencia en el consejo, en donde se asegura, que en su intrépida indignacion, se exaltó al punto de decir al general en gefe: «el Emperador me dirá que hubiera debido levantarle á Vm. la tapa de los sesos, y tomar el mando.»

quejó de aquella disposicion, se le ofreció en compensacion de aquella injusticia dejarlo entrar de nuevo en Dresde con sus tropas, y ponerlo en posesion de todos los medios de defensa de que habia dispuesto antes de la capitulacion; pero esto fué una burla.

»En vano negoció el mariscal para que se llevase á efecto la egecucion literal de todos los artículos consentidos, con poder suficiente, por el conde de Klenau y fué preciso á aquella malhadada guarnicion, dislocada y cortada, pasar á los diferentes acantonamientos que se le designaron en la Boémia, en lugar de seguir su marcha sobre el Rhin.

Indignado el mariscal de aquella manifiesta violacion, despachó un oficial superior para prevenir al Emperador; pero los aliados detuvieron su marcha bajo diversos pretextos. No llegó, pues, á Paris hasta el 18 de diciembre, cuando

la serie de los *acontecimientos posteriores* habian dejado el mal sin remedio. »

Conforme á la nomenclatura de los fraudes y perfidias que acabo de enunciar, y que eran un verdadero sistema entre los coaligados, no debemos admirarnos que Napoleon, que los penetraba perfectamente, no hiciese caso alguno de la pomposa declaracion de Francfort y que se indignase de la ceguedad de nuestro cuerpo legislativo, cuya comision, por maldad ó error, acabó de arruinar los negocios. Napoleon me dijo varias veces que estuvo á punto de hacer venir aquella comision, á fin de hablar confidencialmente con ella, con la mayor franqueza sobre el verdadero estado de las cosas, y el inminente peligro de que estábamos amenazados. Algunas veces pensó que reuniria en torno suyo los corazones franceses, y otras por la inversa sospechaba que se suscitarian ciertas te-

nacidades, quizás con mala intencion, que hubieran podido hacer que la cosa degenerase en controversia, lo que, atendida la opinion del momento, habria debilitado aun mas nuestros recursos, apresurando la disolucion.

El Emperador habló en distintas circunstancias sobre este punto crítico de nuestro destino: siempre lo he dejado, porque su pormenor nada presenta que pueda llamarse lisongero.

Rasgos de beneficencia. — Viage á Amsterdam, los holandeses, etc. — Asesinatos de septiembre. — Sobre las revoluciones en general.

3. — A cosa de las tres de la tarde, me hizo ir el Emperador á su cuarto, se acabó de vestir, y como lloviese en aquel momento pasó al salon, en donde me dijo algunas cosas muy curiosas que tal vez le

conciernan y en las que yo representaba un gran papel......

Mas tarde trató de dar algunas vueltas en una especie de pradera que estaba próxima á su biblioteca : el viento era muy violento, volvió á entrar y se puso á jugar al billar.

En un momento del dia dijo que viajando con la Emperatriz, fué una mañana á almorzar en una de las islas del Rhin : estando en la mesa hizo venir al dueño de un pobre cortijo que estaba inmediato y le preguntó que es lo que podria hacerle feliz, diciéndole que lo pidiese francamente; y para inspirarle mas confianza le dió á beber muchos vasos de vino. El aldeano nada corto y si bastante sagaz, pidió el máximo de todas sus necesidades. El Emperador mandó al prefecto las satisfaciese al punto : verificado asi se hizo la cuenta y no pasó de seis á siete mil francos.

En otra ocasion, en Holanda decia, haciendo una travesía en un yate, y hablando con el que llevaba el timon, le preguntó cuanto podia valer su barco. —« Este buque no es mio, dijo el hombre; sería muy feliz, pues para mí seria un caudal.—Pues bien yo te lo doy; dijo el Emperador á aquel hombre, que aparentó agradecerlo poco. » Se supuso que su indiferencia era efecto de la flema natural del pais; pero no fué asi. « ¿Qué favor me ha hecho? Dijo á un camarada suyo que lo felicitaba: me ha hablado en suma, pues me ha dado lo que no es suyo. ¡Qué diablo de regalo. » Entretanto Duroc habia ido á pagar el importe del barco á su amo, y recogió el recibo de la venta que entregó al hombre. En cuanto empezó á creerlo, su alegría se convirtió en delirio; hizo locuras: la cantidad era casi igual á la anterior. «Ahi se vé, decia el Emperador, que los

»deseos de los hombres no son tan inmo-»derados como se piensa, y que es mas »facil hacerlos felices que lo que se crée, »pues ciertamente que esos dos hombres »hallaron la dicha.»

Cuando Napoleon fué á visitar á Amsterdam, la poblacion, decia, estaba muy mal dispuesta contra él; pero no bien se hubo presentado cuando se atrajo hasta los corazones mas frios. No quiso otra guardia sino la de honor de la ciudad, y este rasgo de confianza le hizo dueño de todas las voluntades; constantemente estaba en medio de todos ellos, y en cierta ocasion les dirigió francamente la palabra en estos términos. « Se dice que estan »Vms. descontentos, ¿pero porque? La »Francia no los ha conquistado, sino »adoptado; no hay exclusion alguna pa-»ra Vms., pues entran en parte de todos »los favores de la familia comun. Consi-»dérenlo bien. Yo he elegido de entre

» Vms., algunos prefectos, gentileshom-
» bres y consejeros de estado, en justa
» proporcion á su poblacion, y he acre-
» centado mi guardia con la holandesa.
» Vms. se quejan de que sufren, pero en
» Francia se sufre aun mas; todos pade-
» cemos y esto durará miéntras que el
» enemigo comun, el tirano de las mares,
» y el vampiro de su comercio no se aven-
» ga á la razon. Vms. se quejan de sus sa-
» crificios; pero vayan á Francia y verán
» cuan atras se quedan de nosotros; en-
» tonces se creeran Vms. menos desgra-
» ciados quizás....... ¿Por qué, mas
» bien, no se felicitarán Vms. por la faci-
» lidad con que se verifica su reunion con
» nosotros? ¿En la nueva composicion de
» la Europa, qué serian Vms. entregados
» á si mismos? Los esclavos de todo el
» mundo; en lugar de que identificados
» con la Francia, un dia harán Vms. con
» opulencia, el comercio de todo el grande

»imperio.» Despues adoptando un tono mas familiar les dijo. «He hecho cuanto »me ha sido posible para agradar á Vms. »y conciliarlo todo. ¿No les he enviado »de gobernador al hombre que cabal- »mente necesitaban, al bueno y pacifico »Lebrun? Vms. lloran con él y él con »Vms. me parece, que no podia obrar »mejor.» A estas palabras, desapareció toda la flema holandesa; todo el auditorio se echó á reir á carcajadas y el Emperador pudo desde entonces contar con ellos. «Por demas, añadió, espere- »mos que esto no será muy largo; no »duden que tanto lo deseo yo como Vms. »Los hombres de prevision de su pais, »les dirán que nada de esto entra en mis »intereses ni voluntad.»

El Emperador dejó al pueblo de Amsterdam entusiasmado por su persona, y recibió pruebas nada equívocas de lo decidido que estaba en su favor. Durante

su viage se quejaba con frecuencia de que cualquiera que se enviase á Holanda, se volvia holandes, y lo recordó á su vuelta en el consejo de estado, diciendo que él mismo habia incurrido en ello; y como un dia, uno de los oradores hablase ligeramente de la opinion de los holandeses: «Señores, dijo, Vms. podrán »ser mas amables; pero yo quisiera que »tuvieran su moralidad.»

Habiendo mencionado uno, despues de comer, la fecha del dia (3 de setiembre), el Emperador dijo sobre el particular algunas palabras muy notables, de las cuales hé aqui algunas. «Este es el »cumpleaños de unos suplicios muy espantosos y muy horrendos, una reaccion en pequeño, de los asesinatos de »la *saint-Barthélemi*, una mancha para »nosotros, menor sin duda porque causó menos víctimas y porque no tuvo la »sancion del gobierno, pues muy al con-

»trario trató de castigar el crimen. El »ayuntamiento de Paris fué el autor, »constituyéndose él mismo en un poder »rival de la legislatura, y aun superior »á ella.

»Ademas, continuó, el acto tuvo mas »fanatismo que pura maldad; se vió á »los asesinos de setiembre matar á uno »de ellos por haber robado durante sus »egecuciones. Aquel terrible golpe estaba »en el imperio de las circunstancias y en »el espíritu de los hombres. No puede »haber trastorno político sin furor po»pular, ni peligro para el pueblo desen»cadenado sin desorden y víctimas. »Los prusianos estaban entrando, y an»tes de correr á ellos, quisieron pasar á »cuchillo á sus auxiliares en Paris. Tal »vez aquel acontecimiento influyó, en »su época, á la salvacion de la Francia: »¿Quien duda que si en los últimos tiem»pos, cuando los extrangeros se acerca-

»ban à Paris, se hubiera inmolado à sus
» amigos, no se llevaria hoy la escara-
»pela blanca en Francia? Pero nosotros
»no podíamos hacerlo, porque ya era-
»mos legítimos; la duracion de la auto-
»ridad, nuestras victorias, nuestros tra-
»tados y el restablecimiento de nuestras
»costumbres, nos habian constituido un
»gobierno regular: no podíamos echar
»sóbre nosotros los mismos furores y
»la misma odiosidad, que sobre la mul-
»titud. Por lo que hace á mí no podia,
»ni queria ser rey de los *jacobinos*.

»Regla general. Nunca hubo ni habrá
»revolucion social sin terror. Toda revo-
»lucion de esta naturaleza, no puede ser
»en un principio mas que una subleva-
»cion. El tiempo y el éxito acaban por
»ennoblecerla y hacerla legítima; pero
»lo repito, nunca se ha llegado hasta
»este punto sino por el terror. ¿De qué
»modo se dirá á todos los que disfrutan

»de los empleos públicos, y á los que »gozan de bienes, retírense Vms. ? Claro »está que se defenderán. Preciso es aterrarlos y hacerlos huir, y esto es lo que »hicieron los de la *linterna* y los de las »egecuciones populares. El terror empezó en Francia el 4 de agosto, cuando »se abolió la nobleza, los diezmos y las »feudalidades, arrojando al pueblo todos aquellos restos del antiguo sistema: »este se los repartió, no quiso ya perderlos, y mató sin reparo; entonces »fué únicamente cuando entendió la revolucion y se interesó verdaderamente »por ella. Hasta aquella época existia la »suficiente moral y dependencia religiosa entre ellos, para que sospechase un »gran número que sin el rey y los diezmos no podia recogerse la cosecha como anteriormente.

»Sin embargo, concluyó el Emperador, la revolucion es uno de los mayo-

»res males con que el cielo puede afligir »á la tierra: es el azote de la generacion »que la egecuta; jamas podrán compa»rarse las ventajas que procura en las »agitaciones que acarrea á la vida de sus »autores: enriquece á los pobres, que »no obstante no se satisfacen, y empo»brece á los ricos que no pueden olvi»darlo; todo lo trastorna. En los prime»ros momentos hace á todos desgracia»dos y á ninguno dichoso.

»La verdadera felicidad social, es pre»ciso convenir en ello, consiste en el uso »pacífico y en la harmonia de los rela»tivos goces de cada uno. En los tiem»pos regulares y tranquilos, todos dis»frutan de su dicha particular; el zapa»tero es tan feliz en su tienda como yo »sobre el trono. El simple oficial goza »tanto como su general. Las revolucio»nes mejor fundadas lo destruyen todo »al instante, y no reemplazan nada sino

»en lo futuro. La nuestra se semeja á una »fatalidad irresistible, porque ha sido »una erupcion moral, tan inevitable co-»mo las físicas de un verdadero volcan. »Cuando las combinaciones químicas, »que producen estas, estan completas, »estalla. Las combinaciones morales que »impulsan á una revolucion, estaban en »su punto en Francia, por cuyo motivo »estalló.»

Yerros de los ministos ingleses. — Medios de la Inglaterra para el pago de su deuda. etc. — Reducciones del gobernador.

7.—El Emperador no salió en todo el dia. El gobernador se dejó ver en medio de un grupo numeroso, y al aproximarse nos retiramos. Se descubrian muchos buques.

Llamado á la habitacion del Emperador, fui y le hallé ocupado con una obra sobre el estado de Inglaterra: este pun-

to vino, pues, á ser el obgeto de la conversacion: habló mucho de la enormidad de su deuda, de la necesidad de la paz que habia concluido, y de los diversos medios que se les presentaban para salir de sus apuros, etc.

Napoleon tenia esencialmente el instinto del orden, y estaba por la necesidad de la harmonia. Yo conocí á uno que vivia del cálculo, el cual confesaba no poder entrar en una sala sin sumar irresistiblemente y al punto cuantas personas veia, y en la mesa los platos, vasos etc. Napoleon en una atmósfera mas noble, y en una religion mas elevada, tenia tambien su accion irresistible, y era hacer marchar lo grande y desarrollar lo hermoso. Si se trataba de una ciudad, al punto sugeria algunos mejores adornos ó monumentos; si se detenia sobre una nacion, al instante trataba de los medios de su ilustracion, prosperidad, grandeza

y de mejorar sus instituciones, etc. etc. Esto es lo que por mil rasgos que preceden se habrá dejado descubrir á la penetracion y sagacidad de mis lectores.

Y como el Emperador, por los diarios, los libros ó nuestra situacion particular, estuviese constantemente á la mira de los asuntos de Inglaterra, hallaba con frecuencia sobre lo que podia emprender, y sobre lo que aun pudiera procurarle un porvenir mas próspero, etc. Trataré de reunir en seguida alguna cosa de lo que le he oido decir sobre este particular en distintas ocasiones.

»Decia, un dia, el sistema colonial que »hemos conocido, se acabó para todos, »tanto para la Inglaterra que posee todas »las colonias, como para las otras po»tencias que ya no poseen ninguna. El »imperio de los mares hoy, pertenece »á la Inglaterra sin discusion. ¿Por qué, »pues, en una situacion tan nueva, con-

»tinuará una marcha rutinera, y por
»qué no creará algunas combinaciones
»mas provechosas? Preciso es que ima-
»gine una especie de emancipacion de
»sus colonias, pues de lo contrario mu-
»chas se le escaparán con el tiempo,
»y á ella toca aprovecharse de estos ins-
»tantes para entablar nuevos vínculos y
»relaciones mas ventajosas. ¿Y por qué
»la mayor parte de estas colonias no ha-
»brán solicitado comprar su emancipa-
»cion de la madre patria, á costa de una
»cuota de la deuda general que vendria á
»ser escrupulosamente la suya? La me-
»trópoli se aligeraria de sus obligaciones
»sin dejar de conservar las mismas ven-
»tajas: por medio de los vínculos de la
»fé de los tratados, conciliaria los inte-
»reses recíprocos, la similitud del len-
»guage y la fuerza del hábito: por via
»de garantía podia reservarse un solo
»punto fortificado, una rada para sus
»buques, semejante á las factorias del

»Africa. ¿Qué perderia? nada; y evita-
»ria las dificultades y los gastos de un
»gobierno, que con frecuencia hacen
»detestar. Los ministros tendrian, á la
»verdad, algunos empleos menos que
»dar; pero la nacion sacaria ciertamente
»mucha mas ventaja.

»Yo no dudo, añadió, que con conoci-
»miento profundo de la materia se obtu-
»viese algun resultado útil de estas ideas
»toscas, por erroneas que parezcan á pri-
»mera vista. Hasta de la misma India,
»seria aun posible sacar algun partido
»grande por medio de nuevas combina-
»ciones. Los ingleses aseguran que la
»Inglaterra no recoge ningun beneficio
»de ella en la balanza de su comercio:
»los gastos se lo llevan todo, y aun tal
»vez sobrepujan: no queda, pues, mas
»que algunas rapiñas individuales y uno
»ú otro caudal colosal; pero como estas
»cosas, son otros tantos monopolios de
»los ministros, nadie se atreve á tocarlas.

»Y despues esos *pigmeos* como ellos lla»man, de vuelta á Inglaterra sirven de »reclutas de la alta aristocrácia: poco »importa que presenten el escándalo de »un caudal adquirido con rapiñas y mal»versaciones, ni que influya considera»blemente en la moral pública, fomen»tando el deseo de las mismas riquezas, »adquiridas á cualquier precio. Los mi»nistros actuales no son tan escrupulosos; »los favorecidos serán otros tantos votos »para ellos, y cuanto mas corrompidos »sean, con tanta mas facilidad los gober»narán, y hé aqui el medio de aguardar »alguna reforma. Asi es que, á la menor »proposicion ya se vé como chillan; »pues la aristocrácia inglesa, quiere ga»nar terreno diariamente, y cuando se »propone hacerla retrogradar un átomo, »pierde los estrivos y la explosion es uni»versal. Si se toca aun á los mas minu»ciosos pormenores, dicen, que todo el »edificio se viene á bajo: claro está si se

»quiere arrancar de la boca de un voraz »el pedazo que está comiendo, no hay »duda que se defenderá como un hé»roe, etc. etc. ».

En otra ocasion decia : « Despues de »veinte años de guerra, de tantos tesoros »prodigados, de tantos socorros submi»nistrados á la causa comun, y despues »de un triunfo superior á toda esperanza, »¿qué paz, no obstante, ha firmado la »Inglaterra? Castelreagh tuvo el conti»nente á su disposicion : ¿y qué grandes »ventajas, que justas indemnizaciones ha »estipulado para su pais? Ha hecho la »paz como si hubiera quedado vencido : »¡miserable! No lo habría yo maltratado »mucho mas si hubiese sido vencedor; ó »será quizás porque se crea suficiente»mente feliz con haberme hecho caer... »¡En este caso el odio me ha vengado! »Dos grandes pasiones han movido á la »Inglaterra durante nuestra lucha : su »interes nacional y el odio contra mi per-

»sona : en el momento del triunfo, la »violencia de la una le habrá hecho olvi»dar la otra? ¡Pues caro pagará ese mo»mento de delirio! » Y explicaba su idea recorriendo las diversas combinaciones que demostraban los yerros del lord Castelreagh y las numerosas ventajas que habia descuidado. « Algunos siglos pasa»rán, decia, antes que se presente una »ocasion semejante para el bien estar y »la verdadera grandeza de la Inglaterra: »¿ será por ignorancia ó corrupcion de »parte de Castelreagh? El tal lord ha »distribuido noblemente los despojos, »segun el cree, á los soberanos del con»tinente, y no ha reservado nada para su »pais. ¿Si habrá temido que se le echase »en cara, haber representado mas bien »el papel de *dependiente* que el de *socio*? »El ha hecho donacion de territorios in»mensos; la Rusia, la Prusia y el Austria, »han adquirido algunos millones de po-

»blacion¿; y en donde se halla el equiva-
»lente de la Inglaterra? que sin embargo
»ha sido el alma de aquellos triunfos, y
»pagado todos los gastos; asi recoge el
»fruto del reconocimiento del continente,
»y de las necedades ó traicion de su ne-
»gociador. Mi sistéma continental conti-
»nua; se reprueban y excluyen los pro-
»ductos de sus manufacturas: ¿y en lugar
»de esto por qué no ha establecido en el
»continente algunas ciudades marítimas,
»libres é independientes? ¿Por egemplo
»Dantzick, Hamburgo, Anveres, Dun-
»querque, Génova y otras que servirian
»de depósitos forzados de sus manufac-
»turas, que habrian inundado la Europa,
»á pesar de todas las aduanas del mundo?
»la Inglaterra tenia necesidad y al mismo
»tiempo el derecho para ello; las decisio-
»nes hubieran sido justas; ¿y quien se ha-
»bria opuesto en el momento de la delibe-
»racion? ¿A qué venia haber complicado

»sus asuntos y crearse con el tiempo un
»enemigo natural uniendo la Bélgica á
»la Holanda, en lugar de haber reservado
»dos inmensos recursos á su comercio
»dejándolas separadas? La Holanda que
»no tiene manufacturas era el depósito
»natural de las de Inglaterra y la Bélgica:
»como colonia inglesa bajo la dominacion
»de un príncipe de la misma nacion, hu-
»biera sido el conducto por donde cons-
»tantemente habrian inundado la Fran-
»cia y la Alemania. ¿Porqué no obligaron
»á la España y al Portugal á un tratado
»de comercio, á plazo largo, con el cual
»hubieran repagado todos los gastos he-
»chos por su libertad, y que lo habrian
»obtenido, so pena de manumitir sus
»colonias, en cuyos dos casos hubieran
»hecho todo el negocio? ¿Porqué no han
»estipulado algunas ventajas en el Bál-
»tico y con los Estados de Italia? Esto
»estaba en el círculo de los derechos de la

»soberanía do las mares. ¿Despues de »haberse batido mucho tiempo por sos»tenerlos, por qué razon descuida la In»glaterra los beneficios, cuando se halla »consagráda de hecho? ¿Seria porque al »sancionar la usurpacion de los otros te»miese que alguno se opusiese á la suya? »¿Y quien hubiera podido hacerlo? Yo »me persuadí que hiciera alguna cosa por »este orden. Tal vez lo sienta hoy, pero »ya es demasiado tarde, pues no podria »volver á aquella época, y perdió el único »momento que se la presentó.... ¡Cuan»tos porqués pudiera multiplicar toda»vía!....... Solo lord Castelreagh po»dia obrar asi; se hizo el hombre de la »Santa-Alianza, y con el tiempo será el »oprobio de todos. Los *Lauderdales*, los »*Grenvilles* los *Wellesleys* y otros, ha»brian tratado muy diferentemente; hu»bieran sido los hombres de su pais, etc.»

El Emperador dijo en otra ocasion:

« La deuda es la carcoma de Inglaterra, »y la cadena de todas sus dificultades »pues le obliga á la enormidad de imposi»ciones, que hacen subir el precio de los »comestibles: de aqui resulta la miseria »del pueblo, el alto precio del trabajo y »el de los obgetos manufactúrados que »ya no se presentan con la misma ventaja »en los mercados de Europa. La Ingla»terra, pues, debe combatir á cualquier »precio ese monstruo devorador; tiene »que atacarlo por todas partes, á la vez, »asesinarlo con el *negativo* y el *positivo* »reunidos, con la reduccion de sus gas»tos y el acrecentamiento de sus capi»tales. . .

»¿ No puede reducir el interes de su »deuda los grandes sueldos, los beneficios »simples, los gastos del egército; re»nunciar á estas para dedicarse á la ma»riná, en fin algunas otras cosas que »ignoro y no tengo para que indagar?

»En cuanto al acrecentamiento de sus »capitales ¿ no puede enriquecerse con »los bienes eclesiásticos que son inmen-»sos, los cuales adquiriria con una salu-»dable reforma extinguiendo los titulares, »lo que no ofenderia á nadie ? ¿ Pero si »se pronuncia una palabra de esta natu-»raleza toda la aristocrácia se pondrá »sobre las armas y en campaña y ven-»cerá ; pues en Inglaterra aquella es la »que manda, y para quien se gobierna. »Recurrirá á su adagio usual : si se toca »en lo mas mínimo á los antiguos ci-»mientos, se arruinará el edificio ; la »masa general lo repite sencillamente, »toda reforma se obstruye, los abusos »permanecen, crecen y pululan.

»No obstante debe confesarse que á »despecho de una composicion de por-»menores odiosos, añejos é innobles, la »constitucion inglesa presenta el raro fe-»nómeno de un feliz y brillante resulta-

»do, y este y sus beneficios es lo que
»contribuye á que la multitud se man-
»tenga fiel á aquella, temerosa de perder
»estos. ¿ Pero será la naturaleza conde-
»nable de los pormenores, la que procura
»el resultado ? No, al contrario, lo em-
»peña ; y resplandeceria mucho mas si
»la grande y hermosa máquina se de-
»sembarazase de los vicios que la afean.

»Mas á pesar de todo, continuó, á
»donde puede conducir el sistema de los
»empréstitos y cuan peligroso es, por
»esta causa no los he querido en Francia,
»en donde estaban divididas las opinio-
»nes, siempre me opuse obstinadamente
»á ellos.

»En algun tiempo se dijo que yo no hacia
»ningun empréstito, por falta de crédito,
»y porque no encontraria prestamistas :
»es falso. Es preciso conocer muy poco
»los hombres y el agiotage, para imagi-
»narse que presentando probabilidades

»y los atractivos del juego, no se hubiera »encontrado el medio de llenar mis empréstitos: el verdadero inconveniente »fué que no entraba en mi sistema, que »yo habia tratado de establecerlo como »base fundamental, fijando por una ley »especial, el capital de la deuda pública »á lo que generalmente se habia pensado »fuese util á la prosperidad nacional: á »ochenta millones de renta para mi Francia en su mayor extension, y despues »de la reunion de la Holanda, que la enriqueció con veinte millones mas; cualquiera otra vendria á ser dañosa. ¿Y »que sucedió con este sistema? ¡Véanse »los recursos que he dejado despues de »mi separacion! La Francia á pesar de »tan gigantescos esfuerzos y tan terribles »desastres, ¿no es en el dia la mas próspera de todas las potencias? ¡Su hacienda no es la primera de toda la Europa? ¿A quien y á qué se le debe? Yo

»estaba tan lejos de querer gastar lo »porvenir, que me hallaba resuelto á de»jar un tésoro; ya lo tenia, y á él acu»dia para prestar á algunas casas de ban»ca, á algunas familias escasas de me»dios, y á otras personas empleadas cer»ca de mi.

»No solamente hubiera yo mantenido »con el mayor esmero la caja de amor»tizacion, sino que ademas contaba con »el tiempo tener algunas otras *cajas de* »*actividad*, cuyas sumas disponibles se »habrian consagrado á las mejoras y tra»bajos públicos. Hubiera habido la caja »de actividad del imperio, para los tra»bajos generales, y la de los departa»mentos para los trabajos locales y la »caja de actividad de los ayuntamientos, »para los trabajos municipales, etc.»

En fin, aun en otra ocasion decia chistosamente el Emperador: «la In»glaterra que tiene la reputacion de tra-

»ficar en todo, ¿por qué no se pondria »á vender la *libertad?* Se la comprarian »muy cara y sin hacerle bancarrota; pues »la libertad moderna, es esencialmente »moral, y no hace traicion á sus empe- »ños. Por egemplo, cuanto le pagarian »esos pobres españoles por libertarse del »yugo, bajo el cual acaban de *albardarlos!* »de nuevo. Estoy seguro que se les halla- »ria muy dispuestos: tengo pruebas de »ello; y en verdad que yo fui quien creé »esta disposicion: y todavía mi sandez »serviria de alguna utilidad. En cuanto »á los italianos, puede decirse que yo he »plantado en su pais unos principios que »no se desarraigaran jamas; siempre es- »tarán fermentando. ¿Qué cosa mejor »podia hacer en el dia la Inglaterra, »que dar impulso á esos hermosos movi- »mientos de la regeneracion moderna? »Asi es que tarde ó temprano será pre- »ciso que se cumpla. En vano, los sobe-

»ranos y la rancia aristocrácia multipli-
»can sus esfuerzos para oponerse ; es la
»roca de Syzife suspendida sobre sus ca-
»bezas ; pero algunos brazos se cansarán,
»y al menor descuido, todo se desplo-
»mará sobre ellos. ¿No seria mejor tra-
»tar amistosamente? Este era mi gran
»proyecto. ¿Y por qué se negará la In-
»glaterra á adquirir esta gloria y recoger
»la utilidad? Alli, lo mismo que en todas
»partes, nada es eterno : el ministro
»Castelreagh pasará, y el que le suceda,
»heredero de tantos yerros, vendrá á
»ser grande, aun cuando no aspire
»mas que á no continuarlos : todo su
»talento puede únicamente limitarse á
»dejar obrar y á obedecer á los vientos
»que reinen : al reves de Mr. Castelreagh
»no tiene mas sino ponerse al frente de
»las ideas liberales, en lugar de coligarse
»con el poder absoluto, y recibirá las
»bendiciones universales y se olvidarán

»todos los pecados de la Inglaterra. Esta »accion estaba á los alcances de un Fox, »mas Pitt no la hubiera emprendido: »por la razon de que en Fox el corazon »inflamaba al ingenio, en lugar de que »en Pitt el ingenio disecaba al corazon. »Pero ya oigo á un gran número de per»sonas, preguntarme como es que, yo »todo poderoso, no obré de este modo. »Por qué razon hablando tan bien, pude »obrar tan mal. Respondo á los que es»ten de buena fé, que el caso en nada »puede compararse: la Inglaterra puede »operar sobre un terreno cuyos cimien»tos desciénden á las entrañas de la tier»ra; el mio entonces solo descansaba »sobre arena: la Inglaterra reina en cosas »establecidas y yo tenia el enorme cargo »y la inmensa dificultad de establecerlas. »Yo purificaba una revolucion á despe»cho de las facciones abatidas: habia »reunido en haces todo lo bueno que

»estaba esparcido, y que debia conser-
»varse; pero tenia que cubrirlos con mis
»robustos brazos para salvarlos de los
»ataques de todos; y en aquella actitud
»vuelvo á repetirlo, es cuando yo era
»verdaderamente la causa pública: *El*
»estado era yo.

»El exterior armado atacaba mis prin-
»cipios, y precisamente en su nombre, me
»hostilizaba el interior en sentido opues-
»to. Luego, por poco que hubiera cedi-
»do, bien pronto me habrian hecho re-
»trogradar al tiempo del Directorio,
»habiendo yo sido el obgeto, y la Francia
»la víctima de un *contra brumario*. ¡No-
»sotros somos por naturaleza tan in-
»trigantes y tan habladores! Si aconte-
»cen veinte revoluciones, habrá otras tan-
»tas constituciones. Esto es de lo que mas
»se trata y lo que menos se examina. ¡Ah!
»¡Cuanta necesidad tenemos de crecer en
»esta bella y gloriosa carrera? ¿Nuestros

»aquel palacio: Vm. me hace estreme-
»cer. — Sin embargo, Señor, yo me
»presentaba como todos los demas, y
»nunca he pedido nada á V. M.—No digo
»eso, sino que Vm. debia arruinarse en
»menos de cuatro ó cinco años. — No
»Señor, yo habia pasado la mayor par-
»te de mi vida en la emigracion, cons-
»tantemente habia vivido con privacio-
»nes y me hallaba á corta diferencia lo
»mismo. Es indudable que á pesar de to-
»da mi economía, gastaba de siete á ocho
»mil francos de mi capital cada año;
»pero, Señor, ved aqui cual era mi cál-
»culo: era una cosa sabida, que cerca
»de V. M., teniendo celo y buena vo-
»luntad, tarde ó temprano se atraia uno
»su atencion, llegando á este punto, era
»segura la suerte. Yo podia aun correr
»este albur cuatro ó seis años, al cabo
»de los cuales, si no llegaban los benefi-
»cios, desechaba las ilusiones del mun-

»do, y me retiraba á un pueblo de pro-»vincia, con diez ó doce mil libras de »renta solamente; pero mucho mas rico, »sin embargo, que lo habia sido en Pa-»ris. — Pues bien, dijo el Emperador, »ese cálculo en su fondo no era malo, y »Vm. habia llegado, segun creo, al ins-»tante de la entrada de sus fondos. ¿No »habia yo empezado á hacer alguna cosa »por Vm.? — Si Señor. — Y si no ha »sido mas pronto ó mas brillante, la cul-»pa ha sido únicamente de Vm.; por no »haber sabido aprovecharse; ya creo ha-»bérselo dicho antes.»

Todo esto le hizo recordar las sumas cuantiosas que habia derramado entre sus allegados, y animándose por grados, dijo: «Dificil seria calcularlas; mas de »una vez me habrán acusado de prodiga-»lidad, y tengo el sentimiento de ver »que apenas se ha sacado ningun prove-»cho. Es preciso, ciertamente, que exis-

»ta una fatalidad de mi parte, ó un vi-
»cio en las personas elegidas. ¡ Qué con-
»trariedad ha debido ser la mia ! Pues
»no se creeria que todo esto fuese por
»vanidad personal. Yo no trataba de pre-
»sentar el espectáculo de un rey del
»Asia; no obraba por debilidad ni por ca-
»pricho : todo era cálculo en mí. Cual-
»quiera que fuera el interes que tomase
»por los individuos, nunca trataba de
»colmarlos de riquezas, por sus buenos
»ojos; mi intencion era fundar en ellos
»unas familias principales, verdaderos
»puntos de reunion, y en una palabra,
»estandartes en las grandes crisis nacio-
»nales. Los primeros oficiales que me ro-
»deaban y todos mis ministros, recibian
»con frecuencia de mí, independiente-
»mente de sus enormes sueldos, algunas
»gratificaciones y aun tambien vajillas en-
»teras de plata, etc. ¿ Y cuales eran mis
miras en estas profusiones ? Exigia que

»tuviesen casa, que dieran grandes co»midas y bailes brillantes: ¿y con qué in»tencion? con la de mezclar los parti»dos, cimentar la nueva union, suavizar »las antiguas asperezas, crear una socie»dad, costumbres y darles una divisa. »Si alguna vez he concebido grandes y »buenos pensamientos, iban siempre á »abortar en donde los depositaba, pues »ninguno de mis primeros personages, »jamas ha tenido una verdadera casa de »recibo. Si daban una comida, se con»vidaban entre sí, y cuando yo iba á sus »bailes faustosos, ¿qué encontraba en »ellos? toda mi corte de las Tuilerías: »ni una sola cara nueva, ni uno de »los ofendidos, de aquellos ariscos re»funfuñadores en secreto, á quienes un »poco de miel, hubiera atraido al nue»vo gremio político. No sabian ó no que»rian entenderme; por mas que me en»fadaba, quería y ordenaba, todo seguia

»su curso ordinario, porque yo no podia »estar siempre en todas partes; bien lo »sabian, y sin embargo se creia que yo »tenia una mano de hierro.»

El Emperador continua padeciendo, etc. —Alegria.—Comida pésima; vino execrable, etc.

12. — Dijo el Emperador en este dia que aun cuando no estaba mejor, habia resuelto despreciar su sufrimiento. Se vistió y pasó al salon, en donde dictó dos ó tres horas á uno de aquellos señores: era el tercer dia que no habia comido, y todavía no experimentaba la crisis qué buscaba y conseguia comunmente, con el régimen singular que se habia formado; continuaba tomando limonada cocida.

Aquel estado le hizo preguntar cuanto tiempo se podria vivir sin comer, y en

que proporcion podria la bebida suplir al alimento. Mandó traer la *Enciclopedia británica*, en donde se vieron cosas muy curiosas. Por egemplo, una muger que habia vivido cincuenta dias sin otro socorro que el de haber bebido dos veces, y otra que se habia mantenido durante el espacio de veinte dias, con agua sola.

Sobre el mismo particular dijo uno, que Carlos XII, por sola experiencia sobre sí mismo, y por pura contradiccion á los argumentos sostenidos en su presencia, se habia quedado cinco dias sin comer, al cabo de los cuales, se tragó un pavo y una pierna de carnero; pero que estuvo á pique de reventar. El Emperador se reia de esto y nos aseguraba, que no intentaba llegar hasta aquel punto, á pesar de lo incitativo que era el modelo.

Jugó una partida á los cientos con madama de Montholon, y entre tanto llegó

el gran mariscal. Acabado el juego, le preguntó el Emperador, como le hallaba. — Un poco amarillo, respondió Bertrand, y era muy cierto. En un momento de alegría, el Emperador echó á correr tras de él en el salon para agararle la oreja, diciéndole: «¡Como pues, »un poco amarillo! Vm. me insulta, se»ñor gran mariscal, Vm. quiere decir, »con eso que soy bilioso, lúgubre, atra»bilario, violento, injusto y tirano; va»mos déme Vm. esa oreja para que me »vengue, etc.»

Llegó la hora de comer, y el Emperador titubeó sobre si comeria con nosotros ó bien en su aposento: se decidió por lo último, por miedo, decia, de querer imitar á Cárlos XII, si asistia á nuestra mesa. Pero en verdad que le hubiera sido muy dificil, pues habiendo venido á sorprendernos en medio de nuestra comida, le dió lástima, dijo; y en efec-

to á penas teníamos materialmente que comer: aquella circunstancia le hizo tomar un partido violento. Desde aquel instante dió orden para que cada mes se vendiese una porcion de su plata labrada, para atender á las necesidades de nuestra mesa.

Lo peor de nuestra comida, y que dió motivo á una conversacion séria, era el vino, execrable algunos dias habia, y que nos incomodó á todos. Nos vimos en la precision de pedirlo al campo, esperando que nos cambiarian el que no podiamos beber.

En el curso de la conversacion, dijo el Emperador, que en la situacion en que se habia hallado, los químicos y médicos le habian suministrado una multitud de indicios y advertencias: que todos convinieron en indicarle el vino y el café, como los obgetos de que mas debia guardarse: todos igualmente opinaban,

que debia abstenerse de las comidas que tuviesen el menor olor de ajo; y por lo que hace al vino, que lo arrojase al instante si se sentia algun tanto *atolondrado* al probarlo. Como siempre habia tenido, decia, su mismo vino de Chambertin, rara vez se habia hallado en el caso de tener que desechar nada. Pero en el dia era distinto, y si hubiera de arrojar el vino á cada *atolondramiento*, mucho tiempo habria que no lo beberia, etc.

Poema de Carlomagno, del príncipe Luciano; crítica. — Homero.

16. — El tiempo era malísimo y estuvo así tres semanas ó un mes. Antes de la una me mandó llamar; el Emperador le hallé en su salon. Estaba muy cambiado y quiso trabajar, á cuyo efecto hice venir á mi hijo: hizo algunas correcciones en el artículo del Papa y otro

del Tagliamento; y á las cinco lo dejó. Estaba muy abatido, se le notaba que sufria mucho, y se retiró, diciendo que iba á ver si podia comer alguna cosa.

El Emperador volvió y nos halló en la mesa: dijo que habia comido mas que cuatro con lo que se habia reanimado.

Discurriendo cual seria la lectura del dia, pidió el *Carlomagno* de su hermano Luciano. Analizó el primer canto, ojeó otros, y despues de haber buscado el obgeto, el plan, etc.; observó: «¡Cuanto »trabajo, ingenio y tiempo perdido! »¡Qué desconcierto de ideas y de gusto¡ »Hé ahi veinte mil versos de los cuales »algunos pueden ser buenos, á lo que en»tiendo, mas sin colorido, sin obgeto y »sin resultado. Sin duda es una vocacion »forzada, en el autor, pero aun está mal »seguida. ¿Como es que Luciano, con »todo su talento, no ha tenido presente »que Voltaire, maestro de su lengua y de

»su poesía, en Paris, y en medio del san-
»tuario se perdió en una émpresa semejante? ¿Como pues, Luciano, pudo »creer que le era posible hacer un poema »frances, en pais extrangero y fuera de »la capital de la Francia? ¿Como pudo »aspirar á establecer una nueva rima? »Ha hecho una historia en verso y no un »poema épico. Este no puede soportar la »historia de un hombre; sino la de una »pasion ó un acontecimiento. ¡Y qué »asunto fué á tomar! ¡Qué nombres tan »bárbaros ha introducido! ¿Ha creido »realzar la religion que suponia abatida? »¿Seria acaso su obra un poema de reac- »cion? Por lo demas, se resiente del »suelo en que fué compuesto: no es otra »cosa mas, que unas oraciones de cléri- »gos, la dominacion temporal de los Pa- »pas, etc. etc. ¿Como ha tenido valor »para dedicar veinte mil versos á unos »absurdos que ya no son del siglo, á

»preocupaciones que no puede tener y á »opiniones que no pueden ser suyas? »Esto es prostituir su talento. ¡Qué des- »varío! ¡Y con cuanto mas provecho po- »dia haber trabajado! pues á la verdad »que tiene ingenio, facilidad y aplicacion, »y estaba en Roma con los mas ricos ma- »teriales á la mano, con conocimiento »de la lengua italiana, etc. No teniendo »nosotros una buena historia de Italia, »podia haberla compuesto: su talento, »su posicion, su conocimiento en los »asuntos y su rango pudieron hacerla »excelente y clásica; hubiera hecho un »verdadero presente al mundo literato, »haciéndose al mismo tiempo inmortal. »En lugar de esto, ¿qué viene á ser su »poema? ¿qué influirá en su reputacion? »Se sepultará en el polvo de las biblio- »tecas, y su autor obtendrá á lo mas al- »gunos artículos insignificantes y aun »[illegible] ridículos, en los diccionarios

»biográficos ó literarios. Si Luciano no »podia prescindir de su destino de ha»cer versos, habria sido mejor, mas de»coroso, mas conveniente y á propósito »en él, hacer cuidadosamente un ma»nuscrito, enriquecerlo con magníficas »láminas y con una hermosa encuader»nacion, y regalar de cuando en cuando »con ellos los ojos de las damas, dejar »alguna que otra vez copiar un trozo, »vinculando el todo en la familia con »una severa prohibicion de que nunca »se imprimiesen. Entonces alabariamos »su prudencia.»

Despues poniéndolo á un lado, dijo: «Pasemos á la *Iliada*.» Mi hijo fué á buscarla, y el Emperador nos leyó algunos cantos, deteniéndose á menudo, para admirar con despacio. Sus observaciones eran preciosas, abundantes y singulares. Se interesó tanto que eran ya las doce y media de la noche cuando preguntó la hora para retirarse.

Todavia el poema de Carlomagno, etc — Los hermanos y hermanas del Emperador autores.

15. — En este dia aprovechó el Emperador un instante de buen tiempo para irse á pasear hácia el jardin de la compañía. Estando solo con él, me dediqué á hacerle algunas pinturas sobre las que permití sugerirle varias ideas: las desechó riéndose de mí. Vamos, querido amí»go, me dijo, Vm. es un bobo, y no se »enfade del epiteto, repuso inmediata»mente, pues no lo prodigo á todos; en »mi boca equivale siempre á un título de »hombre de bien.

Despues de comer obstinándose en tratar nuevamente del poema de Luciano, que habia recorrido la noche anterior; empleó el tiempo como los dos dias precedentes, entre Carlomagno y Homero,

que tomó de nuevo para adquirir fuerzas, dijo chistosamente, volviendo á empezar la censura del príncipe Luciano y la admiracion del buen Homero.

Interrumpida la lectura, dijo uno á Napoleon, que Luciano tenia pronto otro poema semejante á su Carlomagno; este era *Cárlos Martel en Córcega*, y ademas una docena de tragedias. « ¡Pe»ro ese hombre tiene el diablo en el »cuerpo! » exclamó el Emperador.

Tambien le digeron que su hermano Luis habia hecho una novela. « Podrá »haber ingenio en ella, aseguró, y gra»cia; pero no dejará de tener su metafí»sica sentimental y sus boberías filosófi»cas. »

Otro le dijo que la princesa Elisa habia hecho tambien otra novela, cosa que él no sabia. En fin, hasta la princesa Paulina digeron que tenia la suya. » ¡Oh! »en cuanto á esta, repuso el Emperador,

»será la heroina pero no la autora; segun »eso solo Carolina dejaria de serlo. Asi »es que en su infancia se la consideraba »como la tonta y la cenicienta de la fa»milia; pero ha cambiado enteramente; »ha sido una excelente moza y muy ca»paz, etc.

No teniamos nada para almorzar. — Sofisma de jovialidad. — Sobre las imposibilidades, etc.

16. — Por la mañana, á la hora acostumbrada, mi criado vino á decirme que no habia café, azucar, pan, ni leche para almorzar. La víspera, poco antes de comer, pedi un bocado de pan y no pudieron dármelo: de este modo se nos disputaba la comida; los que estaban á larga distancia de nosotros, dificilmente podrán creerlo; sin embargo es la pura verdad.

El tiempo se habia puesto bueno, y

como hacia ya tiempo que el Emperador no habia salido, se fué al jardin, y despues pidió el coche para dar nuestro paseo ordinario, interrumpido algun tiempo habia. Paseándose, Madama de Montholon se puso á echar de su lado á un perro que la seguia. — « ¿A Vm. no le gustan los » perros, Señora? — No, Señor. — Si á » Vm. no le gustan los perros, no le gusta » la fidelidad, Vm. no querrá que le sean » fieles, luego Vm. no lo es tampoco. — » Pero...... pero...... decia ella. — » Pero...... pero..... decia el Emperador. ¿Cual es el vicio de mi lógica? » Destruya Vm. mis argumentos, si puede, etc. etc. »

Uno de nosotros se habia ofrecido hacia ya unos dias para no sé que manipulacion, Napoleon le preguntó si habia obtenido al fin su resultado. El otro contestó que no tenia los utensilios necesarios. « *Verdadero hijo del Sena*, decia el

» Emperador, perfecto papanatas de Paris
» que se crée siempre en las Tuilerias. La
» verdadera industria no consiste en ege-
» cutar las cosas, con todos los instru-
» mentos conocidos; el arte y el ingenio
» estriba en conseguir el fin, á pesar de
» las dificultades, haciendo que poco ó
» nada sea *imposible*. Mas, á parte de esto,
» ¿de qué se queja Vm.? De que no tiene
» una mano de almirez, cuando el primer
» palo de silla puede servir de tal. ¿De
» que le hace tambien falta el mortero?
» Todo cuanto nos rodea puede reempla-
» zarlo; esta mesa es un mortero; una
» caserola ó una caldera lo son tambien;
» mi gamella...... ó la de cualquiera
» otro surtirán el mismo efecto; pero ver-
» dadero hijo del Sena, repitió, se cree
» siempre en la calle de San Honoré, en
» medio de los mercados de Paris. »

El gran mariscal dijo entonces á Napo-
leon, que aquella circunstancia le recor-

daba la primera vez que tuvo el honor de conocerle y las primeras palabras que le oyó. Bertrand pasaba en comision á Constantinopla en la época de la campaña de Italia, y Napoleon, general en gefe, viendo que era oficial de ingenieros, le hizo un encargo relativo á su profesion. « Fué á »corta distancia del cuartel general, decia »el gran mariscal, y á mi vuelta vine á »deciros que creía la cosa imposible. A »lo que V. M., á quien me dirigi tem»blando, me dijo con afabilidad. — Mas »veamos eso, caballero, ¿de que modo »lo ha hecho Vm.? Lo que es imposible »para Vm. tal vez no lo sea para mí. — »En efecto, continuaba Bertrand, á cada »uno de mis medios V. M. decia : lo creo, »y substituia otros. Por manera que en »pocos momentos fué preciso conven»cerme, no sin conservar un profundo »sentimiento, y algunos recuerdos que »me han servido despues.»

El Emperador se retiró temprano y manifestaba estar extremadamente mudado, sobre todo despues de su última indisposicion: se debilitàba visiblemente, y tanto que un par de vueltas en el jardin le fatigaban.

Cálculo estadístico. — Poblacion de los israelitas en Egipto, etc.

17 *y* 18. — Habiéndose compuesto el tiempo, el Emperador dió algunos paseos en el jardin; todos nosotros estábamos con él, y al cabo de un rato se dirigió hácia el bosque.

De vuelta de paseo todos almorzamos debajo de la tienda, y como el tiempo estaba muy hermoso le vino el deseo de dar inmediatamente un paseo en coche.

A cosa de las cinco de la tarde me mandó llamar á su gabinete, para que le ayudase á buscar algunos documentos

sobre el interior del Africa, en las inmediaciones de Egipto. Este era un punto que le ocupaba ya desde algunos dias, con la idea de que sirviese de obgeto á algunos capítulos especiales de su campaña en aquellos paises.

Se hallaba algo malo y me dijo que mandara hacer té; que es una cosa extraordinaria para él. Poco despues vino el gran mariscal á reemplazarme para escribir lo que le dictaba, como tenia de costumbre.

Despues de comer se dedicó, materialmente con la pluma, en buscar la relacion entre el suelo productivo de Egipto y el de la Francia, y halló que el de ésta era mucho mas inferior que el de aquel. Este cálculo se hacia sobre los tanteos estadísticos de la Francia por Peuchet: el Emperador quedó satisfecho del resultado, pues tal habia sido antes su opinion. De ahi se pasó naturalmente otros á muchos

obgetos; la poblacion probable y posible del Egipto en los tiempos antiguos: cual pudo ser la de los israelitas, si en el poco tiempo que permanecieron cautivos pudieron acrecentarse hasta el punto que nos dice la escritura, etc.; y el Emperador me dijo que al dia siguiente le llevase mi opinion estadística sobre este asunto. En fin, se habló mucho sobre las probabilidades de la vida humana, cuyos estados se hallaban en la misma obra de Peuchet; y Napoleon dijo sobre la materia cosas muy profundas, enteramente nuevas y picantes.

El dia siguiente 18, le llevé el cálculo que formé, sobre el problema que me habia dado la víspera. No le sorprendió poco el resultado, y le suministró infinitas disertaciones: hé aqui el resumen que le presenté.

Los israelitas permanecieron dos cientos años en Egipto: pueden contarse diez

generaciones en este intervalo. Se casaban jóvenes, y sobre todo tenian muchos hijos. Supuse pues á los hijos de Jacob y á los doce gefes de tribus, todos casados, supuse tambien, por un momento, que cada uno de ellos tuviese el mismo número de hijos ó seis parejas, y asi de lo demas. La décima generacion, entonces, se hallaba compuesta de 2,480,064,704 individuos. Pero la generacion que precede á esta décima, y aun todavía otras mas vivian al mismo tiempo. ¡Y entonces qué espantosa cantidad de números! No obstante resulta de aqui que puede disminuirse sin temor el número de hijos y descontar las muertes, los accidentes, las epidemias, etc., etc. Y ademas siempre sera cierto que un cálculo no puede ser suficiente dato para contradecir lo que dijo Moises. El Emperador se ocupó algun tiempo en buscar y extraer todos los vicios de mi raciocinio y se entretuvo infinito.

Durante la comida se egercitó en el ingles, haciendo preguntas á mi hijo, en aquella lengua, sobre la historia y la geometría. Despues de comer tomó la *Odisea*, cuya lectura sirvió de completa satisfaccion para todos.

El Emperador cambia y se debilita. — Se rompe la plata labrada.

19. — Napoleon pasó la mañana en reunir todavía algunas notas sobre el origen del Nilo, en los diversos autores modernos, Bruce, etc. : yo le ayudé en este trabajo. A las tres se vistió y salió; el tiempo era hermoso, por lo que pidió el coche, introduciéndose á pié en los bosques, y anduvimos hasta la vista de la peña de las señales : me hablaba de su posicion moral y de ciertas contrariedades que debian causarle algunas circunstancias de nuestra misma intimidad.

El coche nos alcanzó con Mr. et Mma. de Montholon. El Emperador lo celebró diciendo que ya no se sentia capaz de volver á pié á su habitacion : se iba debilitando visiblemente, andaba ya despacio, arrastrando los pies, y sus facciones se alteraban. Su semejanza á José vino á ser tal, que pocos dias antes yendo á buscarle al jardin, habria jurado que era el mismo José, hasta el momento en que me aboqué con él. Otros lo advirtieron como yo, lo que nos hizo decir que si creyesemos en la *prevision* ó en la *doble vista* de los ingleses, debiamos esperar alguna cosa extraordinaria sobre uno de los dos.

A nuestra vuelta consideró el Emperador un grand cesto de plata labrada rota, que al dia siguiente tenia que enviarse á la ciudad. En lo successivo debia servir para atender al complemento indispensable de nuestra subsistencia de

un mes, segun las últimas reducciones del gobernador.

Bien sabiamos que algunos capitanes de la campañía habian ofrecido hasta cien guineas por un plato, solamente, cuya circunstancia hizo que Napoleon ordenase se limaran los escudos y se rompiesen las piezas, de manera, que no presentasen ningun vestigio que pudiese mostrar que le habian pertenecido: encima de las tapaderas habia unas águilas macisas, y esta es la única cosa que quiso que se respetara y las hizo poner á parte. Aquellos últimos restos eran el obgeto del deseo de cada uno de nosotros, pues los considerábamos como otras tantas reliquias. Estas sensaciones eran algun tanto religiosas é interesantes.

Cuando fué preciso poner el martillo sobre aquella plata, causó una grande y universal conmocion en toda la comitiva. ¡ Con cuanto sentimiento pusieron las

manos sobre unos obgetos que tanto veneraban ! Esta accion los atormentaba, y fué para ellos un sacrilegio y una desolacion : algunos lloraron.

Despues de comer continuó el Emperador la *Odisea*, y en seguida leyó algunos pasages de la *navegacion* de Esmenard, cuyos versos le agradaron.

Nueva vejacion del gobernador. — Topografía de Italia.

20. — Antes de las ocho, el Emperador me hizo dispertar para que fuese en coche á reunirme con él en los bosques, en donde ya se estaba paseando con Mr. de Montholon, hablando de los gastos de la casa. Al fin, el tiempo se puso bueno y aquella fué una mañana deliciosa de primavera, por lo que dimos dos paseos.

Nueva vejacion increible del goberna-

dor. En aquel mismo dia nos prohibió vender la consabida plata rota, á cualquiera que fuese excepto la persona que nos señaló. ¿Cual pudo ser su intencion en aquella nueva violacion de toda justicia? La de ultrajarnos mas y cometer un nuevo abuso de autoridad.

El Emperador almorzó debajo de la tienda y dictó inmediatamente despues, al general Gourgaud, la batalla de Marengo; me dijo que me quedase para escuchar: á eso del medio dia se retiró para ver si podia descansar.

A las tres volvió á mi cuarto, y nos halló á mi hijo y á mí, ocupados en comprobar á Arcole. Napoleon sabia que era mi capítulo predilecto, y que yo lo llamaba un canto de la *Iliada*: lo quiso volver á leer y dijo, que en efecto le gustaba mucho.

En un principio hacia leer sus capítulos por la noche; pero habiéndose dor-

el *Nievendip*, establecimiento marítimo creado por Napoleon en Holanda, que le era absolutamente desconocido.

Despues de comer se habló de lo que el Emperador llamaba el famoso crédito de Santo Domingo, cuya conversacion suministró algunos pormenores muy interesantes.

De esto pasó Napoleon á diversos ramos de la administracion pública, defendiendo la institucion de los inspectores de revistas. «Por su medio solamente, »decia, puede estarse seguro del nú me»ro de los hombres presentes; con ellos »solos puede obtenerse esta ventaja, que »es inmensa en el servicio. No menos »ventajosa era su administracion, á pesar »de algunos cortos abusos que tenia en »los pormenores. Pero en grande, es co»mo debia juzgarse la institucion, y es »preciso preguntar cuantos otros habria, »si no existiese. Por lo que respeta á

»mí, decia, debo asegurar, que hacien-
»do el cotejo de los gastos, esto es, cal-
»culando cuanto hubiera debido costar
»el total del egército, segun el sueldo
»que á cada uno correspondia, la suma
»que el tesoro pagaba siempre era infe-
»rior al resultado de aquel cálculo. Lue-
»go, pues, habia una economía en el
»egército. ¿Qué mejor resultado podrá
»pedirse?»

El Emperador citaba la administracion de la marina como la mas regular y mas pura: habia llegado á ser, decia, una obra maestra, y en eso habia consistido el gran mérito de *Decrés*.

Al mismo tiempo creia que la Francia era demasiado grande, para un solo ministro de la administracion de la guerra. «Es superior á las fuerzas de un hom-
»bre, decia; se han concentrado en Pa-
»ris las decisiones, las compras, los
»abastos, las hechuras, y subdividido la

»correspondiencia del ministro en tantas »personas, cuantos son los negocios y »cuerpos. Al contrario, era preciso reu- »nir las correspondencias, y subdividir »los recursos, transportándolos á sus »mismas localidades. Asi es que, muy »detenidamente, habia yo meditado el »proyecto de formar en Francia, veinte »ó veinte y cinco distritos militares, que »hubiesen compuesto otros tantos egér- »citos, y no hubiera habido mas que el »mismo número de oficinas de cuenta y »razon, etc.: habrian sido veinte minis- »tros subalternos, para lo que hubiera »sido preciso hallar veinte hombres hon- »rados; por manera que el ministro solo »tendria, de este modo, veinte corres- »pondencias. El todo se hallaria concen- »trado y la máquina marcharia con rapi- »déz, etc. etc.

»*Gaudin* y *Mollien*, continuaba, eran »de opinion que los recibidores genera-

»les, los empleados de hacienda y los
»contratistas, fuesen hombres de mucho
»caudal, para que pudiesen sacar gran-
»des provechos y los confesasen á fin de
»que tuviesen que perder tanto los inte-
»reses como el honor: no puede ser de
»otro modo, decia, si se quiere sacar de
»ellos en caso necesario, apoyo, servi-
»cios y crédito.

»Otro partido Defermont, Lacuée y
»Marbois pensaban, al contrario, que
»nunca podrian ser demasiado minucio-
»sos, económicos, ni rigorosos. Yo me
»inclino por la opinion de los primeros,
»persuadido que las miras de los últimos
»son muy pequeñas, que solo son con-
»venientes para un regimiento y no pa-
»ra un egército; para una familia parti-
»cular y de ningun modo para un gran-
»de imperio: yo les llamaba los purita-
»nos ó los jansenistas del oficio.

El Emperador decia que el ministro

del tesoro y el ministro secretario de estado, eran dos instituciones suyas, de las que mas se felicitaba y que mas útiles le habian sido.

«El ministro del tesoro, decia, con»centraba todos los recursos y compro»baba todos los gastos del imperio; y »del ministro secretario de estado, ema»naban todas las disposiciones. Era el »ministro de los ministros, el que daba »la vida á todas las acciones interme»diarias; el gran secretario del imperio, »que firmaba y legalizaba todos los do»cumentos. Con la ayuda del primero, »me informaba á cada paso del estado de »de mis asuntos, y por medio del segun»do mis decisiones y voluntades llega»ban á todas partes: tan bien, que con »solo los dos ministros y una docena de »escribas, me habria atrevido á gober»nar el imperio desde el interior de la »Iliria ó desde las márgenes del Niemen,

»con la misma facilidad que en mi ca-
»pital.»

El Emperador no podia persuadirse que los asuntos marchasen bien con los cuatro ó cinco secretarios de estado de nuestros reyes.. «Asi es que ¿ como iban? »decia. Todos concebian, egecutaban y »y se comprobaban recíprocamente. Los »unos podian egecutar al rebes de los »otros, pues los reyes se contentan con »firmar los proyectos, al margen, ó le»galizando solamente el cuaderno de sus »disposiciones; los secretarios de estado »pueden egecutar ó alterar á discrecion, »sin peligro material de responsabilidad. »Añádase á esto que tenian la *estampilla*, »que quisieron hacerme adoptar, y que »desechě como el arma de los *reyes hol»gazanes*. De entre aquellos ministros, los »unos podian tener dinero en arcas, y »los otros no poder marchar por no te»ner un real. Carecian enteramente de

»concentracion que pudiese coordinar »sus movimientos, fijar sus necesidades »y arreglar su egecucion.»

El Emperador observaba que el ministro secretario de estado era cabalmente el verdadero lote de los príncipes incapaces, si bien delicados, los cuales necesitarian de un primer ministro aun que no quieren darlo á entender. «Mi minis»tro secretario de estado, decia, si hu»biera sido nombrado presidente del »consejo de estado, desde aquel mo»mento seria verdaderamente un primer »ministro en toda la extension de la pa»labra; pues habria expuesto sus ideas en »el consejo para que se convirtiesen en »leyes, y habria firmado en nombre del »príncipe. Por lo tanto con las costumbres »de la primera raza, decia, ó respecto de »algunos príncipes venideros, mi primer »secretario de estado, no habria dejado »de ser en poco tiempo, *el alcaide del »lacio.*»

Sobre la sensibilidad. — Sobre los occidentales y los orientales; sus diferencias, etc.

23. — En su cuarto por la mañana, Napoleon entre una multitud de obgetos, habló tambien de los sentimientos, las sensaciones y la sensibilidad; y citando á uno de nosotros que no pronunciaba el nombre de sú madre sin llorar, dijo: — «¿Pero eso no le es peculiar? ¿es acaso »general? ¿Vm. siente lo mismo, ó yo »soy desnaturalizado? — Por lo que ha»ce á mí, seguramente quiero á mi ma»dre con todo mi corazon; no hay cosa »que yo no hiciera por ella, y sin embargo »si llegara á saber su muerte no creo que »pudiese expresar mi dolor con una la»grima, y no afirmaré que fuese lo mis»mo por la pérdida de un amigo, la de »mi muger ó la de mi hijo. ¿Estará esta

» diferencia en la naturaleza? ¿ Cual puede » ser el motivo? ¿ Será acaso que la razon » me ha acostumbrado con tiempo á es- » perar la muerte de mi madre, que está » en el orden natural de las cosas, mien- » tras que la de mi muger ó mi hijo es una » sorpresa, un rigor de la suerte contra la » cual no puedo menos de resistirme? Y » despues de todo, con mas franqueza, » ¿ será quizás la inclinacion natural al » egoismo? Yo pertenezco á la primera, » y los otros son mios. » y sobre el mismo asunto multiplicó los motivos con su acostumbrada profusion, siempre variada; pero los he olvidado yá.

Es cierto que amaba tiernamente á su muger y á su hijo. Las personas que han servido cerca de él nos hacen conocer ahora hasta que punto se entregaba á las sensaciones de familia, y nos demuestran algunas particularidades de su carácter, que estábamos muy lejos de sospechar.

Varias veces estrechaba en los brazos á su hijo con una efusion tal, que era capaz de ahogarlo; pero lo mas frecuente, era expresarle su ternura, contrariándolo ó chasqueándolo. Si lo encontraba en los jardines le tiraba los juguetes. Todos los dias se lo llevaban á almorzar, y rara vez dejaba de embadurnarlo con lo primero que encontraba en la mesa. En cuanto á su muger no habia dia que no se hablase de ella en Santa Helena, en sus conversaciones privadas; por poco que se prolongasen tarde ó temprano, de un modo ó de otro venia á entrar por algo, ó enteramente en el asunto de la conversacion. No hay circunstancia, por pequeña que sea, respecto de la Emperatriz, que no me la haya contado cien veces. Penelope, despues de diez años de ausencia, creyó no poder asegurarse de la verdad, sino haciendo á Ulises algunas preguntas á que el solo podia responder; pues bien, yo

creo que no tendria dificultad en presentar mis credenciales á María Luisa.

Hablando el Emperador, en la conversacion de la noche, de las naciones, decia, que solo reconocia dos pueblos, los orientales y los occidentales.

»Los ingleses, los franceses, los ita»lianos, etc., dijo, no componen mas »que una familia; los occidentales tie»nen las mismas leyes, costumbres y »usos: difieren de los orientales sobre »todo en los dos grandes puntos de las »mugeres y criados. Los orientales tie»nen esclavos, y nuestros sirvientes son »libres; los orientales encierran sus mu»geres, y las nuestras tienen parte en »nuestros derechos; aquellos tienen ser»rallos, y jamas en ningun tiempo se ha »admitido la poligamia en el occidente. »Existen todavía una multitud de oposi»ciones, añadia; dicen que se han con»tado hasta ochenta: esto es lo que ver-

»daderamente se llama dos pueblos di-
»ferentes.

»Todo está calculado entre los orien-
»tales para poder guardar á sus mugeres
»y asegurarse de ellas : toda nuestra vida
»por el contrario, en el occidente, está
»arreglada para que no podamos guar-
»darlas, y nos veamos precisados á ate-
»nernos á lo que ellas mismas nos digan.
»Todo hombre entre nosotros, so pena
»de idiotismo, debe tener una ocupa-
»cion ; luego cuando se ocupe de sus ne-
»gocios ó desempeñe sus funciones,
»¿quien vigilará por él? Es pues preciso
»entre nosotros contar sobre el honor de
»las mugeres, y entregarse á una ciega
»confianza.

»En cuanto á mí, decia chistosamen-
»te, he tenido mugeres y queridas, y
»nunca me vino á la idea una vigilancia
»particular, porque pensaba que esto era
»como los puñales y el veneno en cier-

»ta posicion, cuyas precauciones eran
»un tormento superior al peligro que se
»queria evitar: mejor es abandonarse á
»su destino.

« Por lo demas, decidir cual es el me-
»jor método, entre el nuestro y el de
»los orientales es cosa muy complicada;
»no por Vms, Señoras, decia echando
»una mirada maligna sobre las que es-
»taban presentes; pero lo que hay de cierto
»en el asunto, es que se engaña mucho
»el que suponga que los orientales dis-
»frutan menos y no son tan felices co-
»mo en nuestro occidente. Entre ellos
»los maridos quieren mucho á sus mu-
»geres y estas les pagan en la misma mo-
»neda. Tienen tanta variacion de goces
»como nosostros, por diferentes que
»sean; pues todo es convencion entre
»los hombres y hasta en algunos senti-
»mientos que parecen propiedad exclu-
»siva de la naturaleza, y al fin aquellas

»mugeres tienen sus derechos particula»res como las nuestras. No se las puede »impedir que vayan al baño público, asi »como entre nosotros no se las puede »prohibir que vayan á la iglesia, y las »unas abusan tanto como las otras. Ya »ven Vms. que la especie humana, su »imaginacion, sus sentimientos, sus vir»tudes y sus faltas, recorren un círculo »muy estrecho. Todo se compensa, á »muy corta diferencia, en todas partes.

El Emperador siguió hablando de cosas semejantes hasta media noche.

Sobre la Holanda y el Rey Luis. — Malhumor y quejas contra los suyos. — Alta política, etc.

24. — El Emperador me hizo llamar al medio dia á su gabinete: hablamos de la cadena de autores que han comunicado la luz histórica desde los prime-

ros tiempos hasta nuestros dias, lo que le movió á leer en el primer estado del Atlas histórico, la parte que presenta el conjunto y resumen.

La conversacion recayó sobre la variedad de la especie humana: mandó á buscar el Buffon para aclarar este punto que le detuvo bastante tiempo.

Despues de vestirse, mandó llamar á mi hijo y trabajamos tres ó cuatro horas en los capítulos de la campaña de Italia.

Acabado este trabajo, la variedad de los obgetos llevó la conversacion á los asuntos de Holanda y del Rey Luis sobre los cuales dijo cosas muy notables.

« Luis tiene talento, decia, y no es » malo; pero aun con estas buenas cua- » lidades, un hombre puede hacer mil » necedades y causar mucho mal; Luis » se inclina naturalmente al desvarío y á » la extravagancia y ademas está viciado

»con la lectura de Rousseau. Aspirando
»á una reputacion de sensibilidad y de
»beneficencia , incapaz por sí mismo de
»grandes combinaciones, y á lo mas sus-
»ceptible de algunos pormenores locales,
»solo se ha mostrado un rey prefecto.

»Desde su llegada á Holanda , nada
»imaginó de tan grande y digno , como
»que se dijera que no era mas que un
»buen holandes : se entregó enteramente
»al partido ingles, favoreció el contra-
»bando y se puso en relacion con los
»enemigos. Fué preciso vigilarle al ins-
»tante , y aun amenazarle : refugiando
»entonces su falta de carácter en una te-
»meraria obstinacion, y suponiendo que
»un escándalo fuese gloria, huyó del
»trono declamando contra mí, contra mi
»insaciable ambicion, mi intolerable ti-
»ranía, etc. ¿Qué me quedaba que ha-
»cer? Habia de dejar la Holanda á dis-
»posicion de nuestros enemigos? ¿Con-

»vendria nombrar otro rey? Pero debe»ria esperar de él mas que de mi herma»no? ¿Todos cuantos yo elevaba no »obraban poco mas ó menos lo mismo? »¿Hube pues de reunir la Holanda, y sin »embargo esta providencia causó el peor »efecto en Europa, y no ha contribui»do poco á preparar nuestras desgra»cias.

»A Luis se le encargó que tomase por »modelo á Luciano, y este habia obrado »poco mas ó menos lo mismo; y si bien »despues se arrepintió noblemente, es»to habrá podido honrar su carácter, mas »no componer los asuntos.

»A mi vuelta de la isla de Elba, en »1815, me escribió Luis desde Roma una »carta muy larga, enviándome una em»bajada: aquel era su tratado, decia él, »y sus condiciones para venir cerca de »mí. Yo respondí que de ningun modo »estaba en el caso de hacer tratados con

»él; que si venia seria bien recibido, »puesto que era mi hermano.

»¿Quien creerá que una de sus condi- »ciones era la libertad de poderse divor- »ciar de Hortensia? Yo traté muy mal al »negociador por haberse atrevido á en- »cargar de semejante absurdo, como si »tal cosa fuera negociable. Nuestros es- »tatutos de familia lo prohiben expresa- »mente: que volviera á llamar á Luis, la »política y la moral no se oponian me- »nos y era ademas asegurarle que por »todas aquellas causas reunidas, si por »él perdian sus hijos su condicion, me »interesaria yo por ellos mas que por »él mismo, á pesar de ser mi hermano.

»Tal vez se hallará una disculpa de los »desvaríos de Luis, con el cruel estado »de su salud; la edad en que se agravó, »las circunstancias atroces que lo han »causado y que deben haber influido »singularmente en su moral; estuvo á

»pique de morir, y despues le quedaron
»terribles achaques : se ha quedado casi
»tullido de un lado.

»De todos modos, continuó, es muy
»cierto que poco me han ayudado los
»mios, y que han hecho mucho mal á
»mí y á la gran causa. Muchas veces
»se ha exagerado la fuerza de mi carác-
»ter; yo no he sido mas que una mari-
»ca, sobre todo para con los mios, y
»muy bien lo saben ellos : pasado el pri-
»mer ímpetu, su perseverancia y obsti-
»nacion vencian siempre ; y á la larga
»han hecho siempre de mí lo que han
»querido : grandes faltas me han hecho
»cometer. Si en lugar de esto cada uno
»de ellos hubiera dado un impulso co-
»mun á las diversas masas que les confié,
»hubiéramos llegado hasta los polos, to-
»do se habria plegado ante nosotros. y
»habríamos cambiado la faz del mundo.
»¡La Europa gozaria de un nuevo siste-

»ma, y todos nos bendecirian!..... Yo
»no he tenido la dicha de Gengis-kan con
»sus cuatro hijos, que no conocian otra
»rivalidad sino la de servirlo bien. Nom-
»braba yo un rey, al instante se creia *por*
»*la gracia de Dios*, tan contagiosas son
»las palabras. Ya no era un lugar tenien-
»te sobre el que yo debia descansar, sino
»un enemigo de mas, en quien debia
»pensar. Sus esfuerzos no se dirigian á
»ayudarme sino á hacerse independien-
»te. Todos tenián al punto la mania de
»creerse adorados y preferidos á mí: yo
»era en lo succesivo quien les incomo-
»daba y ponia en peligro. Los *legítimos*
»no pudieran haber olvidado de otro
»modo, y no se hubieran asegurado mas.
»¡ Pobre gente! pues desde el punto que
»sucumbí, han podido convencerse que
»no merecerian ni aun el honor de que
»el enemigo exigiese ó mencionase su
»destitucion; y aun en el dia si incomo-

»dan á sus personas y si se les atormen-
»ta por parte del victorioso, no es qui-
»zás sino por la necesidad de hacer sentir
»el peso de su poder, ó por la bajeza de
»egercer la venganza. Si los mios inspi-
»ran un gran interes á los pueblos, es
»porque dependen de mí, y de la causa
»comun; pero que ninguno de ellos pue-
»da causar un movimiento, no hay que
»temerlo; y sin embargo á pesar de la
»filosofía de varios de los mismos (pues
»algunos de ellos aseguraban haberse
»visto *obligados* á reinar, asi como los
»gentileshombres del arrabal de San
»German), su caida ha debido serles
»muy sensible; se habrian acostumbrado
»muy luego á las dulzuras del empleo:
»todos han sido verdaderamente reyes;
»todos al abrigo de mis trabajos, han
»gozado de la dignidad real; yo solo no
»he conocido mas que el peso. Constan-
»temente he soportado al mundo sobre

»mis hombros, y este oficio, á la verdad,
»no deja de tener sus fatigas, etc.

»¿ Se me dirá, quizás, por qué me obs-»tinaba en crear estados y reinos? Las »costumbres y la situacion de la Europa »lo exigian asi. Cada nueva reunion á la »Francia acrecentaba las alarmas de to-»dos. Hacia poner los gritos en el cielo »y alargaba mas y mas la paz. ¿ Pero en-»tonces, dirán, por qué tuvo la vanidad »de colocar á cada uno de los suyos so-»bre un trono? pues el vulgo no habrá »visto mas que eso. ¿ Por qué no eligió »mas bien entre los simples particulares »mas capaces? A esto respondo que no »sucede lo mismo con los tronos heredi-»tarios como con una simple prefectura. »La capacidad y los medios son tan co-»munes hoy en la multitud, que es ne-»cesario guardarse bien de promover la »idea del concurso. En la agitacion en »que nos hallamos sumergidos, y con

to, Plinio, Estrabon, etc., sin otra interrupcion que la del momento de almorzar: el Emperador dictó materialmente, durante todo lo largo de los dias.

Comiendo, nos dijo que se hallaba mucho mejor, sobre lo cual le advertimos que sin embargo, hacia tiempo que no salia y trabajaba ocho, diez y doce horas cada dia.

« Esa es la causa, decia; el trabajo es » mi elemento, he nacido y me hallo for» mado al intento: he conocido los lími» tes de mis piernas y los de mis ojos; » pero nunca los de mi trabajo; asi es » que no sé como no he matado á ese po» bre de Méneval; me he visto precisado » algunas veces á hacerlo relevar y poner» lo en convalecencia cerca de María » Luisa, en donde su empleo, era un » verdadero beneficio simple. »

Ademas, añadia que si estuviese en Europa y sosegado, su gusto seria escri-

bir la historia: se quejaba del modo miserable con que la veia escrita en todas partes: las continuas investigaciones que hacia todos los dias, se lo patentizaban mucho mas de lo que él habia sospechado.

«Nosotros, decia, no tenemos buena »historia, ni hemos podido tenerla. La »mayor parte de los pueblos de Europa »están en el mismo caso: los frailes y los »privilegiados, esto es, la gente de los »abusos, los enemigos de la verdad y de »las luces, han egercido solamente este »monopolio: ¡nos han contado lo que han »querido, lo que les ha agradado; ó mas »bien todo lo que está en su interes, en »sus pasiones ó en sus miras!»

Decia que habia concebido el proyecto de reformarlo todo, en cuanto fuese posible; para lo que habria nombrado comisiones del Instituto ó de algunos sabios indicados por la opinion pública,

para revisar, criticar y reproducir nuestros anales. Del mismo modo hubiera querido acompañar los autores clásicos, con que se alimenta nuestra juventud, de comentarios capaces de ponerlos en harmonia con nuestras instituciones modernas. Un buen programa, el concurso y algunas recompensas, y se hubiera obtenido todo, decia; nada podia resistir á semejantes medidas.

Repetia, ademas, lo que creo haber ya dicho; que su intencion habia sido escribir los últimos reinados de nuestra monarquía, sobre los documentos oficiales, sacados de los archivos de nuestras relaciones exteriores. Tambien queria imprimir una multitud de manuscritos antiguos y modernos de la biblioteca imperial, coordinándolos en cuerpos de doctrina, ora en las ciencias, ora en la moral, en la literatura y las artes, etc.

Tenia aun, segun aseguraba, otros

muchos planes por este estilo. ¡Y qué época se presentó nunca tan favorable para semejantes ideas y su complemento! ¿Cuando se hallará en la misma persona, el ingenio para concebirlas y el poder de egecutarlas?

Para obviar, sin ofender á la misma libertad de imprenta, ni al diluvio de malas obras de que el público está inundado, preguntaba: qué inconveniente hubiera podido presentar un tribunal de opinion, compuesto de miembros del instituto, de los de la universidad y de delegados del gobierno, que hubiésen considerado las obras bajo el triple objeto de las ciencias, de las costumbres y de la política. Hubieran hecho la crítica y designado el grado de su mérito: habria sido la antorcha del público, la garantía, el caudal y la emulacion de las buenas obras, la ruina y anonadamiento de las malas.

Todas nuestras noches las consagrábamos á la lectura de la *Odisea* que nos deleitó. Polifemo, Tiresias y las Sirenas nos electrizaron.

Hé aqui una ligera reseña relativa á Mr. Meneval arriba citado por el Emperador, la cual deberá juzgarse preciosa, por que contiene algunos rasgos capaces de hacer conocer las circunstancias privadas de Napoleon.

Este, primer Consul ya, se quejaba de no tener un secretario particular porque acababa de deshacerse del que habia tenido durante sus campañas de Italia y expedicion de Egipto, su antiguo colega, hombre de mucho talento á quien apreciaba infinito, y del que se habia visto precisado á separarse. Su hermano Josef le ofreció entonces el suyo, que conservaba desde tiempo atras; y aceptándolo, adquirió un tesoro: asi lo repetia Napoleon muchas veces. Despues lo promo-

vió al empleo de relator de peticiones del consejo real, y secretario de la emperatriz María Luisa.

Su título cerca del primer Consul fué el de *secretario de la bolsa* : sobre el mismo sugeto se hizo un extenso reglamento, cuyo artículo mas esencial era, que bajo ningun pretexto no debia tener nunca amanuense particular, ni copista, lo que observó estrictamente.

Mr. Meneval era afable, muy reservado, y trabajador en cualquier hora y tiempo; por lo que el Emperador jamas experimentó otros motivos que de satisfaccion y contento, apreciándolo infinito. El secretario de la bolsa tenia generalmente á su cargo, todos los asuntos corrientes, los del momento y repentinos. ¡Cuantos asuntos, proyectos y pensamientos se han tratado y trasmitido por su mediacion! Abria y leia todas las cartas dirigidas directamente al Empera-

dor; las clasificaba para su examen y escribia lo que este le dictaba.

Ya se sabe con cuanta celeridad dictaba Napoleon, tanto que para ganar tiempo, el secretario tenia que retener las palabras, mas bien que transcribirlas, lo que hacia maravillosamente Mr. Meneval, que con el tiempo fué autorizado para responder él solo sobre varios obgetos: hubiera podido facilmente adquirir mucha importancia; pero esto era absolutamente ageno de su inclinacion.

El Emperador estaba la mayor parte del tiempo en su gabinete; podria decirse que pasaba en él el dia, y con frecuencia una parte de la noche: se acostaba á las diez ó á las once, y algunas veces mandaba llamar á Mr. Meneval, aunque no siempre, pues conociendo su zelo, le tenia en consideracion diciendo: « no es preciso que Vm. se » mate. »

Cuando parecia por la mañana en su gabinete encontraba allí á Mr. Meneval que le habia puesto ya todos los legajos en orden. Si alguna vez dejaba de asistir veinte y cuatro horas ó dos dias, le advertia su secretario que iba á abrumarse de trabajo y que se llenaria pronto el despacho, á lo que el Emperador replicaba comunmente. «No se espante Vm., pron»to estará limpio.» Y en efecto en pocas horas se ponia al corriente, pues es cierto que despachaba muchas cosas no respondiendo nada y echando bajo la mesa todo lo que juzgaba inutil, aun cuando fuera de sus ministros, á lo que ya los tenia acostumbrados: viendo que no llegaba respuesta ya sabian á que atenerse. Él mismo leia todos los oficios y respondia con cuatro letras al margen de algunos, ó dictaba la contestacion respecto de otros. Los que eran de grande importancia se ponian siempre á un lado, los leia dos veces y

nunca contestaba sino despues de algun intervalo.

Tenia costumbre, al salir del despacho, recordar los obgetos esenciales y decir que debian estar prontos á una hora fija; y lo estaban siempre. Si á la tal hora no parecia el Emperador, Mr. Meneval le buscaba en el palacio, con frecuencia en diferentes ocasiones, para recordárselo. Algunas veces iba al despacho y otras respondia á su secretario: « *hasta mañana*; *esta noche hay consejo*. » Esta era su frase habitual; y en efecto decia que mas habia trabajado de noche que de dia; y no por que los asuntos le quitasen el sueño, sino porque dormia á horas interrumpidas, segun se lo pedia la necesidad; y muy poco le bastaba.

Muy á menudo le sucedió en la serie de sus campañas, que le despertaban repentinamente por algunas circunstancias instantáneas: al punto se levantaba y no

se conocia en sus ojos que venia de dormir; tomaba sus disposiciones ó dictaba las contestaciones, con la misma claridad y tino que si hubiera podido hacerlo en cualquier otro momento: esto es lo que el llamaba « *la presencia de espíritu despues de média noche* : » en él era completa éxtraordinariamente. Hubo circunstancias en que lo dispertaron, quizás, diez veces en la misma noche, y siempre lo hallaron dormido, por que todavía no habia saciado su necesidad de sueño. Jactándose un dia de esta facilidad de sueño y de lo poco que necesitaba, con uno de sus ministros (el general Clarke), le dijo este chuscamente: « eso es lo que sentimos, Señor, pues muchas veces es á costa nuestra porque por lo comun siempre nos toca algo. »

El Emperador lo hacia todo por sí mismo y casi siempre en su despacho. Proveía todos los empleos, substituyendo

por lo comun, nuevos nombres á los que sus ministros le habian propuesto. Leia sus proyectos, los adoptaba, rayaba ó modificaba: hacia hasta las notas mismas de su ministro de relaciones exteriores, dictándolas á su secretario Meneval, para quien no tenia secreto. Por el intermedio de este escribia á los soberanos, observando con ellos un formulario, que le hizo extractar de los protocolos antiguos, y á cuyo rigorismo daba la mayor importancia. Los ministros trabajaban todos juntos con el Emperador un dia determinado de la semana, á menos que ocurriesen casos particulares ó accidentales en los asuntos ó en el ministerio. El trabajo de cada uno se hacia en presencia de todos los demas que podian tomar parte en él: de este modo despachaba cada uno su negociado. Se copiaban las deliberaciones en un registro general, que debe formar un

gran número de volúmenes. Los asuntos despachados se ponian á la firma que se verificaba por el intermedio del ministro secretario de estado, certificándola etc. Algunas veces aquellos mismos asuntos, ya despachados, volvian al despacho antes de la firma, para volverlos á ver y modificarlos. El ministro de relaciones exteriores era el único que teniendo parte en el trabajo general de los otros ministros, tenia ademas, por la naturaleza secreta de sus funciones, un trabajo particular con el Emperador. Este confiaba lo perteneciente á la guerra á uno de sus ayudantes de campo de predileccion. Duroc disfrutó mucho tiempo de esta confianza, despues Bertrand y Lauriston: el Conde de Lobau fué el último.

Mr. Meneval, de una salud muy delicada, y abatido con el peso del trabajo, tuvo necesidad de reposo: el Empera-

dor lo colocó cerca de María Luisa; era un canonicato, decia, y un verdadero beneficio simple; pero sin embargo no se separó de él, sino á condicion de que volveria, cuando se hallase restablecido; lo que no dejaba de recordarle siempre que le veia.

Con Meneval acabó la unidad de trabajo en el gabinete: tuvo muchos súcesores juntos, y el despacho del Emperador se convirtió en una oficina y en una especie de administracion bastante numerosa.

Deben haber quedado muchos restos ó documentos del trabajo del gabinete: existirán de veinte á treinta tomos en folio, y otros tantos en cuarto, de la *correspondendia de las campañas de Italia y Egipto* reunida y clasificada por su orden.

Deben tambien existir quizás sesenta a ochenta volúmenes en folio de las deliberaciones del consejo de los ministros,

reunidas por los secretarios de estado duque de Bassano y Conde de Daru : en fin los procesos verbales del consejo de estado, extractados y puestos en orden por Mr. Locré.

Estos son los grandes y verdaderos títulos de gloria para Napoleon. Sobre esos monumentos inmortales, y con ellos han marchado los gobiernos que han seguido, y á esa fuente vendrán á beber inevitablemente, en lo succesivo, los de todos los tiempos, y de todos los paises, tan sólidas y seguras son las bases puestas por él, tan profundas han sido las raices y tan ingenioso, en fin, es el conjunto que presenta los caractéres del saber, de la rectitud y duracion.

Mi Atlas. — Fatalismo, etc. — El gobernador insiste en vano para que lo reciba el Emperador.

1°. *de octubre.* — Cuando entré en la habitacion del Emperador tenia este mi Atlas en la mano: estaba registrando diversas hojas genealógicas, que despues le sirvieron mucho para sacar su relacion y correspondencia. Luego lo cerró diciendo: « ¡ Qué union ! ¡ Como se sigue y apoya » todo; como se aclara y se grava todo en » el entendimiento ! Caro amigo, aun » cuando no hubiese Vm. hecho mas que » indicar el verdadero modo de aprender » habria Vm. hecho un gran servicio. Li» bre cada uno, en adelante, de adornar » su esqueleto á su modo lo perfeccio» narán, sin duda; pero la primera idea, » será siempre de Vm., etc. »

Entre los diferentes asuntos de conver-

sacion que siguieron, se mencionó el *fatalismo*, y el Emperador dijo sobre el particular cosas muy curiosas y notables, entre otras: « ¿No me hacen pasar por »imbuido en la doctrina del fatalismo? »Me preguntó. — Ciertamente, Señor, »al menos tal es la opinion de muchas »personas. — Pues bien.... pues bien... »dejadlos decir lo que quieran; tambien »pueden querer imitar, y esto en alguna »ocasion, puede tener su utilidad....... »¡Lo que son, no obstante, los hom»bres!.... Mas facil es entretenerlos y »aun mas admirarlos con absurdos, que »con ideas justas. ¡Pero un hombre de »razon puede creerlo un solo instante! »ó el fatalismo admite el libre alvedrio »ó lo niega. Si lo admite; ¿qué viene á »ser, se dirá, un resultado determinado »de antemano, y que sin embargo la me»nor determinacion, un solo paso ó una »sola palabra puede variar á lo infinito?

»Si el fatalismo, por la inversa, lo niega, »es distinto: entonces cuando venimos »al mundo, no hay que hacer mas sino »que nos echen en una cuna, sin pres- »tarnos la menor asistencia: si está de- »terminado irrevocablemente que hemos »de vivir, aun cuando no nos den de »comer ni de beber, creceremos sin re- »medio. Ya vé Vm. que esta no es una »doctrina que se pueda defender, sino »palabras solamente. Los Turcos mismos, »esos patronos del fatalismo, no están »persuadidos de él; pues si lo estuvieran »no se servirian de la medicina, y el que »viviera en un tercer piso, no se tomaria »el trabajo de bajar una porcion de esca- »leras, sino que bajaria por la ventana »y bien se vé á qué multitud de absurdos »conduciria semejante sistema, etc.»

A las tres de la tarde vinieron á decir al Emperador que el gobernador deseaba comunicarle algunas instrucciones que

acababa de recibir de Londres. Napoleon mandó responder que estaba malo y que se las podian hacer saber por uno de los suyos; pero el gobernador insistia que queria participárselas á él directamente. Nos dijo ademas, que despues de haber conversado con el general tenia tambien que hablar con nosotros. Habiendo el Emperador rehusado de nuevo admitirlo, se retiró diciendo, que se le hiciese saber cuando podria ver al *general*: lo que sin duda tardaria algo, pues el Emperador con quien yo estaba entonces, me dijo que habia determinado no volverlo á ver jamas.

Despues de comer, mandó pedir *Valmont de Bomare y Buffon*. Leyó lo que estos autores decian sobre las diferentes especies humanas, sobre la variedad del negro y el blanco; que no le satisfizo mucho: nos dejó temprano porque estaba algo malo.

Jurisprudencia, Código, Merlin, etc. — Monumento de Egipto. — Proyecto de un templo egipcio en Paris.

3. — El Emperador despues de almorzar dió algunas vueltas en el jardin, estando todos nosotros en su compañía: habló de las comunicaciones que el gobernador tenia que hacernos, y recorrió las diversas congeturas que cada uno hacia sobre el particular, las unas buenas y las otras malas. El tiempo era soportable, pidió el coche y dimos la vuelta al bosque. El calor y la espesura de la atmósfera, aun cuando el cielo estaba cubierto, le hizo volver pronto: se puso á trabajar y dictó á mi hijo hasta las cinco.

De nuevo tratamos de dar algunos paseos en el jardin, pero el frio y la humedad se hacian sentir ya demasiado: se volvió

diciéndome que le siguiese para hablar. Ojeó una obra inglesa, y se detuvo sobre la jurisprudencia, las prácticas civiles y criminales de los dos paises, Francia é Inglaterra, tratando de compararlos: bien se sabe cuan inteligente era sobre nuestros códigos; pero conocia muy poco los ingleses, y á excepcion de algunos puntos generales, no pude responder á sus preguntas: sobre el particular dijo: «Las leyes que en teoría, son el »tipo de la claridad, vienen á ser muchas »veces un verdadero caos en la aplica»cion, porque los hombres y sus pasio»nes deterioran todo lo que manejan, »etc.......... No hay medio de escaparse »de la arbitrariedad del juez, sino colo»cándose bajo el despotismo de la ley, »etc.... Por el pronto soñé que era posi»ble reducir las leyes á simples demostra»ciones de geometría, hasta el punto que »cualquiera que supiera leer y coordinar

»dos ideas, fuera capaz de sentenciar;
»pero muy luego me convenci que esto
»era una idea absurda. Sin embargo,
»añadió, hubiera querido partir de un
»punto fijo, seguir un solo camino cono-
»cido de todos; no tener otras leyes sino
»las inscritas en el código único, y de-
»clarar de una vez nulas y de ningun va-
»lor todas las que no se hallasen alli
»comprendidas; pero no es facil con los
»legistas, adoptar métodos sencillos;
»desde luego prueban que es imposible,
»que es una verdadera quimera; luego
»tratan de demostrar que es incompati-
»ble con la seguridad y existencia del
»poder. Esto permanece solo y constan-
»temente expuesto (dicen ellos) á las ma-
»quinaciones repentinas de todos: nece-
»sita, pues en caso necesario, algunas
»armas, en reserva, para los casos im-
»previstos. De tal modo, decia Napoleon,
»que con algunos edictos añejos de Chil-

»peric ó de Pharamond, desenterrados á
»su tiempo, no hay nadie que pueda
»decirse al abrigo de ser ahorcado debi-
»da y legalmente.

»En el consejo de estado, era yo in-
»vencible, mientras permanecian en el
»dominio del código; pero en cuanto se
»pasaba á las regiones exteriores, caia
»en las tinieblas, y *Merlin* era entonces
»mi recurso: me servia de él como de
»una antorcha. Sin ser brillante es muy
»erudito, prudente, íntegro y honrado;
»uno de los veteranos de la antigua bue-
»na causa; me era muy adicto.

»A penas apareció el código, fué al ins-
»tante puesto en egecucion, como suple-
»mento de comentarios, de explicacio-
»nes, aclaraciones, interpretaciones y
»¿qué sé yo? Yo tenia la costumbre de
»exclamar: ¡Pero señores, no olviden
»Vms. que hemos limpiado la caballeriza

»de Augias. Por Dios no la ensuciemos de
»nuevo! etc., etc.»

En la comida dijo el Emperador cosas muy curiosas sobre el Egipto, que se hallará en los capítulos dictados á Bertrand. Aseguraba que cuanto habia visto en aquellos paises, y principalmente todos esos famosos restos tan exagerados, no podrian sin embargo, compararse ni dar idea de Paris y de las Tuilerias. La sola diferencia entre el Egipto y nosotros, no era otra, en su opinion, sino que aquel, gracias á la pureza de su cielo y á la naturaleza de sus materiales, deja subsistir eternamente algunas ruinas; al paso que nuestra temperatura europea no lo permite, pues todo lo corroe y hace desaparecer en poco tiempo. Algunos millares de años, decia, dejan vestigios sobre las orillas del Nilo, y al cabo de cincuenta, no se hallaria ninguno sobre las márge-

nes del Sena. Mucho sentia no haber hecho construir en Paris un templo egipcio, que segun él hubiera adornado la capital.

El Emperador lee mi Diario y me dicta.— Conferencia entre el gran mariscal y el gobernador.

5. —Todavía estaba yo acostado cuando muy temprano oí abrir muy quedo la puerta de mi cuarto, que estaba tan ocupado con mi cama y la de mi hijo, que con dificultad podia llegarse hasta mí; pero vi un brazo que descorria mi cortina con autoridad, y en efecto era el del amo. Felizmente tenia yo en las manos una obra de geometría, cosa que le edificó, dijo, y salvó mi reputacion. Salté de la cama y en pocos instantes me fuí á juntar con el Emperador, que se dirigia solo al bosque. Habló mucho de

los acontecimientos de la víspera, y en seguida se volvió á su aposento para meterse en el baño: padecia mucho y habia pasado mala noche.

A la una me mandó llamar; estaba en el salon y queria dar su leccion de ingles: el calor era fuerte y bochornoso. El Emperador estaba muy abatido, y no pudo ponerse á trabajar; dormitaba de cuando en cuando, mientras yo velaba á su lado; al fin se decidió á vencer, levantándose, pasó á la sala del billar para respirar un poco de aire.

Hablando de las campañas de Italia me preguntó que habia hecho yo de los primeros borradores, notando que todos los capítulos hubieran debido haberse copiado varias veces. Yo le contesté que habia conservado el todo preciosamente; me hizo que le llevara el sobrante de los dos egemplares completos, y lo mandó á la cocina para que se quemase.

Mas de una vez debo haber dicho que

el Emperador sabia que yo llevaba un Diario : este era un gran secreto para todos; por ello el Emperador nunca me hablaba de él sino á escondidas ó cuando estábamos solos : muchas veces me preguntó si lo continuaba y que era lo que ponia en él. « Señor, todo lo que dice y » hace V. M. desde por la mañana hasta » la noche, y en cada dia. — Muchas ma» chaquerias y cosas inútiles debe Vm. » haber recopilado, decia; pero no im» porta, continue Vm. que un dia lo ar» reglaremos juntos. »

Siempre que entraba en mi cuarto, veia al fiel Aly, quien en sus horas perdidas tenia la bondad de emplearse en copiar sigilosamente este Diario. Por lo comun el Emperador echaba una ojeada sobre aquel trabajo y despues de haber leido dos ó tres renglones, esto es, despues de haberlo reconocido se retiraba y hablaba de otra cosa, sin tocar nunca del

sunto. Esto mismo le sucedió cabalmente esta mañana; al fin hubo de acordarse y dijo que queria ver ese *famoso farrago*. Mi hijo fué á buscar el primer cuaderno y la lectura duró mas de dos horas: « Está bien, muy bien dijo, ved ahi una » buena herencia para Manolito. » Aprobó la forma y el conjunto: hizo algunas correcciones de su propio puño sobre lo concerniente á su familia y á su infancia, y haciendo tomar la pluma á mi hijo se puso á dictarle algunos pormenores sobre Brienne, el Padre Patrault, etc.

Al acabar me dijo que queria hacer lo mismo en adelante; que le agradaba aquel trabajo y que me prometia un buen número de anécdotas, puesto que me agradaban, de Alejandro y los otros soberanos, etc.

Despues montó en el coche y yo con él; la conversacion en todo el paseo fué sobre el Diario extendiéndose mucho en

el particular : la idea le llenó, me dijo muchas cosas y concluyó observando que por las circunstancias particulares de que trataba, podria venir á ser una obra única en el mundo y un tesoro sin precio para mi hijo, etc.

A nuestra vuelta del paseo hallamos al gran mariscal que llegaba de Plantation House, á donde habia ido con motivo de las comunicaciones del dia anterior : nuestra inquietud era grande hasta saber el resultado. Nos dijo que no se habia tratado nada menos que de separar del Emperador cuatro de nosotros : aun todavía quedaba otro gran número de puntos muy malos que nos eran puramente peculiares. En fin el gobernador se avino á no separar mas que al polaco y á tres criados. A todo esto yo habia sido el objeto, segun decia el gran mariscal, sobre quien habia caido el nublado; yo era el sugeto de quien el gobernador se que-

jaba mas y el que hubiera indicado, decia él, si no lo creyera demasiado útil para el Emperador. Se quejaba de que yo estaba sin cesar escribiendo á Europa, declamando siempre contra el gobierno, su injusticia, la opresion que egercia sobre nosotros en Santa Helena, etc.... Se quejaba, ademas, de que hablaba á los extrangeros que venian á Longwoód del Emperador, de un modo que les interesara, de que trataba de entablar comunicaciones en el exterior, nombrando al efecto, á Madama Sturmer; de que yo habia dirigido á Europa, ó tratado de verificarlo, diversos documentos, etc. No obstante y á pesar de que se mostrase tan fuertemente animado contra mí, ó por cualquiera que fuera el motivo, suavizó completamente la cosa con algunas observaciones enmeladas y muy cortesanas; diciendo que no hubiera creido tal cosa de una persona de tanta instruc-

cion, y de tan honrosa reputacion, conocida en el dia, d[illegible]cia, quizás de toda la Europa.

Despues de comer se entretuvo el Emperador en resolver algunos problemas de geometría y álgebra: esto le recordaba su juventud, y nos admiraba mucho no hubiese olvidado casi nada.

Mi Diario. — Circunstancia particular. — Imperio de la opinion. — Talma, Crescentini, etc.

6 y 7.—Estos dos dias produjeron una circunstancia particular que interesa demasiado á la naturaleza de mi coleccion, para que pudiera omitirla. Me dijeron que el Emperador habia quedado muy contento de mi Diario, y que en varias ocasiones habia hablado de él en estos dias; asegurando constantemente que tendria en lo succesivo una verdadera

satisfaccion en leerlo y rectificarlo. Por mi parte bien se puede juzgar cuanta seria mi alegría. Al fin veia llegar el momento tan deseado, y sobre el que nunca dejé de contar, en que lo que yo habia reunido de priesa y tal vez inexactamente, iba á recibir una saludable enmienda é inestimable sancion. Se aclararian los puntos incompletos, los claros se llenarian, y las obscuridades recibirian la luz. ¡Qué tesoro de verdades históricas, de relaciones y secretos políticos iba á recibir! Con estas disposiciones y triunfante, me presenté el primer dia á la hora acostumbrada con mi Diario; pero el Emperador se puso á dictar sobre otro asunto, y fué preciso ceder al contratiempo; al dia siguiente sucedió lo mismo: aquella vez quise recordárselo, pero no me oyó y lo entendí. ¡Yo conocia tan bien á Napoleon! Poseia al último grado el arte de no oir, y lo emplea-

ba casi siempre con intencion. Sin embargo deseaba saber el motivo, y al fin hube de descubrir algunos que el lector quizás supondrá tambien. El hecho es que pocos dias despues me arrancaron de su lado, pues se acercaba mi hora sin que no obstante tuviese yo el menor indicio deaquel siniestro acontecimiento.

Refiero esta circunstancia con una escrupulosa exactitud, y como un nuevo testimonio de mi buena fé, á fin de determinar la naturaleza verídica de mi Diario. El fondo de las ideas, las grandes sobre todo, no podrán ser dudosas; pero en cuanto á los pormenores, que de errores involuntarios pueden haberse deslizado en una rápida reaccion, que no se ha corregido ni aun por el que podia hacerlo.

Mientras se vestia y esperando al gran mariscal para trabajar, se pusó el Emperador á conversar sobre diferentes obgetos.

La conversacion lo condujo á hablar sobre el imperio de la opinion que tocaba con frecuencia : pintaba lo misterioso de su marcha, la incertidumbre y lo caprichoso de sus decisiones. De esto pasó á nuestro pundonor nacional, exquisito, decia, en cuanto al decoro, á la susceptibilidad loable de nuestras costumbres, á la gracia y á la ligereza que requerian en el poder, si este osaba manejarlas.

»En mi sistema, añadió, de mezclar »todas las clases de mérito, y dar una »única é igual recompensa universal, »tuve la idea de dar la cruz de la Legion »de Honor á *Talma;* sin embargo me »detuvo el capricho de nuestras costum»bres, y la ridiculez de nuestras preocu»paciones, y con anticipacion quise ha»cer una prueba, sin consecuencia, dan»do la corona de hierro á Crescentini. »La condecoracion era extrangera y el

»individuo tambien; el hecho pues debia
»ser menos público, y no comprometer
»la autoridad, sino á lo mas, á ser el ob-
»geto de algunos apodos. Pues bien, de-
»cia Napoleon, véase sin embargo cual
»es el imperio de la opinion y su natu-
»raleza. Yo distribuia los cetros á mi gus-
»to, y se apresuraban á prosternarse ante
»ellos, y no hubiera tenido el poder de
»dar con éxito una miserable cinta, pues
»creo que mi ensayo no tuvo el menor
»resultado. — Si Señor, respondió uno,
»fué muy mal recibido: hizo gran ruido
»en todo Paris; mereció el anatema de
»todos los salones; la malevolencia se
»sació y dijo maravillas. Sin embargo
»en una de las principales tertulias del
»arrabal de San German, la indignacion
»se aguó de repente con un chiste; es
»una abominacion, decia un pisaverde,
»es un horror, una verdadera profana-
»cion. ¡Y cual puede ser el título de un

»Crescentini? exclamaba; sobre lo que »la hermosa Madama G....., levantán»dose majestuosamente de su silla, le »replicó con un gesto y tono teatral: ¿Y »*su herida*, caballero, no la cuenta Vm. »por nada? Esto causó tal murmullo »y aplausos, que la pobre señora se »vió cortada con su misma oportuni»dad.»

El Emperador que oia aquella anécdota por la primera vez se rió mucho, la citó varias veces y aun la volvió á contar tambien.

Estando comiendo nos dijo que habia trabajado doce horas; y nosotros le observamos que aun no se habia acabado el dia; sin embargo no tenia el mejor semblante y parecia fatigado.

Combate de Ulises y de Yrus. — Noverraz seria nuestro Rey, etc.

8. — Al entrar en la habitacion del Emperador le hallé ocupado en leer los diarios *de los Debates*, que acababa de recibir. A las tres se vistió : su primer ayuda de cámara estaba malo, lo que dió lugar á que dijese varias veces qué bien lo advertia, pues los que le remplazaban no tenian su destreza ni habilidad.

El tiempo era regular por lo que nos encaminamos hácia el fondo del bosque en donde debiamos encontrar el coche.

Yo tenia en Londres cierta cantidad á mi disposicion, que deposité en mi viage de 1814, los terribles recuerdos de mi emigracion y las nuevas incertidumbres me inspiraron esta prudencia que me fué muy útil. Por esta circunstancia, yo era en Santa Helena el mas

»davia en el tiempo en que la fuerza del »brazo era el verdadero cetro? Ahi tienen »Vms. á Noverraz (su ayuda de cámara), »que nos sirve, y seria nuestro rey. Es, »pues, preciso convenir que la civiliza-»cion es el todo para el alma, favorecién-»dola enteramente á costa del cuerpo.»

El polaco preso por el gobernador.— Palabras del Emperador sobre su hijo y sobre el Austria. — Nuevas vejaciones. — Nuevos ultrages. — Palabras sobre el Lord Bathurst.

9. — Ibamos paseando hasta encontrar el coche, cuando se nos dijo que el gobernador acababa de arrestar al polaco. Aquella fué una prueba, una advertencia, sin duda, que quiso darnos. Parece que el terror era el medio que queria emplear desde que habia recibido las últimas instrucciones.

Al entrar antes de comer en la habitacion del Emperador, le hallé triste, preocupado y taciturno : la conversacion lo condujo á hablar del Austria ; se extendió sobre sus ofensas contra él, sus grandes errores en política, etc., pintando la debilidad del soberano que solo supo mostrar energía, dijo, para perderse en moral á los ojos de los pueblos.

Se detuvo sobre la venalidad, la depravacion, y la inmoralidad de los que habian aconsejado y seducido. De esto pasó á la ceguedad de la política del Austria, pintando su falsa y peligrosa posicion. « Se halla, decia, en un peli» gro de los mas inminentes, dejándose » sin cuidado abrazar de frente por un » coloso, cuando no puede retroceder » un paso, pues sobre su retaguardia y » flanco no tiene mas que abismos, etc. »

Esto le hizo naturalmente hablar de su hijo « ¿ Qué educacion le darán ? de-

»cia. ¿ De qué principios alimentarán su »infancia ? ¡ Y si llegará á tener la cabeza »ligera !.... ¡ Si conseguirán inspirarle »horror contra su padre !... Esta idea me »hace estremecer ! añadió con dolor. »¿ Y cual podria ser el contraveneno ? En »adelante no podrá haber un intermedio »seguro, ninguna tradicion fiel entre él »y yo ; á lo mas mis memorias, algun »dia, y quizás tambien su Diario de Vm. »Pero aun para vencer los preceptos de »la infancia y los vicios de los allega- »dos, se necesita una cierta capacidad y »presencia de ánimo, un juicio recto y »decisivo ¿ y es tan comun todo esto ?.. » Aparentaba estar profundamente afectado. « Pero hablemos, mas bien de » otra cosa. » ¡ Prorrumpió con vehemencia, y se calló.

Nos pusimos á trabajar, y despues de algunas horas el gran mariscal me reemplazó.

Apenas salí de la habitacion del Emperador, me mandó llamar de nuevo para que le tradujese un pliego del gobernador, pero como de dia en dia iba perdiendo la vista, tuve que recurrir á la de Mr. de Montholon.

Aquel paquete contenia: 1.° Una parte de las nuevas restricciones que se nos imponian, en las cuales se trataba al Emperador con todo el exceso del ultrage é indecencia.

2.° La forma de la declaracion que se presentaba á nuestra firma, en la que todo respiraba las mas arbitrarias é inútiles vejaciones, sazonadas con cuanto puede dictar la venganza armada del poder.

3.° Una carta del gobernador al gran mariscal, escrita en el mismo estilo que la nota presentada por el coronel Reade. Consignaré aqui lo que conservo de ella, aunque por resultado de una simple lec-

tura, y traduccion hecha de repente al Emperador; no obstante, respondo de la exactitud.

« Los franceses que deseen permanecer cerca del general Bonaparte, firmarán la fórmula literal que se les presente, y en virtud de la cual se someterán á todas las restricciones que serán impuestas al general: esta obligacion debe considerarse como perpétua, los que se rehusaren á firmarla serán enviados al cabo de Buena Esperanza: el séquito del general se reducirá á cuatro personas. Los que permanezcan, quedarán como si hubieran nacido ingleses, sugetos á las leyes establecidas para asegurar la reclusion del general Bonaparte, esto es, á la pena de muerte en caso de concurrir á su evasion. Cualquiera de los franceses que se permita decir injurias, hacer algunas reflexiones, ó tener mala conducta respecto del gobernador ó del go-

bierno, se le expedirá incontinentemente al cabo de Buena Esperanza, en donde no se le prestará medio alguno para volver á Europa, y en cuyo caso, todos los gastos serán á su costa. »

Durante la comida y la mayor parte de la noche, estos documentos dieron materia á la conversacion y sobre todo nos entretuvimos con el artículo que prevenia, que el que faltase al gobernador, ó de cualquier modo se mostrase reprensible, seria enviado al Cabo y de allí á Europa, y que en este caso (se insistia fuertemente), seria á nuestra costa. Como nos riésemos mucho sobre el estilo, el Emperador dijo: «bien concibo que esa especie de amenaza les »admira y parece ridícula; pero deben »Vms. saber que es muy comun en el »Lord Bathurst, y estoy seguro que »imagina que no hay castigo mas terri»ble en el mundo: tales son las costum»bres del mostrador. »

Nuestras ansias y penas con motivo de las nuevas restricciones. — Anécdotas de Campo Formio; Cobentzel, Gallo, Clarke.

10. —Convenimos en reunirnos todos en la mañana de este dia en casa del gran mariscal, para conferenciar sobre lo que el gobernador acababa de transmitirnos, á fin de adoptar un partido uniforme: yo me hallé un poco malo y no pude ir; pero le escribí mi opinion reducida á que en una posicion tan delicada por mas que me rompiese la cabeza no podia sacar ninguna conclusion positiva, y que siempre hallaba cero igual á cero.

En efecto el punto era de los mas difíciles y graves: se trataba de someterse á nuevas restricciones, bajo la dependencia del gobernador, que abusaba de

ella del modo mas indigno, expresándose respecto del Emperador, con los modales mas indecentes, ó por el contrario separarse de este inmediatamente, siendo conducidos al Cabo y de alli á Europa.

Por otro lado, indignado el Emperador de las vejaciones con que nos oprimian, por su causa, no queria que nos sometiéramos mas, exigiendo que le dejásemos, mas bien todos, y volviésemos á Europa á atestiguar que lo habíamos visto sepultar en vida.

¿Pero nos era dado soportar semejante idea? La muerte nos hubiera parecido preferible á la separacion del que serviamos, del que amábamos y por quien nos interesábamos cada dia mas, por sus cualidades personales y por los males que la injusticia y el encono acumulaban sobre su cabeza: este era el verdadero estado de la cuestion; estábamos deses-

perados y no sabiamos á que resolvernos. Mi carta terminaba diciendo, que si yo fuera solo, firmaria sin observaciones, todo lo que me presentase el gobernador y que si tomaban un partido colectivo lo adoptaria ciegamente.

El gobernador habia hallado un medio de batirnos en detalle, y habia determinado deshacerse de cada uno de nosotros, segun su voluntad y capricho.

El Emperador no estaba bueno, y el doctor descubria en él un principio de escorbuto: me mandó llamar y conversamos mucho sobre los obgetos que nos ocupaban en aquel momento: quiso echar mano al trabajo para distraerse y tomó el artículo de Leoben, que le vino á la mano.

Acabada la lectura, continuó la conversacion sobre las conferencias que produjeron el tratado de Campo-Formio. Véase en aquellos capítulos el retrato y

carácter del primer negociador austriaco Mr. de Cobentzel que Napoleon apellidó el *oso del norte* á causa del gran papel, decia, que su gorda y pesada pata habia representado en el tapete de las negociaciones. «El tal Mr. Cobentzel era en »aquel momento, aseguraba el Emperador, el hombre de la monarquía austriaca, el alma de sus proyectos y el »director de su diplomácia: habia desempeñado las primeras embajadas de »Europa, y estado mucho tiempo cerca »de Catalina, habiéndose captado su benevolencia particular. Envanecido con »su clase é importancia, no dudaba que »la dignidad de sus modales y su conomiento de las cortes venoiesen facilmente á un general hijo de los campos re»volucionarios: asi es que se acercó al »general frances con una cierta ligereza; »pero la actitud y primeras palabras de »este, fueron bastantes para llamarlo al

»orden de que en adelante no pensó en »desviarse.»

Las conferencias fueron muy pesadas; Mr. de Cobentzel, segun la costumbre del gabinete austriaco, se mostró muy habil en prolongar las cosas: sin embargo el general frances resolvió terminarlas. La conferencia que debia ser la última, fué de las mas vivas, y estando á punto de romper, dijo muy enérgicamente. «¿Quiere Vm. la guerra? ¡Pues »bien! la habrá.» Y echando mano á un magnífico juego de café de porcelana, que Mr. Cobentzel, repetia á cada paso con mucha bondad, que se lo habia dado la gran Catalina, lo tiró con toda su fuerza al suelo, en donde se hizo mil pedazos. «¡Ved hai! exclamó: pues »bien, tal será vuestra monarquia aus»triaca antes de tres meses; yo os lo pro»meto.» Y se lanzó precipitadamente fuera de la sala. Mr. de Cobentzel se

quedó petrificado, decia Napoleon, mas Mr. de *Gallo* su segundo y mucho mas conciliador, acompañó al general frances hasta su coche, tratando de detenerlo y haciendo mil cortesias, decia el Em»perador, y en una actitud tan miserable »que á pesar de mi cólera aparente, no »podia menos de reirme grandemente en »mi interior.»

Mr. de Gallo era embajador de Nápoles en Viena, á donde habia llevado á la princesa de su nacion, segunda muger del emperador Francisco, cuya confianza poseia y gobernaba absolutamente: al mismo tiempo ella dirigia á su marido, por manera que Mr. de Gallo gozaba de un gran crédito en la corte de Viena. Asi es que cuando el egército de Italia, marchando sobre aquella capital, impuso el armisticio de Leoben, la emperatriz en una crísis tan terrible, puso los ojos en su confidente encargándole evitara el

golpe. Su obgeto era ver al general frances como de paso, y tratar de conseguír lo aceptase por negociador. Instruido Napoleon de todos estos pormenores, se prometió sacar un gran partido de ellos; por lo que al recibir á Mr. de Gallo le preguntó quien era. Atolondrado el cortesano favorito, de verse precisado á declinar su nombre, le respondió que era el marques de Gallo, encargado de parte del emperador de Austria para hacerle algunas manifestaciones: «¿Pero, »dijo Napoleon, su nombre de Vm. no »és aleman? — Asi es, respondió Mr. »de Gallo, yo soy embajador de Nápo»les. — ¿Y de cuando acá, replicó se»camente el general frances, tengo yo »que tratar con Nápoles? Nosotros esta»mos en paz. ¿No tiene ya el emperador »de Austria, algun otro negociador de »que echar mano, entre sus hombres de »la antigua alcurnia? ¿Se extinguió ya

»toda la nobleza rancia de Viena?» Mr. de Gallo temeroso de que semejantes observaciones llegasen oficialmente al gabinete de Viena, desde aquel momento se esmeró exclusivamente en complacer en todo al general.

Napoleon, algo mas templado, le preguntó algunas noticias de Viena, le habló de los egércitos del Rhin y de Sambre-et-Meuse; le sacó todo lo que quiso, y cuando iban á separarse, le preguntó Mr. de Gallo, en actitud suplicante, si podia esperar que le aceptase por negociador, y si debia ir á recoger á Viena los plenos poderes al efecto. Napoleon no tenia empeño en rehusarlo, pues acababa de adquirir sobre él una superioridad que jamas perdió. Habiendo sido nombrado despues Mr. de Gallo (por consecuencia de los acontecimientos que son bien notorios) embajador de Nápoles en la corte del primer Consul, y aun de

José cerca del Emperador Napoleon, le habló algunas veces de esta escena, confesándole francamente, que nadie en la vida le habia atemorizado tanto.

Clarke era el segundo negociador frances, asi como Mr. de Gallo lo era de Austria.

«Clarke, decia el Emperador, fué en»viado á Italia por el Directorio, que »empezó á sospechar de mi: le habia en»cargado de una mision aparente y pú»blica; pero tenia orden secreta de ob»servarme y aun de asegurarse, si en »caso necesario, se hallase en posibilidad »de hacerme arrestar; y como no le fue»se conveniente dirigirse á los oficiales »de mi egército sobre el particular, pi»dió los primeros informes al direc»torio Cisalpino, el cual respondió, que »no hiciesen la menor gestion, ni aun »pensasen en el asunto.

»Desde que estuve bien informado de

»las verdaderas instrucciones de Clarke, »traté del negocio francamente con él. »Poco me importa, decia yo, que dé »cuenta á sus comitentes; y en breve él »mismo se desengañó. Desechada su mi»sion en Austria, le ofrecí ocupacion y »se quedó conmigo: desde aquella épo»ca no cesé de agasajarlo, segun mi cos»tumbre, aun cuandó en el fondo no »tuviésemos, quizás, una grande sim»patía, y lo habria indudablemente, »vuelto á proteger á mi vuelta, si lo »hubiera hallado en nuestras filas con los »otros: bien se sabe que con dificultad »me deshacia de aquellos con quienes »habia empezado; cuando se habian ya »unido á mí, no hallaba medio de aban»donar á ninguno: me veia casi forzado »á ello. El primer mérito de Clarke era »el de ser gran trabajador.».

Despues de brumario se halló Clarke naturalmente cerca del primer Consul,

creo, como ayudante de campo: entonces habia menos etiqueta en palacio, las atribuciones eran menos distintas y se vivia mas familiarmente. El séquito del primer Consul comia en mesa comun; en ella tuvo Clarke varias disputas, pues era muy delicado y quisquilloso. Habiendo llegado alguna de ellas á oidos del primer Consul, lo nombró para la embajada de Florencia cerca de la reina de Etruria: el empleo era precioso en sí mismo, aunque para él (Clarke) fué siempre una desgracia; por lo tanto solicitó mucho tiempo y de todos modos, para volver de nuevo á la gracia: llegó aquel feliz momento; mas aun no se habia terminado su prueba. El primer Consul le hablaba poco, le hacia correr á las Tuilerias, á Saint-Cloud, al campo de Boloña, sin explicarse ni concederle nada. Desesperado Clarke confió á cierto sujeto que no le quedaba mas recurso

que el de ir á echarse en el Sena, por no poder soportar mas tiempo la apariencia de desprecio y la inutilidad de su situacion. En este estado se hallaba cuando de repente, y en el mismo instante, le anunciaron que estaba nombrado secretario del gabinete topográfico, consejero de estado, y aun otra cosa mas que formaba un sueldo, quizas, de 60 á 80 mil francos: este modo de obrar era característico de Napoleon; es cosa sabida, que su primer benefico era el precursor inmediato de muchos otros, en cuyo caso no daba, sino colmaba; pero era preciso saber aprovecharse de aquel instante, en el cual la generosidad podia ser sin límites ó agotarse para siempre.

Yo conocí mucho al general Clarke á título de antiguo compañero de la escuela militar. En su tiempo me contó que algunos dias antes de la batalla de Jena, el Emperador, despues de haberle dictado

una multitud de órdenes é instrucciones se puso á conversar familiarmente con él, paseándose en su cuarto, y le dijo: « Dentro de tres ó cuatro dias daremos » una batalla que ganaré; de sus resultas » llegaré lo menos al Elba, y tal vez al » Oder. Alli daré segunda accion que ga- » naré tambien. Entonces.. entonces.. » dijo con un aire meditabundo y ponién- » dose la mano en la frente.... Pero... » basta, no formemos castillos en el aire. » Clarke, dentro de un mes Vm. será go- » bernador de Berlin, y la historia lo ci- » tará por haber sido en el mismo año, y » en dos guerras diferentes, gobernador » de Viena y de Berlin, esto es, de las » monarquías de Austria y Prusia. Y á » propósito de esto, continuó sonrién- » dose, ¿qué le ha dado á Vm. Francisco » por haber gobernado su capital? — » Señor, nada. — ¿Como, pues, nada » enteramente? ¡Es muy extraño! En ese

»caso, yo debo pagar la deuda.» Y en efecto le dió la suficiente cantidad, segun tengo entendido, para comprar una buena casa en Paris ó una quinta en los alrededores.

Ademas es de advertir que los acontecimientos sobrepujaron aun á las combinaciones de Napoleon: no dió mas que una batalla, y á los diez y siete dias estaba en Berlin, y su egército habia llegado hasta el Vistula.

« Clarke, decia Napoleon, tenia la »mania de los pergaminos; pasaba una »parte de su tiempo en Florencia, bus»cando mi genealogía; tambien se ocu»paba mucho en la suya, y habia llegado »á persuadirse, segun creo, que era pa»riente de todo el arrabal de San Ger»man: dicen que en este momento dis»fruta de gran favor; deseo que le dure »mucho. Parece que empezó pocos dias »antes de mi llegada á Paris, en el mo-

»mento en que la causa del rey era desesperada; le habrá parecido bien aceptar »un ministerio cuando todo se presen»taba perdido; nada tengo que decir en »contra; bajo algun aspecto puede ser »bueno, pero es preciso tener decoro y le »ha faltado. No obstante yo le perdono »facilmente por lo que á mi toca.... Mas »de una vez, en 1813 y 1814 trataron de »inspirarme algunas dudas sobre su fide»lidad, y jamas pensé en ello: siempre »lo creí honrado é íntegro.» Y los intimos amigos del duque de Feltre, pueden atestiguar que Napoleon no se habia equivocado en su opinion sobre los sentimientos de su ministro.

FIN DEL TOMO SEXTO.

